

Comte

El estudio científico de los problemas sociales y morales permitirá crear una nueva sociedad basada en el orden y el progreso

APRENDER A PENSAR

Comte abanderó la idea de que el único modo de adquirir y fijar el conocimiento es a través del uso del método científico, basado en la observación y la experimentación. Gracias a él es posible describir los fenómenos que se dan en el mundo y extraer leyes que puedan ser usadas para incrementar el bienestar de los hombres. La convicción de que este método, aplicado al estudio de los problemas sociales y morales, permitirá crear una nueva sociedad basada en el orden y el progreso es lo que llevó al filósofo francés a fundar una nueva ciencia, la sociología, que él consideraba la culminación de todas las ciencias positivas.

APRENDER A PENSAR

Comte

El estudio científico de los problemas sociales y morales permitirá crear una nueva sociedad basada en el orden y el progreso

RBA

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior e infografías: tactilestudio
Fotografías: Album: 47, 69, 86-87, 93, 108-109, 124-125, 143;
Getty Images: 57; Bridgeman: 76-77; Archivo RBA: 119;
Art Archive: 137

ISBN (O.C.): 978-84-473-8198-2
ISBN: 978-84-473-8962-9
Depósito legal: B-11754-2017

Impreso en Unigraf

Impreso en España - *Printed in Spain*

Sumario

Introducción

La Revolución francesa de 1789 fue un acontecimiento de tal magnitud que ha servido a los historiadores para delimitar la frontera entre la Edad Moderna y la Edad Contemporánea. Fue el fin del llamado Antiguo Régimen, un sistema político y social basado en el absolutismo monárquico y el feudalismo, y el inicio de una nueva organización social liderada por una clase en ascenso, la burguesía, y marcada por el desarrollo de la industrialización. Este trasfondo histórico sin posibilidad de vuelta atrás es imprescindible para comprender el valor de las aportaciones de Auguste Comte. Desde edad temprana, el filósofo hizo suyo el ideario revolucionario de «libertad, igualdad y fraternidad» y construyó a partir de él un pensamiento que, sobre todo, se esforzó en poner las bases de una sociedad que diera, por un lado, oportuna respuesta a los problemas que llevaron al pueblo francés a alzarse contra la tiranía, pero, por otro, también a la situación de crisis, inestabilidad, desorden y caos provocada no solo por esa primera revolución, sino también por las que le siguieron en 1830 y 1848. En este sentido, su filo-

sofía tuvo siempre un objetivo práctico y político. Un objetivo, en suma, social.

A pesar de que otros pensadores como Montesquieu, Condorcet o el que sería su gran maestro, Saint-Simon, ya insistieron en la idea de que toda propuesta para una nueva sociedad debía fundamentarse en consideraciones de carácter científico, Comte se distinguió por conducir esta idea hasta sus últimas consecuencias. Igual que aquellos, él estaba convencido de que solo el estudio científico de los distintos fenómenos sociales a lo largo de la historia podría dar la clave de cómo instituir la mejor forma de organización social y, con ella, garantizar el orden y el progreso de la humanidad. Sin embargo, se distinguió de ellos por desarrollar la metodología necesaria para abordar el estudio científico de dichos fenómenos. De este modo, el positivismo y la sociología, los dos pilares sobre los que se construyó el proyecto reformista comtiano, conocieron un impulso nuevo.

El positivismo es un movimiento que se caracteriza básicamente por su optimismo hacia la ciencia como elemento básico para el progreso de la humanidad y por su defensa de un método científico basado en la observación, cuyo propósito es describir y no tratar de hallar las causas últimas de los fenómenos que se dan en el mundo, a fin de extraer leyes que luego puedan ser aplicadas por el ser humano para incrementar su bienestar. Para Comte, esas leyes son la única forma válida de conocimiento. El éxito en su tiempo de ciencias como la astronomía, la física o la química, todas ellas consideradas ciencias positivas en razón de su metodología, explica este optimismo científico y no menos la fe en un progreso ilimitado. El entusiasmo del filósofo por los postulados del positivismo fue lo que le llevó a aplicar sus bases metodológicas al estudio de un campo tan amplio y complejo como son las sociedades humanas. Su empeño tuvo como resultado

una nueva disciplina, la sociología, a la que Comte se refería en sus primeros escritos con el nombre de «física social». Su campo de trabajo son los fenómenos sociales, cuya organización trata de entender en base al análisis de sus estructuras políticas, culturales, económicas y religiosas. Todo con el objetivo último de promover una reforma de la sociedad que pusiera fin a un orden que solo procuraba el bienestar de una pequeña élite en perjuicio de la mayoría. A ojos de Comte, este examen de los distintos fenómenos sociales debería arrojar luz acerca de qué sistemas de organización contribuirían al perfeccionamiento, al progreso en fin, del orden social.

Ahora bien, ¿acaso los fenómenos sociales no habían sido objeto de reflexión ya por parte de los pensadores anteriores a Comte? ¿Qué es, pues, lo que justifica que el filósofo francés merezca el título que habitualmente se le da de «padre de la sociología»? La razón hay que buscarla en esa aproximación científica a la realidad social que en su tiempo fue absolutamente novedosa. Comte tuvo la ambición de hacer de la sociología una ciencia análoga a las demás ciencias positivas. Y no solo eso, sino que para él esa joven ciencia constituía la culminación de todas ellas. No obstante, antes de dar forma al método científico con el que estudiar los fenómenos sociales, Comte dedicó todos sus esfuerzos a establecer una ley general a partir de la cual se pudiera articular su programa positivista. El resultado fue la llamada «ley de los tres estados», a la que le siguió otro de los elementos fundamentales de su filosofía, la clasificación de las ciencias.

Es imposible entender la altura y originalidad de la aportación del filósofo francés sin abordar la ley de los tres estados. Según ella, las explicaciones que la inteligencia humana ha dado sobre los fenómenos del mundo, ya sea la lluvia, la salida del sol o un terremoto, pasan necesariamente por tres estados o etapas que se suceden siempre en el mismo

orden. Esos estadios son el teológico o ficticio, el metafísico o abstracto y el positivo o científico. El primero de ellos se distingue por recurrir a una entidad trascendente como causa última de los fenómenos; en el segundo, la causa se atribuye a ciertas entidades abstractas, como puede ser la naturaleza, mientras que en el tercero las explicaciones de las causas últimas son dejadas de lado para analizarse los fenómenos propiamente dichos. No qué o quién los produce, sino cómo se producen, con qué regularidad, en qué circunstancias... Es entonces cuando, a partir de la observación de esos fenómenos, se pueden formular hipótesis que, una vez verificadas, se convierten en leyes. Para Comte, algunas ciencias de su tiempo ya habían alcanzado ese estadio final positivo o científico, por lo que su intención era conducir hasta él a la más joven de las disciplinas. Esto es, la sociología.

La ley de los tres estados, este pilar fundamental de la filosofía comtiana, es tratada en detalle en el primer capítulo de este libro. En el segundo, se aborda otro elemento no menos importante, como es la clasificación de las ciencias. Uno de los rasgos llamativos de ella es la unidad que Comte reconoce entre las distintas disciplinas científicas, sin por ello desdibujar su diversidad. Así, seis son las ciencias fundamentales que él distingue y examina según un orden jerárquico que, atendiendo a su objeto de estudio va de lo más general a lo más particular y, según los fenómenos que aborda, de la más simple a la más compleja. Esas ciencias son las matemáticas, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología. Esta enumeración implica, además, un ordenamiento cronológico, de la ciencia más antigua a la más moderna, de modo que las matemáticas precedieron a la astronomía, esta a la física y así hasta llegar a la física social comtiana. Y no solo eso, sino que esta lista va más allá

de una mera dimensión histórica para expresar también la existencia de una relación de dependencia entre las distintas disciplinas. De este modo, la astronomía necesita de las matemáticas, la física requiere del conocimiento que proporciona la astronomía, y así sucesivamente hasta la sociología, vista como la disciplina científica que corona el gran edificio del saber: es la que toma elementos de todas las que le preceden, la que investiga los fenómenos más complejos (la sociedad humana) y la que se centra en lo más particular (el ser humano). Y es también, en razón de su complejidad y juventud, la única ciencia que, para Comte, no ha alcanzado aún el deseado estado positivo.

Si la ley de los tres estados justifica el proyecto de Comte de querer conducir el estudio de los fenómenos sociales al estadio positivo, su clasificación de las ciencias revela el carácter preeminente que el autor otorga a la sociología como ciencia que constituye la culminación de todas las demás. Este estatus especial de esta disciplina es abordado con detenimiento en el tercer capítulo. En él se examina la sociología, cuyo estudio científico Comte dividió en dinámica social (parte que se encarga de los procesos que conducen a los cambios en una sociedad) y estática social (sección centrada en las instituciones que conforman la sociedad y la mantienen unida). De acuerdo con el filósofo, la sociología no solo debe mostrar cómo es la sociedad, sino extraer de ese estudio las leyes que permitan entender su organización y evolución, todo ello con el objetivo de asentar los cimientos de un nuevo sistema de organización social más justo y progresista. Comte, sin embargo, advirtió que las instituciones políticas, aunque esenciales en la conformación de toda sociedad, no son suficientes para garantizar su cohesión. Hace falta también algo que vaya más allá de lo que sería el gobierno, un poder espiritual independiente del temporal en torno al

cual todos los miembros de la comunidad puedan unirse. El equilibrio de estos dos poderes garantizaría, según Comte, una óptima organización social.

El cuarto y último capítulo se dedica a la organización del poder espiritual que Comte creía imprescindible para la nueva sociedad que debía emerger en el estado positivo. Para él, ninguna de las religiones existentes resultaba adecuada para ese nuevo orden social puesto que todas rendían culto a entidades cuya existencia se situaba más allá de la observación. De este modo, creó una nueva religión plenamente positiva que llamó religión de la Humanidad, y cuyo objeto de adoración, como su nombre indica, no es ni una divinidad ni una entidad abstracta, sino el conjunto de los seres humanos: los que han vivido, los que viven y los que vivirán. Sin embargo, muy influido por la Iglesia católica en la que el filósofo se había educado, estructuró este nuevo credo a partir de instituciones similares. Y, en el fondo, su objetivo era el mismo: el de promover entre los hombres el amor y el altruismo, así como un sentimiento de comunidad que contrarrestara sus tendencias egoístas. Al final de su vida, Comte estaba convencido de que, junto con la unidad de pensamiento, la cohesión social solo es posible en la medida en que es posible consolidar estos sentimientos o afecciones.

Comte, pues, fue un filósofo que no se contentó con poner las bases de una nueva disciplina científica, la sociología, que se limitara a estudiar las distintas instituciones sociales que la humanidad ha creado a lo largo de su historia y, a partir de ahí, extraer unas conclusiones. Para él, este estudio debía ser el punto de partida para algo mucho más ambicioso como es la transformación de la sociedad, la creación de un orden social nuevo, positivo, científico, que acabara con la injusticia y el caos propios de la Francia en la que vivió. Su sueño a

la postre acabó revelándose tan utópico como muchos otros proyectos esbozados por otros pensadores, pero eso para nada resta valor a la aportación comtiana, especialmente a su creencia de que la sociedad humana puede y debe ser estudiada de un modo científico y riguroso.

OBRA

- **Trabajos de juventud:** influido por los filósofos de la Ilustración francesa y por su maestro Saint-Simon, Comte emprende una serie de trabajos en los que va perfilando el que será su proyecto positivista.
  - *Separación general entre las opiniones y los deseos* (1819)
  - *Apreciación sumaria del conjunto del pasado moderno* (1820)
  - *Plan de trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad* (1822)
  - *Consideraciones filosóficas sobre la ciencia y los sabios* (1825)
  - *Consideraciones sobre el poder espiritual* (1826)
  - *Examen del tratado de Broussais sobre la irritación* (1828)
- **Obras de madurez:** en estas obras, Comte desarrolla los conceptos clave de su filosofía, como la ley de los tres estados o la clasificación de las ciencias.
  - *Curso de filosofía positiva* (1830-1842, seis volúmenes)
  - *Discurso sobre el espíritu positivo* (1844)
  - *Sistema de política positiva o Tratado de sociología instituyendo la religión de la Humanidad* (1851-1854, cuatro volúmenes)
  - *Catecismo de la religión positiva* (1852)

CRONOLOGÍA COMPARADA

V 1798
Auguste Comte nace en Montpellier en el seno de una familia católica y monárquica.

V 1814
Comienza sus estudios en la Escuela Politécnica de París.

V 1817
Conoce a Saint-Simon, su maestro intelectual y para el que trabajará como secretario durante seis años.

V 1822
Publica *Plan de trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad.*

V 1825
Contrae matrimonio con Caroline Massin.

V 1826
Inaugura un curso de filosofía positiva que debe interrumpir por una crisis nerviosa.

1800 — 1810 — 1820

H 1799
Golpe de Estado del 18 brumario por parte de Napoleón, que instaura el Consulado.

H 1814
Caída de Napoleón y restauración de la monarquía borbónica.

H 1823
Francia interviene militarmente en España para restablecer el absolutismo.

A 1825
Se inaugura el ferrocarril en Inglaterra.

H 1830
Revolución de julio en Francia. Se instaura la monarquía parlamentaria.

A 1831
Muere Georg Wilhelm Friedrich Hegel, máximo representante del idealismo.

V VIDA H HISTORIA A ARTE Y CULTURA

V 1830
Comienza la publicación de *Curso de filosofía positiva*, que culmina en 1842.

V 1837
Obtiene el puesto de examinador de candidatos de la Escuela Politécnica.

V 1844
Publica *Discurso sobre el espíritu positivo* y conoce a la que será su musa, Clotilde de Vaux.

V 1846
Clotilde de Vaux muere en París el 5 de abril.

V 1851
Comienza la publicación de *Sistema de política positiva*.

V 1852
Publica *Catecismo de la religión positiva*.

V 1857
El 5 de septiembre muere en París.

1840 1850 1860

A 1846
Estreno en París del oratorio *La condenación de Fausto*, de Hector Belioz.

A 1844
Karl Marx escribe los *Manuscritos económico-filosóficos* y Alejandro Dumas, *Los tres mosqueteros*.

A 1836
Honoré de Balzac publica la novela *El lirio en el valle*.

H 1856
Se firma el Tratado de París que pone fin a la guerra de Crimea.

H 1852
Tras un golpe de Estado, Napoleón III proclama el Segundo Imperio.

H 1848
Tras la Revolución de febrero, se proclama la Segunda República francesa.

Capítulo 1

LOS TRES ESTADOS DEL DESARROLLO DE LA INTELIGENCIA HUMANA

Para Comte, la inteligencia humana pasa por tres estados de desarrollo: el teológico, el metafísico y el positivo. Su objetivo es el de conducir el estudio de la realidad social a este último estado con el fin de construir a partir de él una sociedad que garantice el orden y la justicia.

Isidore Marie Auguste François Xavier Comte, que este era el nombre con que fue bautizado el padre del positivismo, nació en la ciudad de Montpellier el 19 de enero de 1798. Lo hizo en el seno de una familia de profundas convicciones católicas y monárquicas, y por tanto opuesta a los ideales seculares y republicanos que, nueve años antes, habían propiciado la Revolución francesa y, con ella, el fin del llamado Antiguo Régimen, esto es, el sistema político de la monarquía absoluta. Su último rey, Luis XVI, fue guillotinado el 21 de enero de 1793. Comte, sin embargo, dio cuenta desde edad temprana de no participar ni de la fe religiosa ni del ideario político realista y conservador de su padre Louis y de su madre Rosalie Boyer. Lo que le atraía era precisamente aquello de lo que sus mayores abjuraban. Como él mismo señaló en el prefacio al sexto volumen de una de sus grandes obras, *Curso de filosofía positiva*, publicado en 1842, a los catorce años ya había «pasado a través de todos los estadios esenciales del espíritu revolucionario» y no dudaba en declararse republicano y librepensador.

A los nueve años, Comte ingresó en el liceo de su ciudad natal, donde no tardó mucho en destacar por su extraordinaria inteligencia y sus innegables dotes para las matemáticas, así como por su disciplina. Virtudes estas que le permitieron superar en 1814 el exigente examen de admisión de la Escuela Politécnica de París, una prestigiosa institución que contaba entre sus profesores con los mejores científicos de Francia. Entrar en ella aseguraba una brillante carrera y así, y a pesar de algunos problemas iniciales de adaptación a la estricta rutina de la escuela, Comte se volcó en los estudios con tal intensidad que empezó a ser conocido entre sus compañeros de promoción como «el filósofo». No solo le atraían las materias que estudiaba, sino también los ideales republicanos de libertad, igualdad y fraternidad que se respiraban en las aulas. No obstante, ese mismo año de 1814 la situación política de Francia dio un vuelco radical: Napoleón Bonaparte (1769-1821), el hombre que había convertido la república surgida de la revolución en un imperio, fue derrotado por una coalición de las grandes monarquías europeas (Reino Unido, Rusia, Austria o Prusia), que restauraron en el trono galo al hermano del finado Luis XVI, Luis XVIII (1755-1824), «el Deseado», como lo llamaban sus partidarios. Y aunque el depuesto emperador logró escapar de la isla de Elba en la que fue recluido entonces y hacerse de nuevo con el poder, su aventura duró poco tiempo: el 18 de junio de 1815, en los campos belgas de Waterloo, el sueño imperial napoleónico fue aniquilado definitivamente y, por segunda vez, Luis XVIII recuperó la corona.

La nueva situación política tuvo repercusiones en la Escuela Politécnica. Aunque la monarquía borbónica preservó algunos de los derechos civiles adquiridos a raíz de la revolución de 1789, y permitió también un limitado gobierno representativo, el poder volvía a estar en las manos de la no-

bleza y la iglesia como en los tiempos del Antiguo Régimen. Para Comte eso era algo inadmisible. Querido y respetado por muchos de sus compañeros por su carácter enérgico y su privilegiado intelecto, se convirtió en un líder estudiantil y, como tal, protagonizó diversos revuelos que quebrantaban la estricta disciplina que regía en la institución. A raíz de estos episodios, fue deteriorándose la reputación del otrora modélico estudiante, quien, a pesar de las reprimendas y advertencias recibidas, no cambió un ápice su comportamiento, ni siquiera cuando fue amenazado con la expulsión del centro. Pero lo que precipitó esta fue un incidente con uno de sus profesores de matemáticas, Louis Lefébure de Fourcy (1787-1869), quien se había labrado cierta fama por sus desagradables modos a la hora de dirigirse a sus alumnos, Comte entre ellos. Un día, este no aguantó más y, ante una pregunta del profesor, respondió poniendo los pies sobre la mesa. Y cuando Lefébure le inquirió sobre tal impertinencia, el joven contestó: «Señor, no hago más que seguir vuestro ejemplo». Esto, unido a una carta a la dirección que Comte escribió y que firmaron varios de sus condiscípulos quejándose del profesor y solicitando su expulsión, fue la gota que colmó el vaso: el 13 de abril de 1816, los expulsados fueron Comte y los firmantes de la carta. La Escuela Politécnica fue así purgada del espíritu republicano y subversivo que, a ojos del nuevo régimen monárquico, la invadía. Poco después, esa «limpieza» se hizo extensiva a la Universidad de París.

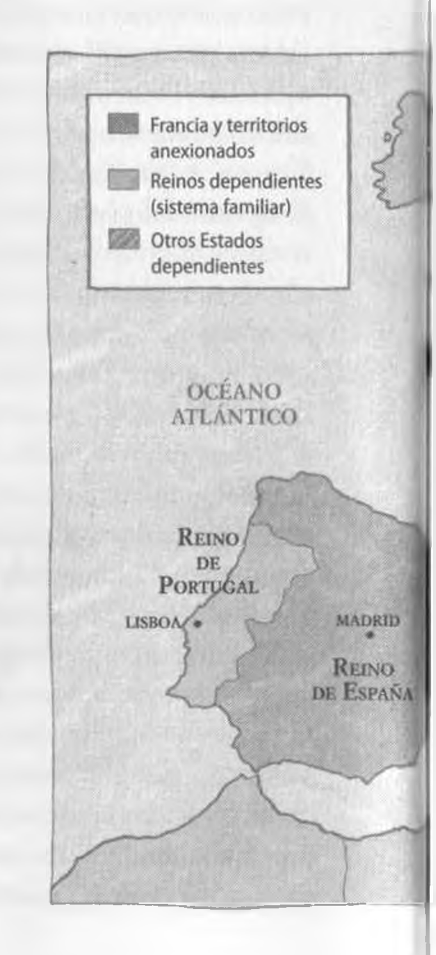
Con su prometedora carrera truncada, Comte se vio obligado a regresar a Montpellier. Pero la huella de su paso por la Escuela Politécnica fue indeleble y marcó toda su obra. El hecho de educarse, ni que fueran dos años escasos, en un entorno como aquel en el que se ensalzaban los valores republicanos no hizo más que acrecentar la temprana preocupación del joven por el bienestar social y el progreso de la

LA FRANCIA DE NAPOLEÓN

Durante toda su vida Comte sintió una admiración incondicional por Napoleón Bonaparte. Pensaba que era una figura esencial y necesaria en la evolución social, tanto como lo podían haber sido los filósofos de la Ilustración en el campo del pensamiento. En el fondo es lógico que pensara así: su infancia coincidió con el momento en que el corso convirtió la república surgida de la revolución de 1789 en un imperio que llevó el ideario de «libertad, igualdad y fraternidad» por todos los confines de Europa, aunque muchos también consideraran que el solo hecho de coronarse emperador suponía una traición a esos principios revolucionarios. Fue en el año 1804 cuando Napoleón dio el paso y se proclamó emperador. La respuesta de las grandes monarquías absolutistas europeas (principalmente Austria, Rusia y Prusia, a las que se sumó la parlamentaria del Reino Unido) fue la de coaligarse y emprender una serie de guerras que en un primer momento se saldaron a favor del nuevo Imperio francés. La victoria lograda el 2 de diciembre de 1805 en la batalla de Austerlitz frente al Ejército del zar Alejandro I de Rusia y del emperador Francisco II de Austria demostró a estos que Napoleón no era un simple aventurero, sino un estratega de genio al que no sería fácil vencer.

El ocaso del Imperio

Con posterioridad a esa victoria, el Ejército francés ocupó España, buena parte de Italia, Bélgica u Holanda, además de varios territorios del norte de Alemania. La suerte de Napoleón solo empezó a cambiar en 1812, cuando la invasión de Rusia acabó en un completo fracaso y



hubo de retirarse con su Ejército diezmado. No fue el único revés, pues en 1813 los franceses fueron también expulsados de España. Aun así, Napoleón consiguió resistir a una coalición internacional cada vez más fuerte hasta su derrota, cerca de la ciudad alemana de Leipzig, en la batalla de las Naciones del 16 de octubre de 1813. Napoleón consiguió replegarse hasta París, pero apenas unos meses más tarde, en marzo de 1814, la capital francesa fue ocupada y el emperador, forzado a abdicar. Cuando ese mismo año Comte llegó a París para estudiar en la Escuela Politécnica, la aventura imperial ya había acabado.



humanidad. Por otro lado, el conocimiento de las ciencias adquirido en la escuela le convenció de que estas podrían ser la clave para mejorar la condición humana. Esta idea constituye el núcleo de su proyecto positivista, por el cual la reforma de la sociedad solo puede llevarse a cabo a partir de un estudio de la misma desde una perspectiva científica. Más específicamente, la Escuela Politécnica de París fue la responsable de alimentar en el joven Comte la creencia de que la respuesta a todos los problemas sociales, políticos y religiosos se hallaba en el razonamiento y los aspectos metodológicos propios de la ciencia, tales como el valor de la observación, la recolección de datos y la formulación de leyes generales para explicar y predecir los fenómenos. En definitiva, que si el estudio de lo social debe seguir el camino de la ciencia, estos aspectos metodológicos también tendrán que ser parte esencial de sus procedimientos. Precisamente este optimismo en la ciencia como antídoto a los males de la sociedad es lo que condujo a Comte a acuñar el término «positivismo» para referirse a la necesidad de adoptar de forma general una actitud científica para afrontar la comprensión de toda realidad.

> La iniciación matemática en la Escuela Politécnica me hizo presentir que solo la vía intelectual conduciría a la renovación.
>
> *Curso de filosofía positiva*

LA CIENCIA SOCIAL Y LA IDEA DE PROGRESO

Una vez de regreso en su ciudad natal, Comte juzgó que era necesario ampliar la educación recibida en la Escuela Politécnica, por lo que ingresó en la Universidad de Montpellier para estudiar fisiología y anatomía. Fundada en 1289, esa universidad era desde sus orígenes toda una referencia en

los campos de la medicina y el derecho. Pero Comte no duró mucho aquí. En julio de ese mismo año de 1816 decidió volver a París, donde se hallaba el centro político, intelectual y científico del país. Gracias a la ayuda de sus padres y a las clases particulares de matemáticas que impartía, el joven pudo sostenerse económicamente. Cuando no trabajaba, su tiempo lo dedicaba a familiarizarse con el pensamiento de los grandes filósofos de la Ilustración francesa, especialmente Charles Louis de Secondat (1969-1755), barón de Montesquieu, y Marie-Jean-Antoine Nicolas de Caritat (1743-1794), marqués de Condorcet. Su influencia, sobre todo la de este último, fue determinante para el desarrollo intelectual de Comte.

En obras como *El espíritu de las leyes* (1748), Montesquieu expresaba su confianza en que las investigaciones y los descubrimientos científicos ayudarían a mejorar la vida de los hombres. Las relaciones sociales y las conexiones entre el individuo y la sociedad eran algunas de las cuestiones concretas que interesaban al barón. Para él, si los fenómenos naturales pueden explicarse a través de las leyes naturales, otro tanto debía ser posible en el ámbito de los fenómenos sociales y políticos: estos no pueden ser fruto del azar, sino que tienen que estar sujetos a un orden racional que se puede expresar mediante leyes. Unas leyes que se pueden descubrir a través de la observación empírica de los diferentes sistemas de organización social que se han sucedido a lo largo de la historia. Para Montesquieu, en definitiva, el objetivo de una ciencia que estudiase las relaciones sociales y las conexiones entre el individuo y la sociedad no era el de hallar la esencia de la sociedad, sino el descubrimiento de las leyes que regulaban el comportamiento social. Estas ideas del filósofo ilustrado atrajeron de inmediato la atención de Comte, quien se propuso hallar la forma de abordar el estudio de la realidad social desde una perspectiva científica.

Las etapas de la historia humana

Mayor fue la influencia de Condorcet, quien se erigió en todo un modelo para el de Montpellier puesto que en su persona se combinaban el interés por la ciencia y el objetivo de reforma social. La lectura de su obra *Bosquejo de un cuadro histórico del progreso del espíritu humano* (1793) fue clave en este período de gestación del pensamiento de Comte por la idea de progreso que se desprende de sus páginas, así como por el análisis histórico de los diferentes estados por los que pasa la inteligencia humana. Al igual que Montesquieu, Condorcet planteaba la necesidad de extender el método y el espíritu científico al estudio de la realidad social, pero su planteamiento surgió básicamente de la convicción de que esto permitiría no solo conocer, sino también mejorar algunos aspectos de la vida de los hombres. Según él, si a través de la ciencia había sido posible liberarse de las restricciones que impone el mundo físico al ser humano, el conocimiento científico de la realidad social debería permitir construir una sociedad más libre y más racional, idea que Comte hizo suya.

En el *Bosquejo*, Condorcet defendió la idea de ese progreso e intentó trazar su historia. De este modo, dividió la historia humana en diez etapas, nueve de las cuales ya han acontecido, mientras que la décima y última se sitúa en una época futura en la que el filósofo ilustrado preveía, con el optimismo propio del devoto del progreso, que se alcanzarían las más altas cotas de perfeccionamiento moral e intelectual de la humanidad. De cada una de las etapas del pasado (o del presente, pues incluía aquella en la que vivía), Condorcet describió el estado de las ciencias, las artes, la política, la moralidad y la sociedad, todo con el propósito de demostrar que cada una de ellas constituía la superación de la anterior. Así, si la etapa inicial corresponde al momento en el que se

formaron las primeras comunidades y surgió el lenguaje, la quinta, por ejemplo, es la que se extiende desde la especialización de las ciencias en la Grecia clásica hasta su decadencia a causa de la consolidación del cristianismo, mientras que la sexta marca la consolidación del feudalismo, un período caracterizado por el dominio de las ideas teológicas, las supersticiones, la intolerancia religiosa, la tiranía y el despotismo, elementos negativos que propiciaron, sobre todo en el occidente europeo, la marginación de la razón y el triunfo de la ignorancia. La novena y penúltima etapa antes de que se alcance la cima del progreso, se extiende desde los tiempos del francés René Descartes (1596-1650), considerado el padre la filosofía moderna, hasta la formación de la primera república gala a raíz de la revolución de 1789. Condorcet describe esta etapa como aquella en la que la humanidad completa su emancipación, puesto que en ella se consolida un amplio régimen de libertades y de derechos. En el sistema de este pensador, todos los aspectos de la realidad humana tomados en consideración para describir las distintas épocas del progreso están estrechamente vinculados, de forma que cualquier cambio que afecte a uno de ellos tiene consecuencias sobre los demás. Asimismo, a la hora de trazar la historia del progreso, el pensador juzgó que era preciso tener en cuenta a la mayoría de los hombres, que es la que conforma propiamente la humanidad, y no a una selecta minoría de personajes históricamente relevantes.

El progreso se convierte en el fin necesario del orden.

Discurso de filosofía positiva

El objetivo último de Condorcet a la hora de trazar la historia del progreso de la humanidad era el de descubrir una ley que diera cuenta de él. A partir de esa historia creía que se podrían hacer predicciones futuras sobre qué elementos son necesarios para alcanzar cotas más altas de perfección

y, de esta forma, llegar a ellas más rápidamente. Esta sugerencia de que el estudio de la historia permitiría descubrir la ley del progreso de la humanidad es el punto de partida de las reflexiones de Comte, quien se propuso dar con esta ley a través del análisis del desarrollo histórico de la inteligencia humana. El de Montpellier, no obstante, aunque adoptó la concepción de la historia como un todo orgánico propuesta por Condorcet, redujo las diez etapas de este a solo tres en la que sería el pilar fundamental de la nueva ciencia sociológica: la ley de los tres estados. No obstante, antes de entrar en ella conviene detenerse en otro autor cuya influencia puede decirse que fue incluso más trascendental para Comte que la de Montesquieu y Condorcet. Se trata de Claude-Henri de Rouvroy (1760-1825), conde de Saint-Simon.

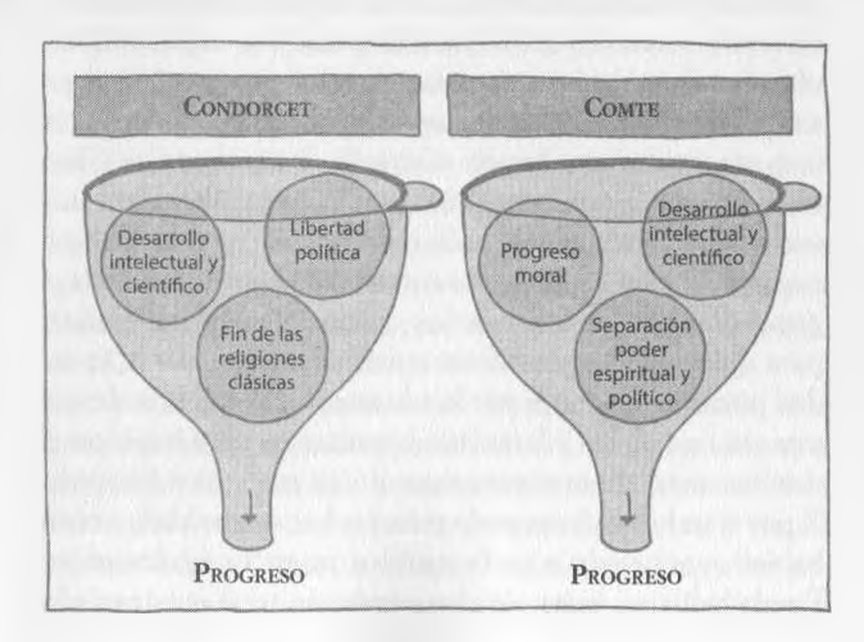
Saint-Simon, el maestro

Filósofo y teórico político, Saint-Simon ha sido descrito como «el último de los gentilhombres y el primero de los socialistas». Nacido en el seno de una familia aristocrática, tuvo una juventud marcada por la lucha por la libertad, ya fuera en América del Norte al lado de las colonias que buscaban independizarse del Reino Unido, ya fuera en su país natal, Francia, entre los revolucionarios que en 1789 acabaron con el Antiguo Régimen. Su entrega a la causa, así como gestos tan notorios como la renuncia a su título nobiliario, no impidieron que en 1793 fuera encarcelado por las sospechas generadas por el éxito de sus negocios. Al salir de prisión abandonó estos y fue entonces cuando inició su carrera como pensador político.

Comte conoció a Saint-Simon en 1817, en París. Para entonces, el antiguo revolucionario era ya uno de los referentes

LA OPTIMISTA FE EN EL PROGRESO

En el siglo XVIII, y fruto de la confianza que despertaron entre la intelectualidad los avances científicos y técnicos de la época, surgió la noción de progreso, concebido como un proceso constante e ilimitado que impulsa a la humanidad a desarrollarse y mejorar. Se trata de una visión optimista de la capacidad humana para entender y controlar el mundo, cuyas bases pusieron filósofos de la Ilustración como Condorcet y que el positivismo de Comte hizo suya. En su intento de ofrecer una explicación causal de este proceso, ambos autores distinguieron distintas etapas históricas, cuyo análisis les permitió aislar los que a su parecer eran los elementos clave que habían conducido a la humanidad al estadio de desarrollo actual y que le permitirían seguir en esta senda de progreso. Para Condorcet, esos elementos son la libertad política, el fin de las religiones clásicas y el desarrollo intelectual y científico, mientras que Comte coincide en este último punto (aportando a él el valor del cambio en el tipo de explicaciones que la inteligencia humana ofrece para entender el mundo) y le suma la separación de poderes y el progreso moral.



del socialismo utópico, un concepto con el que se designa al conjunto de corrientes y doctrinas que pretendían dar respuesta a los problemas sociales provocados por la Revolución industrial, pero cuyo carácter irrealizable e incluso fantasioso contrastaba con el socialismo científico de Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895), este basado en un análisis sistemático del contexto social, político y económico. Más en concreto, la ideología defendida por Saint-Simon puede definirse bajo la etiqueta de «industrialismo», tal como expuso en una obra escrita en 1823, *Catecismo de los industriales* (1823). Sus páginas, en las que se exigía un mayor poder social para los industriales, sirvieron de inspiración a movimientos tan diferentes como el socialismo, el liberalismo e, incluso, el anarquismo.

Además de su admiración por Montesquieu y Condorcet, Saint-Simon y Comte compartían el entusiasmo por las ciencias naturales, así como la voluntad de extender el método científico más allá del estudio de los fenómenos naturales y aplicarlo al estudio de la realidad social. En este sentido, el objetivo de ambos era usar las ciencias para promover un cambio social, idea esta que se refleja ya en la primera obra importante de Saint-Simon, *Carta de un residente en Ginebra a sus contemporáneos* (1803), en la que se aboga por una sociedad dirigida por una élite de científicos y artistas escogidos, si bien en posteriores trabajos el autor rebajaría el papel de estos en favor de los industriales, no así Comte, para quien son los científicos quienes han de guiar la sociedad positiva. El interés por la educación y la creencia de que esta era uno de los pilares más importantes para impulsar el cambio social era otro punto que unía a maestro y discípulo. Y por si todo eso fuera poco para probar su afinidad, ambos habían renunciado a su fe católica ya en su adolescencia. Puede hablarse, pues, de una comunión total, y es por ello

que en 1818, Saint Simon hizo de Comte su secretario, una vez que el anterior, el historiador Augustin Thierry (1795-1856), dejara el puesto por sus cada vez mayores discrepancias con el pensador.

La colaboración profesional con un intelectual de la talla de Saint-Simon permitió a Comte entrar en contacto directo con la escena política y publicar algunos artículos en revistas de amplia difusión. El más importante de esos textos, el *Plan de trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad*, fue escrito en 1822 por encargo de Saint-Simon, según la idea de este de que «la filosofía del último siglo ha sido revolucionaria; la del siglo XIX ha de ser reorganizadora». Fue el principio del fin de la relación entre el joven secretario y su afamado patrón: el artículo debía aparecer en el *Catecismo de los industriales*, una de las revistas que Saint-Simon dirigía. Dado que Comte no había conseguido acabar a tiempo la redacción de la que debía ser la segunda parte del artículo, el editor, que ya había anunciado la difusión inminente del trabajo, le propuso publicar solo la primera parte, pero omitiendo su nombre y con una introducción escrita por el mismo Saint-Simon, a lo que el de Montpellier se opuso enérgicamente. Al final, el *Plan de trabajos* vio la luz con su firma, pero el episodio dejó muy maltrecha la relación entre Saint-Simon y Comte, quien acusaba a su patrón de querer aprovecharse de su talento en beneficio propio. La ruptura definitiva entre ambos se confirmó poco tiempo después, en 1824.

A pesar de este tormentoso desenlace, la relación con Saint-Simon fue fructífera para Comte. Una de las ideas que este tomó de aquel fue la concepción de la historia de la humanidad como una sucesión de etapas orgánicas y etapas críticas. Según Comte, las etapas orgánicas son aquellos períodos de equilibrio en los que la sociedad está dirigida por

la razón, mientras que las etapas críticas pueden definirse como períodos de desorientación en los que la acción del hombre está desorganizada y se ve abocada a la revolución. Otra idea que tiene su origen en Saint-Simon es la importancia de la religión como elemento de cohesión social, de tal modo que toda propuesta de reforma social debería tener en cuenta la existencia de un poder espiritual que sustituyera las formas religiosas tradicionales. No se trata, pues, de eliminar cualquier forma de vida religiosa, sino de erigir una nueva religión secular que promueva el espíritu positivo. Esta idea Comte la reflejará en dos de sus grandes obras publicadas entre 1851 y 1854, *Sistema de política positiva* y *Catecismo de la religión positiva*.

Un matrimonio desafortunado

En 1825, Comte se casó por lo civil con Caroline Massin (1802-1877), una joven a la que había conocido en 1821 en una librería en París y que, según insinuaría el pensador años más tarde en su testamento, se dedicaba por entonces a la prostitución. No obstante, la cuestión sobre la profesión de la que fue su esposa no está tan clara. Hay voces autorizadas, entre ellas la de Émile Littré (1801-1881), discípulo y biógrafo del de Montpellier, que apuntan a que la pareja se conoció a través de Antonie Cerclet, un abogado liberal seguidor de Saint-Simon, y que ella trabajaba efectivamente en una librería. Después de algunos encuentros esporádicos, en 1823, y a petición de la joven, Comte empezó a impartirle clases de matemáticas. Fue así como su relación se fue estrechando hasta desembocar, dos años más tarde, en matrimonio.

Encontrar remedio a la soledad propia de la vida intelectual, soledad acentuada en su caso por un carácter poco

sociable, fue una de las razones que empujaron a Comte a contraer matrimonio con Massin; otra, tener una excusa para romper definitivamente con sus padres, quienes nunca aprobaron este matrimonio con una mujer sin recursos (y de reputación dudosa y reprobable, caso de ser cierto el oficio que se le atribuye). Aunque en un primer momento la vida marital supuso cierta estabilidad emocional para Comte, pronto las constantes peleas entre los cónyuges hicieron de la convivencia un infierno y llevaron al pensador a afirmar que casarse con Caroline fue un gran error. Finalmente, en 1842, tras diecisiete años de unión, ella lo abandonó.

El mismo año de su boda, Comte publicó *Consideraciones filosóficas sobre la ciencia y los sabios*, un texto que aumentó el prestigio que había adquirido gracias al *Plan de trabajos*. En ambos escritos se encuentran ya las primeras formulaciones de lo que serán los dos pilares del proyecto positivista comtiano: la ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias.

LA BASE DE LA INTELIGENCIA HUMANA

Con su característico estilo denso y barroco, que avanza como a trompicones, Comte escribió en su *Curso de filosofía positiva* (1830):

> Estudiando el desarrollo total de la inteligencia humana en las diversas esferas de actividad, desde sus comienzos hasta nuestros días, creo haber descubierto una gran ley fundamental, a la cual aquella está sujeta con una necesidad invariable, y que parece poder ser sólidamente establecida, sea sobre las pruebas racionales ofrecidas por el conocimiento

de nuestra organización, sea sobre las verificaciones históricas resultado de un atento examen del pasado. Esta ley consiste en que cada una de nuestras concepciones principales, cada rama de nuestros conocimientos, pasa sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: estado teológico o ficticio; estado metafísico o abstracto; estado científico o positivo. En otras palabras, el espíritu humano, por su naturaleza, emplea sucesivamente en cada una de sus investigaciones tres métodos de filosofar, en el que el carácter es esencialmente diferente y también radicalmente opuesto [...]. De ello se siguen tres clases de filosofía, o sistemas generales de concepciones sobre el conjunto de los fenómenos, que se excluyen mutuamente: la primera es el punto de partida necesario de la inteligencia humana; la tercera, su estado fijo (final) y definitivo; la segunda está únicamente destinada a servir de transición.

He aquí la exposición fundamental de la ley de los tres estados, el teológico, el metafísico y el científico o positivo, cada uno de los cuales supone una superación del anterior. Conviene no confundir aquí estos tres estados con otras tantas etapas históricas como puedan ser la Edad Antigua o la Edad Media; para Comte, se trata de estados referidos al espíritu o a la inteligencia humana, de modo que cada uno de ellos se corresponde con una perspectiva distinta a través de la cual el hombre se aproxima o trata de explicar los fenómenos de la naturaleza. En sus propias palabras, son «métodos de filosofar cuyo proceder es esencialmente diferente y opuesto uno de otro», entendiendo por «método filosófico» las diferentes formas de explicar el mundo y de aproximarse o de tratar de entender la realidad. Puesto que la inteligencia rige toda actividad humana, también cabe distinguir estos tres estados en lo relativo al progreso de las ciencias y en lo tocante

al desarrollo de los distintos sistemas de organización social. Así, la ley de los tres estados permitió al filósofo unificar la explicación del desarrollo humano en todas sus vertientes. No obstante, el método de filosofar no es lo único que distingue un estado de otro: hay que tener en cuenta también el tipo de explicaciones que se plantean para dar cuenta de los fenómenos, que en los estados teológico y metafísico se remiten a cuáles podrían ser sus causas últimas, mientras que en el estado positivo el objetivo es descubrir los principios o leyes por los que se rigen. Si en los dos primeros estados la imaginación juega un papel sustancial, con un atisbo de deducción racional en el segundo, en el tercero la investigación se basa en la observación, la experiencia y la razón.

Una ley basada en la historia de la ciencia

Para Comte, hay dos elementos que vienen a confirmar que la de los tres estados es, ciertamente, una ley. El primero de ellos es la propia historia de las ciencias. Basta acercarse a ella para apreciar que todas las disciplinas científicas pasan sucesivamente por un primer estadio teológico, un segundo metafísico y un tercero positivo. Y puesto que parece indiscutible que la evolución de la ciencia va ligada a la evolución de la inteligencia humana, es plausible pensar que esta, en su evolución, también pasa progresivamente por estos mismos estados. Por lo que hace el segundo elemento, Comte señala que cabe observar que el pensamiento de cada individuo particular, desde la infancia a la madurez, también recorre estos tres estados, el teológico, el metafísico y el positivo: «Ahora bien, cada uno de nosotros, contemplando su propia historia, ¿no se acuerda de que fue sucesivamente, en cuanto a sus nociones más importantes, teólogo en su infancia, metafísico

en la juventud y físico en la madurez? Esta constatación es fácil hoy día para todos los hombres en cualquier altura de su vida», escribía el filósofo en su *Curso de filosofía positiva*. Si esto es así en lo que se refiere a la inteligencia individual, es presumible pensar que el pensamiento de la humanidad, como suma histórica de las inteligencias individuales, también recorre estos tres estados. Para Comte no hay duda alguna al respecto: el progreso de las ciencias y del espíritu humano se desarrolla necesariamente conforme a lo que establece su ley de los tres estados, una ley universal con capacidad para unificar todas las ciencias y acciones humanas, y en la que cada paso supone un progreso real que lleva hacia la verdad. Porque la meta no es otra que el estado positivo, del cual los otros dos no son sino una preparación, como señala el filósofo en su *Discurso sobre el espíritu positivo* de 1844:

> Aunque indispensable en todos los aspectos, el primer estado debe considerarse siempre, desde ahora, como provisional y preparatorio; el segundo, que no constituye en realidad más que una modificación disolvente de aquel, no supone nunca más que un simple destino transitorio, a fin de conducir gradualmente al tercero, el único plenamente normal, el régimen definitivo de la razón humana.

Pero la ley de los tres estados no se queda únicamente en el ámbito del espíritu, sino que es aplicable también a la organización social, puesto que esta no es más que una creación del pensamiento. Así, la ley describe las diferentes etapas del desarrollo de los sistemas sociales, desde los ineficaces e inestables basados en las ideas teológicas y metafísicas hasta la plenitud y perfección de los correspondientes al estado positivo que deberán ser concebidos en base a reflexiones de carácter científico.

El sueño de Comte de mejorar la sociedad a través de la ciencia halla así, ni que sea teóricamente, su realización.

El estado teológico

Comte describe el estado teológico como aquel en el que los seres humanos se preguntan el porqué de ciertos fenómenos del mundo que les rodean, fenómenos que consideran sobrecogedores y difícilmente comprensibles, como terremotos, eclipses o epidemias:

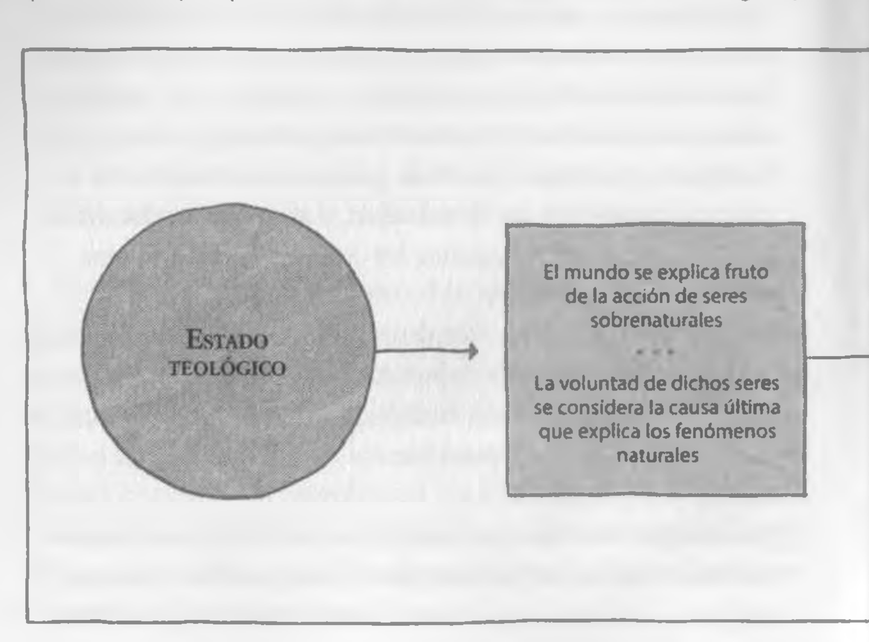
> En su primer despliegue, necesariamente teológico, todas nuestras especulaciones muestran espontáneamente una predilección por las cuestiones más insolubles, por los temas más radicalmente inaccesibles a toda investigación decisiva. Por un contraste que, en nuestros días, debe parecer al pronto inexplicable, pero que, en el fondo, está en plena armonía por la situación inicial de nuestra inteligencia, en una época que el espíritu humano está aún bajo los problemas científicos más sencillos, se busca ávidamente y de un modo casi exclusivo el origen de todas las causas esenciales, sean primeras, sean finales, de los diversos fenómenos que le extrañan, y su modo fundamental de producción; en una palabra, los conocimientos absolutos.

Lo que esos primeros hombres buscan son las causas últimas de los fenómenos de la naturaleza, que ellos atribuyen a unos poderes o seres sobrenaturales. Según Comte escribió en su *Curso de filosofía positiva*:

> En el estado teológico, el espíritu humano, dirigiendo esencialmente sus investigaciones hacia la naturaleza íntima de los seres, a las causas primeras y finales de todos los efectos

DE LA VOLUNTAD DE LOS ELEMENTOS AL DIOS ÚNICO

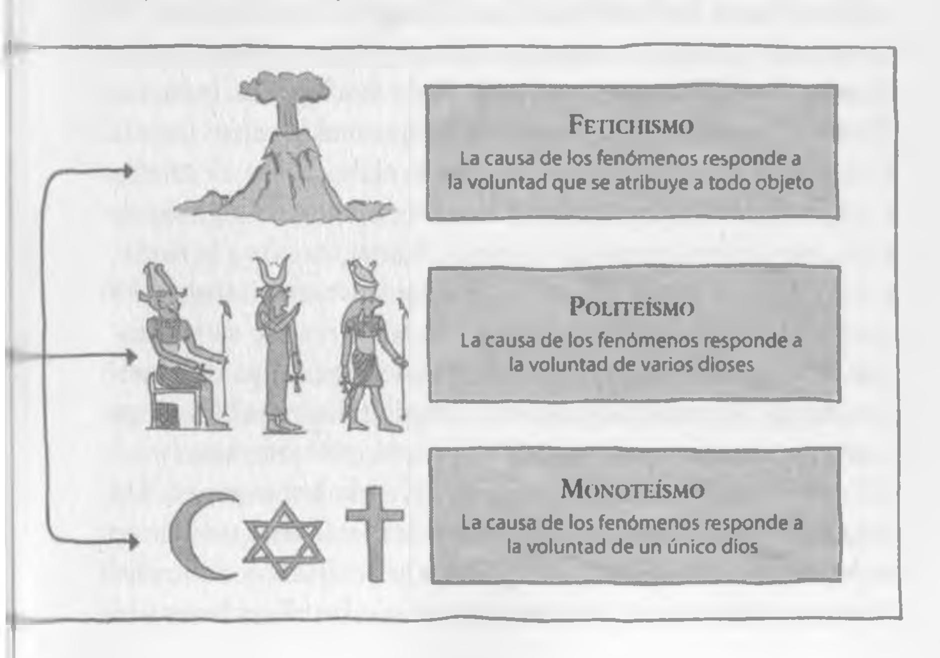
Para Comte, el estado teológico no es un bloque homogéneo, sino que se divide en tres fases: fetichista, politeísta y monoteísta. En la primera, y dado que el único poder causal con el que los hombres primitivos estaban familiarizados era su propia voluntad, se atribuyó una vida superior a los elementos de la naturaleza. Ello supuso una primera forma de especulación, aunque insatisfactoria, pues implicaba presuponer la existencia de un poder arbitrario al que los seres humanos se veían sometidos. Por consiguiente, toda perspectiva de operar sobre el entorno resultaba nula. Las limitaciones de esta fase fueron superadas por la politeísta. En ella, la capacidad de imaginar empezó a jugar un papel primordial a la hora de articular las explicaciones sobre las causas últimas de los fenómenos. La creencia de que los eclipses o las erupciones responden a la voluntad arbitraria de astros o volcanes cedía ahora su lugar a la fe en la acción de varios dioses invisibles, como pueden ser el dios del sol o el del fuego. Las posibilidades del hombre de operar en la naturaleza en esta fase se veían incrementadas, aunque solo sea porque estos seres divinos están hechos a imagen y



semejanza de los humanos y, por ello, las operaciones de su voluntad son más comprensibles. No obstante, al ser creaciones de la imaginación carecen de consistencia.

La decadencia del estado teológico

Surgió así la fase monoteísta, en la que, sin perder peso la imaginación, adquirió un relieve nuevo la razón. Lo que en la fase politeísta son varios dioses, cada uno de ellos asociado a un fenómeno natural, aquí se ve reducido a un único dios creador del cosmos y que no actúa caprichosamente, sino a partir de unas leyes que regulan los diferentes fenómenos y que él ha fijado. Lejos de describir positivamente el monoteísmo como la culminación del estado teológico, Comte lo consideraba el inicio de su decadencia. Y ello porque, a pesar de que en esta fase se propuso la existencia de unas leyes rectoras, estas estaban dictadas por un dios cuya voluntad es, en el fondo, inescrutable. Por tanto, y dado que era imposible conocer las razones últimas de la intención de esta divinidad, no es posible disponer de una explicación de la causa final de los fenómenos.



que le chocan, en una palabra hacia los conocimientos absolutos, se representa los fenómenos como producidos por la acción directa y continua de agentes sobrenaturales, más o menos numerosos, en que la intervención arbitraria explica todas las anomalías del universo.

Como puede leerse en el *Plan de trabajos*: «Los hechos observados son *explicados*, es decir, vistos a priori, según hechos inventados. Este estado es necesariamente el de toda ciencia en mantillas». Pero aunque sea imperfecto e insatisfactorio, este conocimiento es el único posible en esa época primigenia de la inteligencia humana y, por ello mismo, un paso previo y primordial para su desarrollo posterior. Hay que tener en cuenta que los primeros hombres no tenían a su disposición ni teorías para dar cuenta de los fenómenos que les preocupaban ni datos empíricos u observacionales a partir de los cuales erigir dichas teorías. Aun así, el estado teológico hizo un primer intento de establecer una explicación y es ahí donde radica su valor, pues de ese modo se pusieron las bases para el progreso posterior de la inteligencia humana. Dicho de otro modo, este estado preparó al hombre para la observación, condición básica para la elaboración de teorías y explicaciones, y le permitió tomar conciencia de algunas de sus capacidades, como la voluntad, la imaginación y la razón, y del papel de estas a la hora de adquirir conocimiento. Es cierto, ninguna de las explicaciones dadas resultó satisfactoria, pero ello no impide que esta primera tentativa de explicar ciertos fenómenos que resultaban incomprensibles tenga una importancia fundamental en la evolución humana.

Pero el estado teológico no es un todo homogéneo. En él pueden distinguirse tres momentos o fases que siguen un orden cronológico y comparten la atribución de los fenómenos físicos a entidades sobrenaturales. Esas fases son

las de fetichismo, politeísmo y monoteísmo. En la primera de ellas, la causa de los fenómenos responde a la voluntad que se atribuye al objeto o fenómeno, sea este una erupción volcánica, una tormenta o una inundación. La fase del politeísmo va más allá, y atribuye esos hechos no ya a unos elementos naturales desatados e incontrolables, sino a la voluntad de varios dioses que se identifican con ellos. Toda esa panoplia de seres sobrenaturales se ve reducida a uno solo, si bien omnipotente, en la tercera fase, la del monoteísmo: todo lo que ocurre en el mundo, y por tanto a los hombres, obedece única y exclusivamente a su voluntad.

Dado que, de acuerdo con Comte, todo estado de la inteligencia está relacionado con una forma de organización social, los dioses a los que se apela para dar cuenta de los fenómenos en este estado teológico constituyen, a su vez, la fuente de la moral. Así, pues, la aparición de una moral compartida dio lugar a la sociabilidad. Si antes la vida de los hombres estaba regida únicamente por sus intereses individuales, en el estado teológico esta se empieza a vertebrar en torno a una comunidad que comparte los mismos valores.

El estado metafísico

A medida que crecía la insatisfacción ante las explicaciones teológicas, la inteligencia humana consideró oportuno abandonar esta vía y trató de buscar la respuesta en otro tipo de explicaciones. Se inauguró así un nuevo estado, el metafísico. Aunque en realidad, y según lo que se desprende de los textos del propio Comte, este estado metafísico debe ser considerado más bien un período de transición entre el

estado teológico y el científico o positivo, o como él lo llama, «una como filosofía intermedia, esencialmente limitada a este menester transitorio». Así, en una obra tan temprana como el *Plan de trabajos* se lee:

> El segundo estado tiene por único destino el servir de medio de transición del primero [el teológico] al tercero [el científico o positivo]. Su carácter es híbrido: liga los hechos según ideas que no son ya en absoluto sobrenaturales por entero. En una palabra, estas ideas son abstracciones personificadas, en las que el espíritu puede ver a su voluntad o el nombre místico de una causa sobrenatural o la enunciación abstracta de una simple serie de fenómenos, según esté más cerca del estado teológico o del estado científico. Este estado metafísico supone que los hechos, cada vez más numerosos, han sido aproximados al mismo tiempo de acuerdo con las analogías antedichas.

En el *Curso de filosofía positiva*, Comte ahonda en esta explicación:

> En el estado metafísico, que en el fondo no es más que una modificación del primero [el teológico], los agentes sobrenaturales son reemplazados por fuerzas abstractas, verdaderas entidades (abstracciones personificadas) inherentes a los diversos seres del mundo y concebidas como capaces de engendrar por sí mismas todos los fenómenos observados, por lo que la explicación consiste en asignar a cada uno la entidad correspondiente.

La idea que se desprende de todo esto es que, efectivamente, el estado metafísico supone un progreso respecto al estado anterior sobre todo porque lo que antes era atribui-

do a una divinidad o un ser sobrenatural ahora lo es a una idea abstracta fruto de una cierta racionalización por parte del hombre, como es el caso de la noción de Naturaleza, considerada como la fuente única de todos los fenómenos, «el débil equivalente metafísico de la vaga conexión universal que resultaba del monoteísmo». Esto significa que por primera vez en la historia humana se da un intento de especulación teórica basada en la razón. Como afirma el propio Comte: «Ya no es entonces la imaginación la que domina, y todavía no es la verdadera observación; pero el razonamiento adquiere aquí mucha extensión y se prepara confusamente al ejercicio verdaderamente científico». Dicho de otro modo, en el estado metafísico se empieza a ejercitar la que será la facultad o capacidad indispensable para el pensamiento positivo: la razón. No obstante, se trata todavía de un progreso escaso o insuficiente, porque la imaginación (el elemento básico de las especulaciones teológicas) sigue ocupando un lugar primordial en todo el proceso. Es por ello que Comte insiste en que el metafísico es un período de transición y no un estado propiamente dicho, pues en realidad es poco más que una modificación del estado teológico.

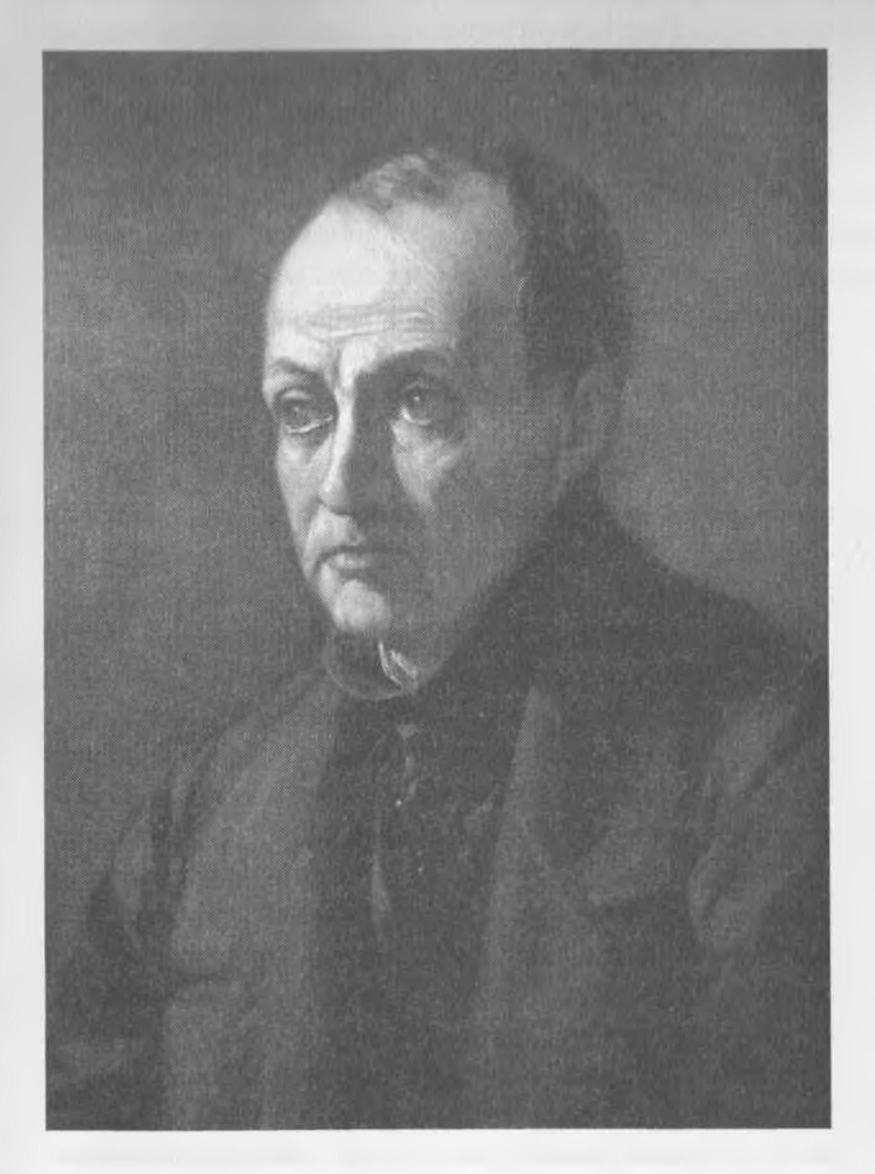
El estado positivo o científico

Para Comte, que el metafísico sea un estado transitorio no le resta valor en absoluto, pues sin él no sería posible alcanzar el estado científico. Es una etapa preparatoria y necesaria. La diferencia básica entre los dos primeros estados y el tercero estriba en el tipo de cuestiones que ocupan la inteligencia humana. Mientras que en los estados teológico y metafísico se pretende hallar la *causa última* de los fenóme-

nos, en el positivo el objetivo se restringe a la observación de fenómenos concretos y, a partir de ahí, a la formulación de leyes que permiten determinar las relaciones constantes a los que están sujetos. Es decir, la pregunta por las causas, de imposible respuesta fuera del ámbito de la imaginación, ha sido sustituida por el *cómo* se dan esos fenómenos. Es, en palabras del filósofo, un objetivo en cierto sentido «modesto», dado que el ser humano ha aprendido que no es posible conocer las causas últimas de los fenómenos, sino como máximo los principios que los rigen. Esta modestia, no obstante, revela que el estado positivo constituye una etapa de madurez plena. Así lo explica Comte en el *Plan de trabajos*:

> Los dos primeros estados no estaban destinados más que a preparar gradualmente el estado positivo. Los hechos están ligados de acuerdo con ideas o leyes generales de un orden enteramente positivo, sugeridos o confirmados por los hechos mismos, y con frecuencia no son sino simples hechos lo bastante generales como para convertirse en principios. Se procura reducirlas siempre al menor número posible, pero sin instituir ninguna hipótesis que no sea de una naturaleza comprobable algún día por la observación, y no considerándolas más que como un medio de exposición general de los fenómenos.

Mientras que la mente infantil (y de igual manera, la de los hombres de los dos primeros estados) se siente atraída por cuestiones inaccesibles, la mente adulta toma conciencia de sus limitaciones y renuncia a aquellas empresas que sabe inalcanzables, limitándose a la formulación de leyes. Cualquier intento de ir más allá (que no es sino un volver atrás, a los parámetros de los estados teológico y metafísico) no supone



Sobre estas líneas, retrato de Auguste Comte realizado por el pintor Louis-Jules Étex. Aunque dotado de una inteligencia precoz y un carácter voluntarioso, Comte tuvo durante toda su vida dificultades para las relaciones sociales. La causa, ciertos complejos por su aspecto desaliñado y un cuerpo desproporcionado para sus cortas piernas, así como su propia tendencia al aislamiento. Su salud, además, siempre fue delicada: padecía problemas estomacales, agotamiento físico y crisis nerviosas que en más de una ocasión le condujeron a la depresión.

sino una pérdida de tiempo, pues está condenado al fracaso, a dar respuestas estériles y falsas que no tienen utilidad alguna para el hombre. Son meras elucubraciones, «explicaciones vagas y arbitrarias de radical vaciedad» creadas por la imaginación, mientras que las leyes, apoyadas en la observación y la razón, sí ayudan a conocer mejor el funcionamiento del mundo. El estado positivo, por tanto, es el que más se adecúa a la naturaleza del ser humano y el que puede permitir que este emprenda la reforma y transformación de su entorno, tanto el natural como el social.

El tercer estado es el modo definitivo de una ciencia cualquiera.

PLAN DE TRABAJOS

Este radical cambio de planteamiento quedará más claro mediante un ejemplo: en los estados teológico y metafísico se había tratado de hallar la causa final del movimiento de los astros que se atribuyó bien a la acción de una divinidad, bien a la de un ente abstracto como la Naturaleza. En el estado positivo, se toma consciencia de que dicho objetivo es inalcanzable y, a menudo, conlleva postular entidades cuya existencia no es verificable. Por ello, lo único que se persigue en esta etapa es dar cuenta de las regularidades observadas en la naturaleza enunciándolas en forma de leyes. Esto es lo que se propuso hacer el matemático y físico inglés Isaac Newton (1643-1727) cuando, con el apoyo de herramientas como el telescopio o las matemáticas, formuló la ley de la gravitación universal para explicar el movimiento de los astros; una ley, por la cual la posición relativa de los cuerpos depende de la fuerza de atracción entre ellos, fuerza que se mide en función de su masa y la distancia que los separa. Con una ley como esta las expectativas explicativas del estado positivo se ven completamente satisfechas, por lo que ni se plantea la cuestión de la causa última, el

porqué de que la naturaleza opere de este modo, que es lo que habría ocupado la inteligencia humana en los estados teológico y metafísico.

La observación es precisamente el elemento distintivo del estado científico o positivo, «la única base posible de los conocimientos accesibles en verdad, adaptados sensatamente a nuestras necesidades reales», dicho en palabras del filósofo de Montpellier. Gracias a ella, la inteligencia se emancipa de la imaginación y alcanza el deseable estado de positividad racional. Sin observación no hay ciencia posible, pues solo observar los fenómenos posibilita formular hipótesis que permitan explicarlos. No obstante, Comte advertía también del riesgo que conlleva la observación, pues esta, si no está guiada por una hipótesis previa, no constituye más que una «especie de estéril acumulación de hechos incoherentes».

Pero en el estadio positivo, la observación directa de los fenómenos no es el único método que se emplea para obtener datos empíricos a partir de los cuales se articulan todas las hipótesis explicativas. También se recurre a la experimentación que permite ampliar la base indiciaria esencial a la hora de confirmar o rechazar dichas hipótesis.

El conocimiento que se obtiene, sin embargo, es relativo; es decir, es un conocimiento que depende de los datos observacionales de los que se dispone en un momento dado. Por tanto, es posible que lo que es válido hoy no lo sea mañana, dado que el progreso de las propias ciencias (debido a los avances tecnológicos que dan lugar a instrumentos de medición y análisis cada vez más precisos) hace que se puedan obtener nuevos datos que desmientan los anteriores y obliguen a reformular las hipótesis y teorías. De este modo, la ciencia y el conocimiento científico no son algo inamovible, sino algo sujeto a un constante cambio; en definitiva, al

progreso, a un acercamiento cada vez mayor a la verdad, tal y como expresaba Comte:

> La ley general del movimiento fundamental de la Humanidad consiste en que nuestras teorías tiendan cada vez más a representar exactamente los objetos externos de nuestras constantes investigaciones sin que, sin embargo, la verdadera constitución de cada uno de ellos pueda ser plenamente apreciada, ya que la perfección científica debe limitarse a aproximarse al límite ideal tanto como lo exijan nuestras diversas necesidades reales.

Lo relativo del conocimiento, sin embargo, no impide que las leyes sean invariables, esto es, que haya una constancia en los hechos y en sus causas, pues de otro modo sería imposible otro aspecto que Comte resalta de los conocimientos científicos obtenidos en el estado positivo. El valor de estos no radica en su cantidad, en su acumulación por parte de los hombres (una satisfacción erudita, pero estéril), sino en que tienen una finalidad, son *útiles*. Dado que lo que la mente científica busca es la regularidad de los fenómenos, las leyes obtenidas proporcionan al ser humano cierto control y poder sobre la naturaleza. De lo que se trata, pues, es de «ver para saber, saber para prever, prever para poder; estudiar lo que es a fin de concluir de ello lo que será, según el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales». Ahí radica, para Comte, el verdadero espíritu positivo. Por ejemplo, las tres leyes básicas acerca del movimiento de los planetas alrededor del sol expuestas por el astrónomo y físico alemán Johannes Kepler (1571-1630) permiten predecir las mareas, puesto que estas dependen de la acción de los astros sobre la Tierra. Y este es un conocimiento útil, aprovechable para la navegación.

De acuerdo con la ley de los tres estados, el positivo o científico es la última etapa en el desarrollo de la inteligencia humana, una que, según Comte, ya se ha alcanzado en el estudio de la mayoría de fenómenos naturales. No así en lo que se refiere a la realidad social y, por tanto, a la propia vida humana.

CAPÍTULO 2

LA ESTRUCTURA JERÁRQUICA DE LAS CIENCIAS

La clasificación comtiana de las ciencias establece una jerarquía entre ellas, con la sociología en la cúspide. Llamada por Comte física social, es la disciplina más joven, la que tiene el objeto de estudio más complejo (la sociedad humana) y la única que no ha alcanzado aún el estado positivo.

Los años posteriores a su ruptura con Saint-Simon y a su matrimonio con Caroline Massin fueron especialmente difíciles para Comte. La paupérrima situación económica de la pareja provocaba en el filósofo un desasosiego tal que no le permitía trabajar. Un intento de establecerse como profesor particular quedó en nada ante la falta de alumnos. Lo peor, sin embargo, estaba por llegar: en febrero de 1826, poco después de la publicación de su opúsculo *Consideraciones sobre el poder espiritual*, el filósofo, inquieto por la posibilidad de que su contenido se malinterpretase, se dispuso a redactar otro texto en el que quedara más clara su posición. Durante días, trabajó con ahínco, aunque algún tipo de bloqueo mental le impedía avanzar en su labor. Al mismo tiempo, en abril de ese mismo año y animado por la buena acogida dispensada a sus textos, emprendió en su domicilio parisiense una serie de lecciones privadas con las que pretendía difundir su ideario positivista. Entre quienes se apuntaron a ellas se hallaban algunos de los más grandes intelectuales de la época, como el matemático y físico francés Joseph Fourier (1768-1830) o el geógrafo y

naturalista alemán Alexander von Humboldt (1769-1859). El curso hubo de ser interrumpido en la segunda jornada, el 13 de abril: abrumado por un trabajo a todas luces excesivo y después de meses en los que vivía a base de café para mantenerse despierto, Comte sufrió una crisis nerviosa grave que motivó su ingreso en un hospital y la administración de sedantes. Tras casi ocho meses de internamiento, el 2 de diciembre, los médicos lo declararon incurable. Aun así, el filósofo insistió en abandonar el centro y regresar a su casa, donde quedó al cuidado de su esposa Caroline. Toda la mejoría que no había experimentado en el hospital la alcanzó en su hogar: a medida que pasaban los días, Comte evolucionaba favorablemente hasta que, al cabo de ocho semanas, su recuperación pareció ya un hecho. Fue un espejismo: al poco, y desconfiando de haber recobrado sus facultades intelectuales, el filósofo cayó en una depresión. Incluso intentó suicidarse arrojándose al Sena, y si no consiguió llevar a cabo su propósito fue porque un guardia real que pasaba en ese momento pudo salvarlo. Este suicidio frustrado avergonzó tanto a Comte, que decidió sobreponerse como fuera a su desesperación y retomar en la medida de lo posible su actividad anterior. La escritura le ayudó a ello.

Comte quiso hacer público el análisis de las causas que le condujeron a sufrir estas crisis nerviosas y, al estilo de las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), obra en la que este filósofo y escritor suizo narra sus vivencias personales, incluyó en el *Curso de filosofía positiva* muchas reflexiones acerca de los problemas mentales y emocionales que tuvo que afrontar. De este modo, asuntos privados que el pudor de la época consideraba apropiado mantener ocultos, salieron a la luz. Comte creía que obrando así era fiel a la teoría revolucionaria de la autenticidad, de acuerdo a la cual, la solidaridad real entre los miembros de una comu-




EL SELECTO AUDITORIO DE COMTE

Cuando Comte se decidió a difundir su filosofía positiva a través de un curso impartido en su casa, esperaba atraer la atención de los más destacados científicos. Entre los que lo honraron con su presencia figuraban el matemático Joseph Fourier (a la izquierda, en un grabado de época) y el naturalista Henri Marie Ducrotay de Blainville (1777-1850, a la derecha). Más allá de su sintonía y admiración intelectual, Comte acabó trabando una estrecha amistad con ambos, como lo demuestra el que les dedicara el *Curso de filosofía positiva.* Los dos eran miembros de la Academia Francesa de las Ciencias y encarnaban el espíritu positivo: si la ley de la conducción del calor formulada por Fourier fue considerada por Comte la contribución científica más valiosa desde la ley newtoniana de la gravedad, el uso por parte de Blainville de la anatomía comparada fue adaptado por el de Montpellier al estudio de los fenómenos sociales.

nidad solo es posible si entre ellos hay una comunicación sincera. Aunque es posible también que el filósofo quisiera mostrar toda la fuerza del pensamiento positivista, no solo útil para tratar de entender el mundo exterior, sino también el interior de uno mismo.

Comte señala en el *Curso* que el motivo más probable de su locura fue «la fatal coincidencia de un profundo sufrimiento moral y un enorme exceso de trabajo». Por «sufrimiento moral» se refería a su situación económica y a la infelicidad de su matrimonio con Caroline Massin, a la que el filósofo acusaba de desagradecida: «Su ingratitud fue la principal causa de mi infelicidad» escribió Comte años después en un anexo que hizo en su testamento. Pero esta no fue la única conducta que le reprochó. Comte se quejaba también de su extrema preocupación porque él se convirtiera en un reputado académico y ganara dinero. La presión que Massin ejerció en este asunto fue tal que incluso le amenazaba con volver a su anterior profesión de mujer de la calle, lo que provocaba en el filósofo ataques de celos y vergüenza.

Finalmente, después de ese intento de suicidio Comte consiguió salir adelante. Y poco a poco, se vio con ánimos de reemprender la actividad intelectual con la redacción de nuevos opúsculos. Uno de ellos es el *Examen del tratado de Broussais sobre la irritación* (1828), un comentario a una obra del médico François Joseph Victor Broussais (1772-1838), el *Tratado sobre la irritación y la locura*, en el que se afirma que las enfermedades consisten básicamente en la excitación de los diversos tejidos del cuerpo humano, ya sea por encima o por debajo del nivel que puede considerarse como estado normal de la persona. Y no se quedó ahí Comte: en enero de 1829 se dispuso a reemprender las lecciones de aquel «curso de filosofía positiva» que la enfermedad le había obligado a interrumpir.

Por «filosofía positiva», el autor entendía aquella reflexión acerca de las concepciones científicas que intentan explicar la realidad basándose en métodos que descansan principalmente en la observación.

> Para comprender una ciencia es necesario conocer su historia.
>
> *Curso de filosofía positiva*

La filosofía positiva, por tanto, no es más que el «estudio propio de las generalidades de las diferentes ciencias». Pero a él lo que le interesaba no era la ciencia en general, sino un ámbito de estudio muy concreto, los fenómenos sociales, todo con el propósito de establecer las bases de un plan de reforma política y social. Surgía aquí, sin embargo, un obstáculo serio: y es que, si bien las ciencias físicas habían alcanzado el tercer nivel establecido por la ley de los tres estados, el científico o positivo, no podía decirse otro tanto de las llamadas «ciencias humanas». Valga señalar que el filósofo francés entendía por «ciencia» aquella disciplina cuya meta última es la formulación de leyes que permitan la previsión, la cual, a su vez, da al hombre la posibilidad de dominar la naturaleza en su beneficio y, de este modo, mejorar su calidad de vida. Se hacía necesario, por tanto, establecer las directrices de una aproximación científica a los fenómenos sociales; es decir, había que fundar una nueva ciencia que los investigara. El objetivo del curso de Comte fue, precisamente, el de sentar las bases metodológicas de esta nueva ciencia según el modelo de las demás disciplinas científicas. El resultado sería la sociología o física social.

El curso tuvo una acogida tan calurosa, que Comte acabó impartiendo las lecciones no en su casa, sino en el Ateneo de París. Fue un punto de inflexión en su carrera. Si en un principio había abordado este proyecto sin concederle demasiada importancia, ahora lo veía como una gran oportunidad no solo para aliviar su situación financiera, sino sobre todo para

esclarecer y ordenar sus ideas. El resultado de este trabajo fue una de las grandes obras del filósofo, precisamente titulada *Curso de filosofía positiva*. El primer volumen de los seis que la componen fue publicado en 1830, coincidiendo con la llamada Revolución de julio, que acabó con la monarquía absoluta de Carlos X (1757-1836) e instauró en su lugar una monarquía parlamentaria, con Luis Felipe de Orleans (1773-1850) como rey; el último volumen no vio la luz hasta 1842. Además de la ley de los tres estados, ya tratada en el capítulo anterior, el libro abordaba otro de los pilares fundamentales de la filosofía de Comte: la clasificación de las ciencias.

TODO SE PUEDE CLASIFICAR

El proyecto comtiano de fundación de la ciencia sociológica consta de dos etapas: una primera preparatoria en la que se establecen las bases metodológicas de la nueva disciplina, y una segunda que puede ser descrita como su momento fundacional, pues en ella se procede a la aplicación de dicha metodología al estudio de la realidad social. La ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias forman parte de esa primera etapa. Ambos elementos están así estrechamente relacionados, también porque la clasificación comtiana de las ciencias ilustra y complementa la ley de los tres estados con la que Comte describe el proceso de desarrollo de la inteligencia humana.

De acuerdo con el autor, si la inteligencia humana pasa por tres estados (el teológico, el metafísico y el positivo) en su esfuerzo por explicar los fenómenos, otro tanto puede decirse de las diversas ciencias o saberes. Cuáles son estos es lo que intenta dilucidar la clasificación propuesta por el filósofo. Ahora bien, ¿en qué consiste una clasificación? Una

clasificación no es más que una forma de agrupar una colección de elementos en distintas clases definidas en virtud de cierta característica que comparten los que pertenecen a la misma clase. En principio, cualquier elemento del mundo es susceptible de ser clasificado: animales, números naturales, palabras, estrellas, compuestos químicos, países, ciencias... Y, por supuesto, seres humanos.

Una forma de clasificar a los seres humanos sería agrupándolos en distintas clases según el continente en el que hayan nacido. En este caso, habría cinco clases: americanos, europeos, africanos, asiáticos y oceánicos. Se trata de un tipo de clasificación correcto porque todos y cada uno de los hombres que viven en la Tierra pertenecen a una de estas clases, de modo que no hay ninguna persona que pertenezca a más de una, ni ninguna que esté vacía porque no hay nadie en ella. Evidentemente, la anterior clasificación no es la única forma válida de agrupar a los seres humanos. Otra podría tener como principio básico el país donde han nacido, por ejemplo. Pero también pueden hacerse clasificaciones que tengan en cuenta la riqueza, la clase social, el color de pelo... El que se escoja una u otra depende del objetivo práctico que se persiga.

Las ciencias fundamentales

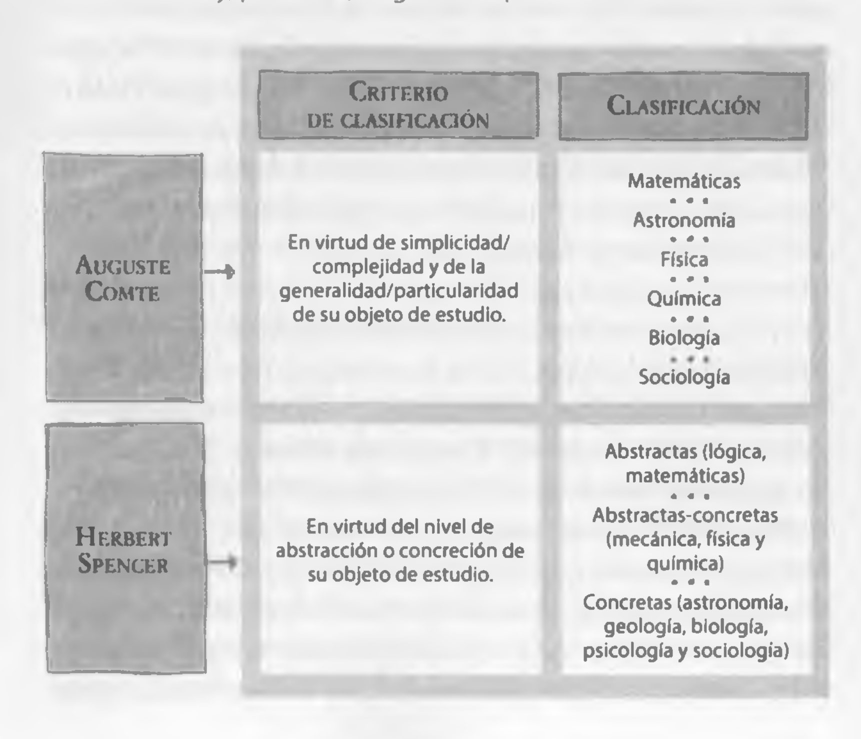
En realidad, Comte no fue el primero en ofrecer una clasificación de las ciencias. Mucho antes que él, filósofos como el inglés Francis Bacon (1561-1626) ya abordaron esta cuestión. Teniendo en cuenta la facultad en la que están basadas, Bacon las dividió en tres clases, según descansen en la memoria (historia), la imaginación (poesía) o la razón (física o matemáticas). Asimismo, a pesar de que la clasificación

que ofreció Comte supuso un avance en relación a las de sus predecesores, esta no se libró de duras críticas por parte de algunos de sus contemporáneos, quienes proponían otros criterios de ordenación. Fue el caso de uno de los positivistas más renombrados del Reino Unido, el filósofo, biólogo y sociólogo Herbert Spencer (1820-1903), para quien las ciencias debían clasificarse en virtud del nivel de abstracción o concreción de fenómenos que tratan. De ello resultaban tres grandes clases: ciencias abstractas, ciencias abstractas-concretas y ciencias concretas. Las primeras se ocupan, no de los fenómenos mismos, sino de las relaciones abstractas de dependencia que se establecen entre ellos. Las terceras estudian los fenómenos observables. Y, entre estas dos clases, el segundo tipo de ciencias lo constituyen aquellas que tratan de determinar las leyes que rigen los fenómenos observables, por ello se las considera concretas, pero abstractas a la vez porque suponen, para ello, un marco de condiciones ideales. A diferencia de Spencer, Comte se fija en otras características de los fenómenos que tratan las diversas ciencias para clasificarlas. En una de las lecciones de *Curso de filosofía positiva* presentó el principio por el que se regía su clasificación y ordenación de las ciencias en los siguientes términos:

> Resulta de esta discusión que la filosofía positiva está dividida en cinco ciencias fundamentales, cuya sucesión viene determinada por una subordinación necesaria e invariable, basada, independientemente de toda opinión hipotética, en la simple comparación de los fenómenos correspondientes; estas son: la astronomía, la física, la química, la fisiología y la física social. La primera considera los fenómenos más generales, más simples, más abstractos y más alejados de la humanidad; influye sobre todas las otras y no es influenciada por las demás. Los fenómenos considerados por la última

LA CIENCIA, UN SABER QUE EVOLUCIONA

Cuando se clasifica cierto conjunto de objetos se los agrupa en distintas clases en virtud de alguna característica que comparten y que los distingue de los de las otras. Según Comte, una buena ordenación de las ciencias debía arrojar luz acerca de su evolución lógica e histórica, y creía que el criterio en base al cual estableció su clasificación permitía recoger dicha evolución. Pero ese mismo aspecto del que tan orgulloso se mostraba fue precisamente lo que cuestionaron otros filósofos. Así, Herbert Spencer afirmaba que ninguna agrupación podía mostrar la evolución lineal que el francés atribuía a las ciencias. Es cierto, el progreso de la física y la química está subordinado al de las matemáticas, pero estas también se desarrollaron gracias a su aplicación por parte de aquellas otras ciencias. Además, añadía que los criterios seguidos por Comte ni siquiera permitían distinguir como dos clases distintas la astronomía de la biología, pues ambas disciplinas estudian objetos particulares accesibles mediante la observación y, por tanto, su grado de particularidad es el mismo.



	Criterio de clasificación	Clasificación
Auguste Comte →	En virtud de simplicidad/complejidad y de la generalidad/particularidad de su objeto de estudio.	Matemáticas • • • Astronomía • • • Física • • • Química • • • Biología • • • Sociología
Herbert Spencer →	En virtud del nivel de abstracción o concreción de su objeto de estudio.	Abstractas (lógica, matemáticas) • • • Abstractas-concretas (mecánica, física y química) • • • Concretas (astronomía, geología, biología, psicología y sociología)

son, por el contrario, los más particulares, los más complicados, los más concretos y los más cercanos al hombre; depende más o menos de las precedentes, sin ejercer sobre ellos ninguna influencia. Entre estos dos extremos, los grados de singularidad, de complicación y de personalidad de los fenómenos va gradualmente aumentando, así como su dependencia sucesiva. Tal es la íntima relación que la verdadera observación filosófica, convenientemente aplicada, y no las vanas distinciones arbitrarias, nos conducen a establecer entre las diversas ciencias fundamentales.

A esta primera clasificación Comte añadiría con posterioridad una nueva clase, las matemáticas. Para determinar las seis clases de ciencias resultantes, el filósofo se basó en la simplicidad y complejidad de los fenómenos que estudian. Un fenómeno es más simple cuando involucra menos elementos y más complejo cuando involucra muchos más elementos. Por ejemplo, la combustión es un fenómeno más simple que el cuerpo humano, puesto que para que algo se queme es suficiente la presencia de tres elementos (oxígeno, un combustible y algo que inicie la reacción), mientras que para que el cuerpo humano funcione correctamente son necesarios veintiún órganos. Por tanto, la química, como ciencia que estudia reacciones como la combustión, es más simple y pertenece a una clase distinta que la biología, que es la encargada de estudiar el funcionamiento de los organismos vivos. Consecuente con este criterio, Comte estableció la siguiente división de los saberes: matemáticas, astronomía, física, química, biología y sociología.

Mas este no es el único criterio por el que se guio. Hay otro que tiene en cuenta la generalidad o particularidad de los fenómenos que estudia cada ciencia: un fenómeno es más general cuanto más alejado se halla del hombre, y más particular o concreto cuanto más cerca está de él. De este modo, puesto

que el grado de proximidad de los organismos vivos respecto a los hombres es mayor que el de los planetas, la biología, que estudia los primeros, y la astronomía, que estudia los segundos, pertenecen a clases distintas.

Estos dos criterios dan como resultado idéntica clasificación de las ciencias. Ello es posible porque los fenómenos más simples son a su vez los más generales y los más complejos, los más particulares. En un extremo se hallan las matemáticas, que tratan sobre los fenómenos más simples y generales, y en el otro la sociología, que se refiere a los más complejos y particulares. De las matemáticas a la sociología, la complejidad de los fenómenos que constituyen el objeto de estudio de las ciencias aumenta y la generalidad disminuye.

Dejando de lado las matemáticas, consideradas como mera ciencia instrumental, Comte afirma que en base a estos dos criterios también sería posible clasificar las cinco ciencias restantes en dos grandes clases: inorgánicas y orgánicas. A la primera clase pertenecerían la astronomía, la física y la química, que a su vez son las más simples y generales, todo lo contrario que las ciencias orgánicas, la biología y la sociología, más complejas y particulares.

LA JERARQUÍA DE LAS CIENCIAS

Esta clasificación de las ciencias refleja un orden de dependencia entre cada una de ellas, puesto que las más complejas y concretas necesitan o dependen de las más simples y generales. O lo que es lo mismo, que estas últimas crean las condiciones que hacen posible las primeras. La física, por ejemplo, estudia fenómenos más complejos que las matemáticas o la astronomía, pero para explicarlos y formular las pertinentes leyes depende de las explicaciones, leyes y métodos de aque-

llas. Por ello, la jerarquía de dependencia que establece Comte está encabezada por las ciencias que tratan los fenómenos más simples y generales. El orden resultante, de más simple a más complejo, es como sigue: matemáticas, astronomía, física, química, biología y sociología. Además del régimen de dependencia entre las ciencias, esta secuencia es interesante porque recoge también el orden histórico de su desarrollo o, dicho de otro modo, el orden temporal en que alcanzaron el estado científico o positivo. En este sentido, y en palabras de Comte: «Todo saber alcanza el estado positivo en proporción a su generalidad, simplicidad e independencia de los demás».

Puesto que los fenómenos más simples y generales fueron los primeros en investigarse, las ciencias que los tratan fueron las que se desarrollaron más rápido y las primeras en alcanzar el estado positivo. Por el contrario, aquellas otras disciplinas que tienen como objeto los fenómenos más complejos y concretos tardan más en alcanzar este estado porque su desarrollo depende del conocimiento arrojado por las ciencias más simples. Consecuentemente, si las matemáticas fueron la primera ciencia que alcanzó el estado positivo, la sociología será la última. De hecho, la sociología ni siquiera existía en tiempos de Comte: era la ciencia social que él quería fundar. Pero esta jerarquía le sirvió para darse cuenta de que el proyecto de esa nueva ciencia pasaba por el estudio y la comprensión de las ciencias que la preceden. Es decir, que la sociología solo encontrará su lugar en el orden de las distintas disciplinas científicas si se entiende de qué forma se establecen las relaciones de dependencia entre las distintas ciencias y la lógica de su desarrollo histórico. Y eso es lo que se dispuso a hacer el filósofo: someter a un minucioso análisis las matemáticas, la astronomía, la física, la química y la biología, a fin de preparar el camino a la ciencia de lo social. Para ello, se centró especialmente en cuestiones relacionadas con su metodología procedimental,

pues este es un aspecto crucial para que una disciplina dé el salto al estado positivo, aquel en el que la observación de los fenómenos da lugar a la formulación de leyes. Comte, sin embargo, no se quedó ahí, sino que abordó también otros elementos, como el objeto de estudio, la relación con otras ciencias, sus descubrimientos y sus teorías, para acercarse finalmente a las limitaciones de cada disciplina. Este examen de las ciencias, llevado a cabo con minuciosa precisión en el *Curso de filosofía positiva*, le valió al autor el reconocimiento como primer filósofo de la ciencia moderna en sentido estricto.

En las matemáticas encontramos la fuente primitiva de la racionalidad.

Curso de filosofía positiva

Las matemáticas

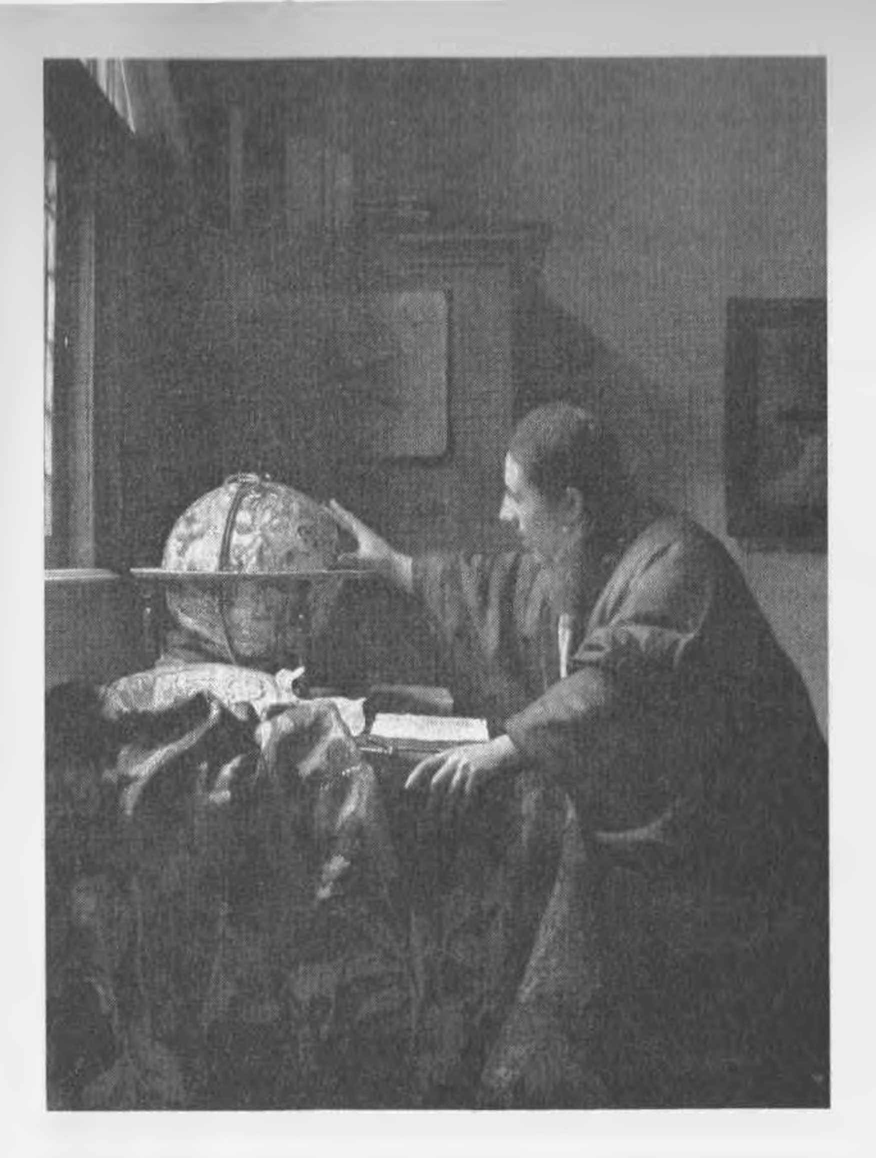
Para Comte, las matemáticas están en el origen del pensamiento positivo, si bien él no las considera una ciencia propiamente dicha, al menos no en el mismo sentido que las otras, sino como una ciencia puramente instrumental, dado que no proporciona conocimiento alguno acerca de las propiedades de las cosas. Pero es una disciplina básica, puesto que permite la cuantificación de los fenómenos y puede ser usada para descubrir las leyes que los regulan. Por ejemplo, la cuantificación de un fenómeno como el de la fuerza de atracción entre dos cuerpos fue crucial para que Isaac Newton formulara la ley la gravedad, de acuerdo con la cual la fuerza con la que se atraen dos cuerpos es proporcional a su masa e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que los separa.

Se trata, pues, de un saber útil para el descubrimiento de leyes, pero no de una ciencia universal. La razón de ello es que su campo de acción se limita a aquellos fenómenos que

son los más simples y generales, y cuyas propiedades no se modifican. Esto es, a los inorgánicos. En cambio, la complejidad y la variabilidad de los fenómenos orgánicos impide que estos puedan ser cuantificados del mismo modo. El uso de las matemáticas, por tanto, debe limitarse al estudio de los fenómenos astronómicos, físicos y químicos, no así a los biológicos y sociológicos.

La astronomía

Comte define la astronomía como el conjunto de las leyes «de los fenómenos geométricos y mecánicos presentes en los cuerpos celestes». El estudio de estos fenómenos alcanzó el estado positivo cuando los innumerables datos observacionales acumulados durante siglos por las civilizaciones egipcia y mesopotámica fueron usados por los filósofos de la Grecia clásica para plantear las primeras teorías sobre su funcionamiento. En realidad, los astrónomos egipcios y mesopotámicos también plantearon sus propias explicaciones, pero estas descansaban todavía sobre elementos mitológicos. Los griegos consiguieron ir más allá, y todo porque se les ocurrió unir esos valiosos datos observacionales a sus propios conocimientos matemáticos. De este modo, y dejando de lado la búsqueda de la causa última del universo, fueron capaces de construir modelos geométricos que no solo daban cuenta de los movimientos de los cuerpos celestes, sino que permitían también predecirlos con exactitud sin necesidad de recurrir a ninguna explicación divina o mítica, teológica o metafísica. Fue el caso, por ejemplo, del sabio Tales de Mileto (h. 625-547 a.C.), quien gracias a esos conocimientos pudo predecir en el año 585 a.C. un eclipse solar y atribuirlo, no al gratuito capricho de una divinidad



El paso de la astronomía hasta la categoría de ciencia positiva se dio en el Renacimiento y el Barroco. Fue entonces cuando las matemáticas se incorporaron definitivamente a su modo operacional, lo que, unido a artefactos como el telescopio, permitió superar los esquemas cosmológicos anteriores, como el geocéntrico de Claudio Ptolomeo (100-170), y establecer una serie de leyes que permitían predecir fenómenos como los eclipses o el paso de cometas. En la imagen, *El astrónomo*, óleo del pintor holandés Johannes Vermeer, pintado precisamente en esa época de florecimiento de la astronomía.

o al deseo de esta de señalar a los hombres algún oscuro presagio, sino a causas puramente naturales. El eclipse, así, no es sino una muestra de la regularidad del funcionamiento de la naturaleza y, dentro de ella, de los astros. El astrónomo y astrólogo Claudio Ptolomeo, por su parte, propuso un modelo en el que la Tierra se hallaba inmóvil en el centro del universo, y el sol, la luna y el resto de planetas y estrellas giraban a su alrededor. De este modo, la matematización de la astronomía fue un paso decisivo para que esta disciplina alcanzara el estatus de ciencia. Es más, la astronomía depende fundamentalmente de las matemáticas y de ninguna otra ciencia. Y a la inversa, todas las otras ciencias, incluida la sociología, dependen de la astronomía, concretamente del camino que abrieron sus descubrimientos y su abandono de la búsqueda de las causas últimas.

La física

Según Comte, la física se diferencia de la química en que su objeto es más general y se relaciona con la masa de los cuerpos, pero no se ocupa, como sí hace la química, de examinar lo que sucede a nivel molecular cuando los cuerpos se ven afectados por algún cambio. Es decir, que la física estudia las propiedades y el comportamiento de la materia, y trata de averiguar, únicamente desde un punto de vista macroscópico, cómo esta reacciona a los cambios de volumen, presión o temperatura.

La contribución crucial de la física al método científico fue la práctica de la construcción de hipótesis verificables. Una hipótesis no es más que una explicación de cierto fenómeno o suceso en base a un conjunto de indicios limitados que es útil como punto de partida para una posterior inves-

tigación. Cuando se afirma que una hipótesis es verificable lo que se pretende señalar es que es posible disponer de indicios que pongan de manifiesto su corrección o incorrección o, dicho de otro modo, que la confirmen o que la falseen. Una hipótesis de este tipo adquiere el rango de teoría en el momento en que resulta corroborada y no hay nada que la desmienta. No obstante, si con posterioridad surgieran nuevos datos que la contradijeran, dicha teoría debería ser abandonada. Esta explicación resultará más clara mediante un ejemplo: la hipótesis de que la variedad de las especies se debe a un proceso de evolución a partir de un ancestro común constituye a día de hoy una teoría. Y ello es gracias a que existen multitud de indicios que parecen corroborarla, caso de la similitud morfológica de ciertos órganos entre especies muy diversas. Asimismo, su estatus como teoría también se explica por la inexistencia de indicios suficientemente sólidos que demuestren que es falsa.

El universo no aporta ninguna prueba de la existencia de una mente rectora.

Curso de filosofía positiva

Consideradas como el primer paso para disponer de unas teorías que constituyen la base de la ciencia, las hipótesis verificables son la gran contribución de la física al método científico. Pero no es la única. Otro elemento clave en el progreso de la ciencia es la formulación de leyes. Si las teorías hacen explícito el mecanismo que subyace a los fenómenos, las leyes se limitan a describir los hechos que esas teorías tratan de explicar. Siguiendo el ejemplo anterior, mientras que la teoría de la evolución de las especies apela a un mecanismo de selección natural (esto es, las condiciones medioambientales que favorecen o dificultan la reproducción de los organismos vivos según sean sus peculiaridades), la ley de la evolución simplemente enuncia que nece-

sariamente las especies evolucionan a partir de un ancestro común.

La introducción de hipótesis verificables fue lo que propició el abandono de las explicaciones teológicas y metafísicas de los fenómenos físicos. ¿Qué indicios permitirían corroborar o falsear la hipótesis de que un fenómeno físico dado, como el que en condiciones normales el agua hierve a 100 grados, responde a una voluntad divina, a cierto movimiento del éter o, simplemente, al ser de la Naturaleza? Todas estas entidades divinas o abstractas a las que las explicaciones teológicas y metafísicas apelan son invisibles e intangibles. Por tanto, no parece posible adquirir indicios de carácter observacional que permitan corroborar o falsar una hipótesis como que el agua hierve a cierta temperatura como consecuencia de una decisión divina. En definitiva, se puede decir que la introducción de hipótesis verificables propició que la física alcanzara el estado positivo en la medida en que fue a través de ellas que las explicaciones teológicas y metafísicas pudieron ser rechazadas.

La química

Comte definió la química como la ciencia que trata de las «leyes de los fenómenos de composición y descomposición que resultan de la acción molecular y específica de las diferentes sustancias, naturales y artificiales». Esta ciencia conoció un rápido desarrollo entre finales del siglo XVII y principios del siglo XIX. Fue entonces cuando las explicaciones teológicas y metafísicas fueron sustituidas por la metodología propia del estado positivo: observación, experimentación y formulación de leyes. La figura clave en este paso fue el francés Antoine-Laurent de Lavoisier (1743-1795), generalmente

considerado el fundador de la química moderna gracias a sus trabajos sobre la fotosíntesis, la naturaleza de la combustión o la oxidación de los cuerpos. Sin embargo, Comte consideraba que la química aún podía avanzar más en su desarrollo positivo con la asunción de un método comparativo para clasificar los fenómenos de los que se ocupa de acuerdo con sus semejanzas.

La biología

El filósofo de Montpellier consideraba que la biología debe arrojar luz sobre el fenómeno de la vida y, para ello, es necesario que estudie los organismos vivos, entre los que se incluyen los seres humanos. Básicamente, esta disciplina se ocupa de la fisiología de dichos organismos, es decir, trata de averiguar cuál es la función de las diferentes partes de su anatomía y de qué forma estas determinan su relación con el entorno.

La biología es la antecesora inmediata de la sociología y, a la vez, constituye su punto de partida. Por consiguiente, si se pretende que el estudio de los fenómenos sociales alcance el estado positivo es imprescindible que la biología haya llegado antes a él. Y eso es algo que, según el filósofo, no se ha dado más que en tiempos recientes: «Puesto que, de todas las partes de la filosofía natural, la fisiología es aquella que estudia los fenómenos más complejos y los menos independientes, es también la que ha restado necesariamente más tiempo que ninguna otra bajo el yugo de las ficciones teológicas y de las abstracciones metafísicas», escribía al respecto en 1828 en su opúsculo sobre Broussais. Comte atribuía este retraso tanto a la complejidad de su objeto de estudio como a la carencia de una metodología propiamente científica, po-

sitiva, que sí tenían la astronomía, la física y la química, y que la biología solo alcanzó gracias a la obra de anatomistas y naturalistas como Henri Marie Ducrotay de Blainville (1777-1850). Con ellos, los fenómenos vitales pudieron por fin ser sujetos a unas leyes generales.

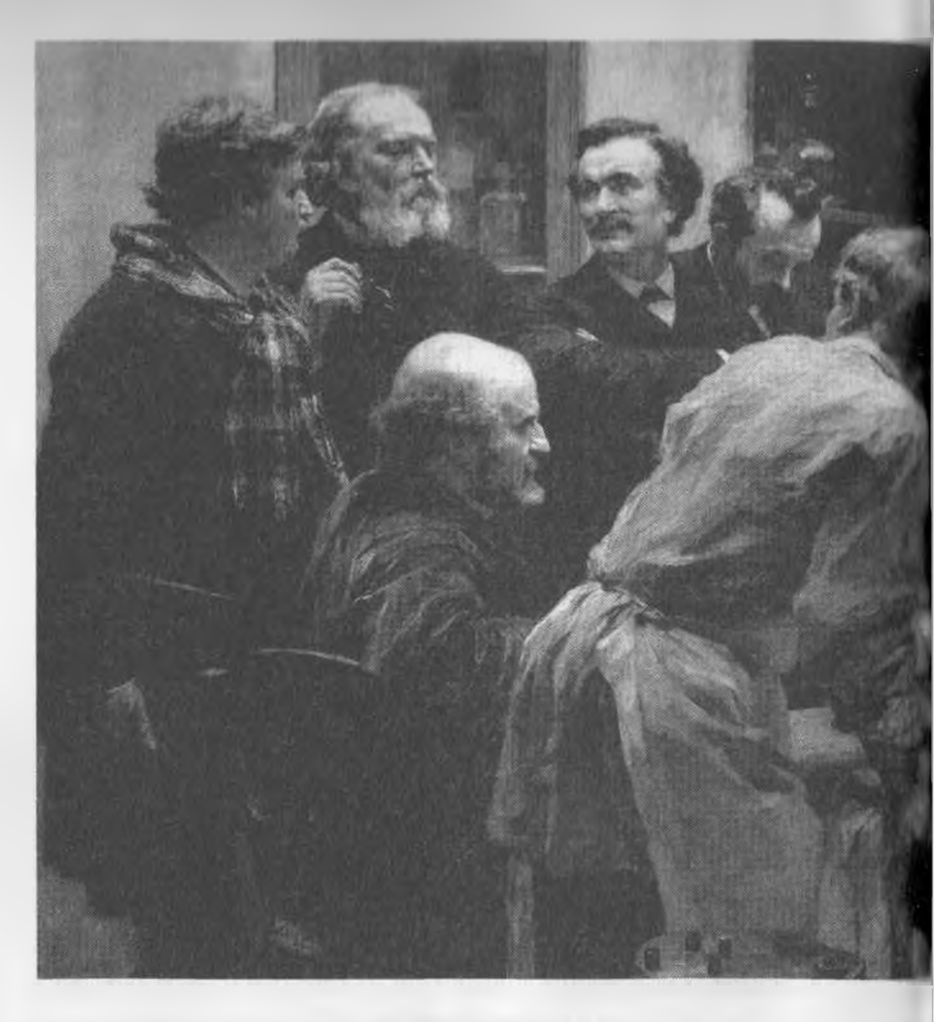
Comte dedicó un amplio espacio a la biología en su *Curso de filosofía positiva.* Su paso, aunque breve, por la facultad de medicina de la Universidad de Montpellier hacía que conociera de primera mano la materia, por lo que no se limitó a hacer una mera descripción de su estado, sino que incorporó reflexiones metodológicas que tuvieron una influencia decisiva en su desarrollo y en la consecución de su estatus como ciencia.

Para el filósofo, el estudio de los organismos vivos había estado guiado tradicionalmente, y seguía estándolo en buena medida, por dos grandes concepciones contrapuestas a las que atribuía toda la responsabilidad de que la biología no hubiera alcanzado aún el estado positivo: el vitalismo y el mecanicismo. La primera de ellas afirmaba que los organismos vivos, a diferencia de las cosas inanimadas, poseen un tipo de energía inmaterial que actúa como fuerza vital, como chispa que provoca el fenómeno de la vida. Se trata de un tipo de explicación de carácter metafísico, pues esa fuerza vital no es sino una entidad abstracta cuya existencia es imposible de corroborar a través de indicios observacionales. Por tanto, el vitalismo era una rémora en el desarrollo de la biología como ciencia y, como tal, debía ser abandonado. Otro tanto pasaba con la concepción mecanicista, para la cual la organización y funcionamiento de los organismos vivos son análogos a los de una máquina. Por consiguiente, estos organismos se pueden explicar a partir de los mismos modelos físicos usados para el resto de fenómenos naturales basados en las nociones de materia

y movimiento. Para Comte, el problema del mecanicismo es que subordinaba la biología a la física, sin tener en cuenta que sus campos de estudio son diferentes. En conclusión, esta concepción mecanicista debe también ser rechazada si se quiere hacer de la biología una ciencia. Para ello, hace falta una concepción nueva, que el filósofo consideraba que se encuentra en un lugar intermedio entre el vitalismo y el mecanicismo.

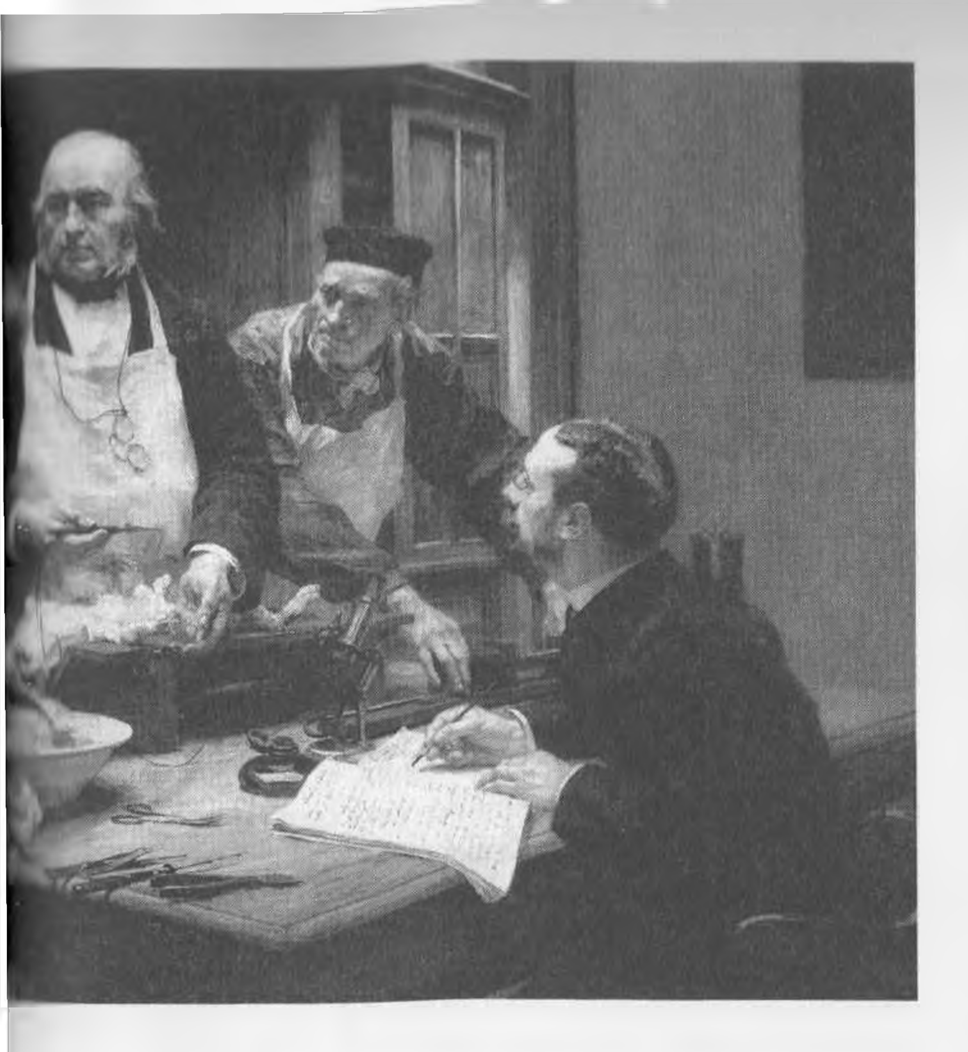
Como en su análisis del resto de ciencias, Comte también dedicó espacio a examinar los aspectos metodológicos de la biología. En este sentido, apuntaba que el estudio de los organismos vivos debe partir del estudio del hombre, puesto que es del que se dispone de más información. A partir de él, el biólogo podría extender su campo de acción a aquellos otros organismos menos conocidos y más simples. Este inicio de la investigación por lo más complejo y particular diferencia a la biología de las otras ciencias, que parten siempre de lo más simple y general.

Otro elemento procedimental imprescindible es la observación. Puesto que los fenómenos que la biología investiga son más complejos, la observación directa no es suficiente, por lo que debe complementarse con el uso de aparatos como el microscopio. Sin embargo, estos recursos artificiales despertaban en Comte cierto recelo debido a la posibilidad de que ofrecieran al ojo del investigador una imagen distorsionada o no verídica de la realidad. Por supuesto, hay que tener en cuenta también la experimentación, necesaria para obtener datos que permitan corroborar o refutar las hipótesis acerca de los organismos vivos. No obstante, por su complejidad y por el hecho de que cada organismo conforma un sistema indivisible en el que todas las partes están conectadas, la experimentación no resulta fácil aquí. Esto significa que no se puede aislar el fenóme-



LA VIVISECCIÓN, CRUEL Y POCO ÚTIL

Uno de los métodos de la biología usados para determinar la función de los órganos es la vivisección. Comte manifestó ciertas reticencias hacia ella, no solo por juzgar que se trataba de una práctica cruel, sino porque pensaba que las alteraciones que se producían en los organismos durante el proceso afectaban a los resultados. No era, pues, un método fiable. Como alternativa, consideró que la introducción de modificaciones en el entorno sí constituía un método a través del cual era posible obtener datos fiables que permitie-



ran contrastar las hipótesis. Así, si fruto de un aumento controlado de la temperatura externa, el sistema circulatorio se altera de forma que el organismo continúa manteniendo su temperatura corporal, esto podría constituir un dato que corroborara la hipótesis de que una de las funciones de este sistema es la de regular la temperatura. En la imagen, cuadro de Léon-Augustin Lhermitte que representa una lección del biólogo francés Claude Bernard (1813-1878) en su laboratorio de vivisección de París.

no a estudiar: el sistema linfático y el sistema circulatorio, por ejemplo, están tan estrechamente unidos que los datos arrojados por cualquier experimento para verificar cierta hipótesis respecto al funcionamiento del primero, podrían corresponder a características del segundo y, por lo tanto, no proporcionar información alguna sobre aquello que específicamente interesa.

Más confianza le merecía al filósofo la anatomía comparada, un método que permite determinar las diferencias y similitudes en las estructuras morfológicas de los distintos organismos. Su uso es importante para el progreso de la biología porque de él resulta una ordenación sistemática de los objetos de estudio de esta disciplina. Gracias a esa ordenación no solo se dispone de una guía útil para organizar la investigación, sino que también pueden llevarse a cabo nuevos hallazgos, por ejemplo en la relación que se da entre el ambiente, el entorno, y las características anatómicas de los organismos. Para Comte, la introducción de la anatomía comparada debe ser vista como la contribución distintiva de la biología al método positivo, pues es la que ha permitido a los hombres desarrollar dos de sus capacidades intelectuales básicas, como son la capacidad de comparación y la de clasificación. El filósofo incluso afirmaba que fue gracias a esta aportación de la biología que logró establecer su propia clasificación de las ciencias. Lo que no impide que Comte sostuviera que la biología no había alcanzado definitivamente el estado positivo, de ahí todas sus recomendaciones sobre las concepciones que esta ciencia ha de abandonar y los métodos que debe aplicar. No obstante, nada de esto justifica que el de Montpellier pueda ser considerado el fundador de la biología moderna como algunos de sus seguidores más entusiastas han proclamado. En cambio, sí merece este calificativo respecto a

la sociología, puesto que el estudio de los fenómenos sociales estaba muy lejos en su tiempo de ser una ciencia. Aunque otros autores antes que él, entre ellos Montesquieu o Saint-Simon, ya sugirieron que la investigación de la realidad social debía afrontarse con criterios científicos, fue Comte el primero en definir cuáles debían ser estos y en delimitar con precisión el objeto de estudio. Esa fue su gran obra.

Capítulo 3

LA SOCIOLOGÍA COMO FÍSICA SOCIAL

Comte concebía la sociología como una disciplina científica que permitiría extraer las leyes del comportamiento y evolución de las sociedades humanas. El conocimiento obtenido debía aplicarse de forma práctica en la creación de una organización social nueva que garantizara el orden y el progreso.

La publicación en 1830 del primer volumen del *Curso de filosofía positiva* tuvo una muy buena acogida entre los círculos académicos franceses y también entre gran parte de la prensa. No obstante, el interés que la obra suscitó se vio eclipsado por el estallido en julio de ese mismo año de una nueva revolución en Francia, que Comte apoyó sin dudarlo. Los ideales de libertad, igualdad y fraternidad seguían vivos en él y por eso se alineó con ese movimiento que buscaba acabar con la reacción borbónica impuesta en el país por Luis XVIII y continuada, desde 1824, por su hermano Carlos X. La chispa que hizo estallar la revolución fue la aprobación por parte del monarca de las llamadas Ordenanzas de Julio, promovidas por los sectores más conservadores del gobierno, quienes aspiraban a restablecer el Antiguo Régimen absolutista y demoler todo el sistema de libertades adquiridas a partir de la revolución de 1789. Con esos decretos, la libertad de prensa quedaba abolida, y la cámara de diputados, disuelta, convocándose nuevas elecciones. La respuesta del pueblo de París fue echarse a la calle al grito

de «¡Abajo los Borbones! ¡Viva la Constitución!». Carlos X hubo de renunciar al trono y tomar el camino del exilio. Esta vez, sin embargo, no se proclamó la república, sino que la monarquía absolutista de la Restauración dejó paso a una monarquía parlamentaria, cuyo trono se ofreció al duque Luis Felipe de Orleans, partidario, a pesar de ser primo del depuesto rey, de la causa liberal y burguesa.

Una vez instaurada la nueva monarquía, Comte escribió una carta a Luis Felipe instándole a establecer un orden duradero y a imprimir un cariz progresista a su gobierno. De su misiva se desprende que el filósofo, como muchos de sus compatriotas, se sentía desilusionado con el resultado final de la Revolución de julio, pues la monarquía parlamentaria era vista como una traición a sus ideales. Su impresión era que Francia estaba gobernada por una élite burguesa que actuaba para proteger sus propios intereses y conscientemente olvidaba aquellas reformas políticas y sociales dirigidas a mejorar la situación de la mayoría de la población. En otras palabras, el interés individual se imponía al bien general, y aunque es cierto que el rey ya no concentraba todo el poder como antaño, el pueblo no por ello veía mejorada su suerte. A medida que el nuevo régimen de Luis Felipe se consolidaba, Comte estaba cada vez más convencido de que la culminación de la revolución de 1789 exigía la abolición de toda forma de monarquía.

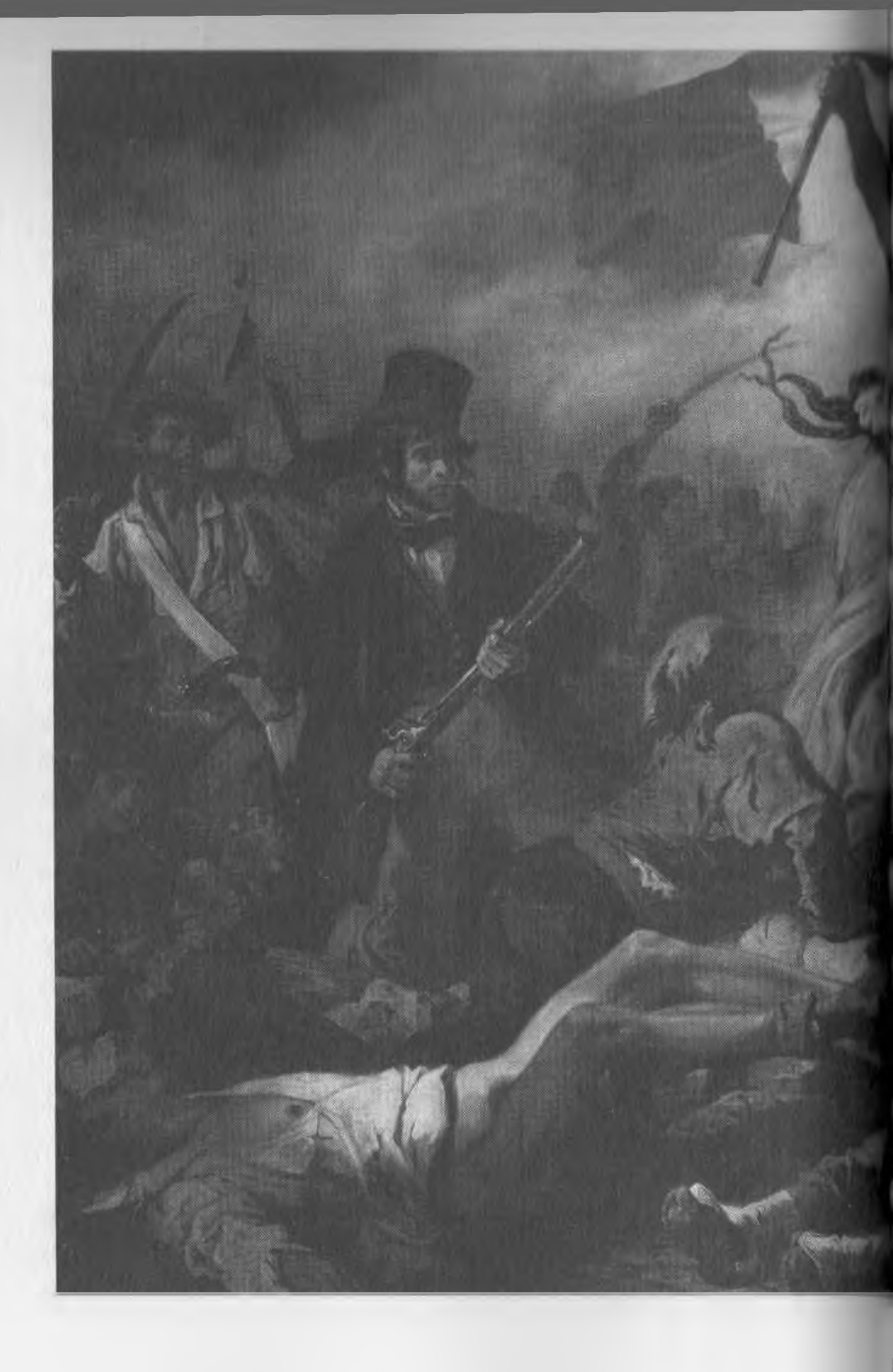
LA DIFUSIÓN DEL POSITIVISMO

A medida que pasaba el tiempo, las convicciones políticas de Comte fueron evolucionando hasta llevarle a abogar por una república progresista encabezada por un líder provisional fuerte que pusiera fin a la situación de caos y corrupción

propia de la monarquía, y proporcionara al país cierta estabilidad. La idea no era nueva, sino que la había tomado de una de las figuras clave de la Ilustración gala, el filósofo y escritor François-Marie Arouet (1694-1778), más conocido como Voltaire. El hecho de que el de Montpellier no participara en ninguna de las organizaciones que se opusieron a la monarquía parlamentaria de Luis Felipe probablemente se explica por este paulatino giro autoritario en sus ideas políticas, giro que lo distanció del resto de opositores republicanos. Comte consideraba que el movimiento republicano había abandonado la moderación y el espíritu científico que lo habían inspirado en sus orígenes. Pero no era este el único reproche que el filósofo le hacía: criticaba también la pasión por la igualdad de los republicanos, así como su defensa del sufragio universal, la soberanía popular y las instituciones democráticas. En lo que sí coincidía era en la preocupación por las condiciones de vida de la clase trabajadora y en su propósito de desbancar la monarquía y destruir el sistema de privilegios establecido por la alta burguesía y la aristocracia.

Positivismo para la clase obrera

En agosto de ese mismo año de 1830, Comte fundó la Asociación Politécnica junto con otros condiscípulos de la Escuela Politécnica. De lo que se trataba era de crear un espacio en el que los antiguos alumnos de la institución pudieran confraternizar, pero también llevar a cabo iniciativas que redundaran en el bien de la sociedad. Una de las más importantes fue sin duda la serie de cursos sobre ciencia que tenía como destinataria a la clase trabajadora y que Comte dirigía e impartía. Su propósito no era otro que difundir los principios del positivismo más allá de los círculos científi-





El 28 de julio de 1830, las calles de París se llenaron de barricadas desde las que hombres y mujeres de la pequeña burguesía y las clases populares lucharon para acabar con el absolutismo de Carlos X. Aunque el pintor Eugène Delacroix no participó directamente en esa revolución, el cuadro que le dedicó, *La Libertad guiando al pueblo*, se ha convertido en todo un símbolo de la lucha contra la tiranía. Los ideales republicanos, sin embargo, no consiguieron imponerse, lo que fue para Comte una gran decepción.

cos e intelectuales, y promover de este modo una verdadera revolución intelectual que despertara en el proletariado un sentimiento de dignidad.

Comte impartió lecciones sobre ciencia a los trabajadores a lo largo de diecisiete años consecutivos. De todos los proyectos que abordó, este fue el que más satisfacciones le dio. No obstante, no le aportaba beneficio económico alguno, por lo que hubo de buscar una fuente de ingresos que le permitiera mantenerse. En 1832, le fue denegada una plaza de profesor de matemáticas que solicitó en la misma Escuela Politécnica. E idéntica fue la respuesta de su candidatura para el cargo de secretario permanente de la Academia de Ciencias, una sociedad científica fundada en 1666 por el rey Luis XIV. El puesto era tradicionalmente ocupado por un científico preeminente y, a ojos de la comisión que debía juzgar los méritos de los candidatos, Comte distaba mucho de esa consideración. La suerte cambió a finales de ese mismo año de 1832, cuando fue aceptado en la Escuela Politécnica, aunque como simple profesor ayudante de la clase de análisis y mecánica. A pesar de la modestia del empleo, el solo hecho de formar parte del cuerpo docente de una institución tan prestigiosa contribuyó a dar una mayor difusión a las ideas de Comte. Él, sin embargo, no cejó en su empeño de alcanzar una posición más relevante dentro de la escuela. Lo consiguió en 1838 cuando fue elegido examinador de admisiones en la Escuela Politécnica. El nuevo cargo satisfizo sus expectativas y la mejor prueba de ello es la dedicación con la que atendió todas sus obligaciones y el buen criterio mostrado a la hora de seleccionar a los alumnos que accederían a tan emblemática institución.

El año de 1838 fue importante en la vida de Comte, tanto por este trabajo que le procuró la tan necesaria estabilidad

económica como por la aparición del tercer volumen del *Curso de filosofía positiva*, con el que el filósofo dio por concluida su discusión acerca de las ciencias naturales. Espoleado por su publicación, en abril empezó a trabajar en el cuarto volumen, en el que se dispuso a tratar la ciencia que pretendía inaugurar, la sociología o física social. Fue en este momento cuando advirtió que los anteriores volúmenes no habían sido más que la antesala de su gran proyecto positivista, una labor ímproba que le estimulaba como un reto a la vez que le intimidaba por sus dimensiones. La presión ante la obra en la que quería embarcarse, las dudas sobre su competencia a la hora de llevarla a cabo y, en suma, la cada vez peor relación que mantenía con su esposa le condujeron, de nuevo, a un estado de desequilibrio mental en el que los períodos de melancolía se alternaban con otros de paranoia. Afortunadamente, y aunque las sensaciones que experimentó fueron las mismas, esta nueva crisis no fue tan intensa como la primera.

Revolución estética e higiene mental

Con el propósito de mejorar su salud mental, distraerse y adquirir una mayor comprensión de la sociedad que le ayudara a reflexionar acerca de la sociología, Comte experimentó entonces lo que llamó una «revolución estética». Es decir, se empezó a interesar por el arte, especialmente por la poesía y la música. Esta revolución vino acompañada por la imposición de un nuevo régimen intelectual al que se refería como «higiene mental», y que estaba convencido de que le permitiría alcanzar un beneficioso estado de serenidad. Así, dejó de leer periódicos y artículos científicos, y limitó sus lecturas a algunos autores clásicos como Virgilio, Dante Alighieri, Miguel de Cervantes o William Shakespeare.

Sea como fuere, el régimen debió funcionar, pues en diciembre de 1838 Comte se vio con fuerzas suficientes como para abordar la redacción del cuarto volumen del *Curso de filosofía positiva* que, al menos en su plan original, debía ser el último. No fue así, pues una vez lo hubo concluido se dio cuenta de que solo había cubierto una de las partes en las que dividía la física social o sociología, lo que él denominaba la «estática social». Por tanto, se vio en la necesidad de programar la redacción de un quinto volumen para tratar la otra parte, la «dinámica social». Una vez más, y abrumado por la responsabilidad que tenía ante sí, el filósofo se sumió en un estado de melancolía. Y, una vez más, lo superó y consiguió ponerse manos a la obra. El quinto volumen vio la luz en 1841, y a él le siguió un año más tarde un sexto, pues el tema de la dinámica social desbordaba los límites de un único libro. Con este sexto y último volumen, Comte dio por concluida la gran obra de su vida, el *Curso de filosofía positiva*.

> **La filosofía social debe ser preparada por la natural propiamente dicha, primero inorgánica y después orgánica.**
>
> *Curso de filosofía positiva*

LA NECESIDAD DE LA SOCIOLOGÍA

Promover la reforma social, ese era el objetivo último de Comte a la hora de inaugurar una nueva disciplina científica como la sociología. Según su idea, una vez esta alcanzara el estado positivo o científico como el resto de ciencias, sería posible descubrir y formular las leyes que regulan la interacción humana y, a partir de ello, llevar a cabo una reorganización de la sociedad y de sus instituciones políticas, según el principio comtiano de que «la ciencia lleva a la previsión y

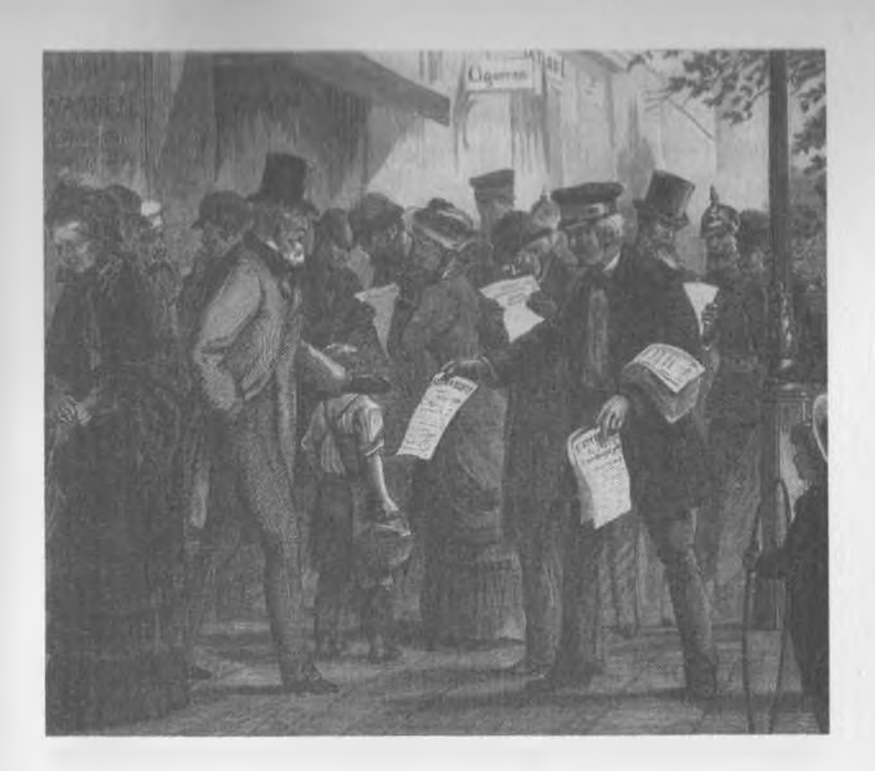
la previsión nos permite regularizar la acción». El resultado fue un sistema social nuevo y positivo, cuyas características describió en otra de sus obras importantes, el *Sistema de política positiva*, publicada en cuatro volúmenes entre 1851 y 1854.

El trasfondo del trabajo emprendido por Comte en esta dirección fue eminentemente político. Esto resulta claro si se considera el tipo de argumentos en los que se basó para justificar la necesidad de conducir el estudio de los fenómenos sociales al estado positivo. Todos ellos hacían hincapié en la situación histórica de Francia y criticaban las distintas posiciones políticas de su tiempo. De ese modo, el de Montpellier introducía su tesis de que solo a través del conocimiento arrojado por la sociología es posible construir los cimientos de un sistema de organización política y social que garantice el orden y el progreso. Como escribió en el *Discurso sobre el espíritu positivo* (1844): «Para la nueva filosofía positiva, el orden constituye siempre la condición fundamental del progreso; y, recíprocamente, el progreso se convierte en el fin necesario del orden».

Comte consideraba que Francia estaba dividida en dos grandes facciones antagónicas: los revolucionarios, que abogaban por una república liberal, y los reaccionarios, que luchaban por restablecer la monarquía absoluta. La historia, sin embargo, demuestra que ninguno de esos sistemas, ni el republicano ni el monárquico, son eficaces a la hora de organizar la sociedad y proveer un gobierno estable. La crítica del filósofo a la república liberal era más vehemente, puesto que esta se presentaba como el nuevo orden que debía poner fin a los excesos y limitaciones del Antiguo Régimen monárquico absolutista, los mismos que condujeron a la revolución. En especial, Comte atacó uno de los grandes símbolos de los republicanos como es la libertad de conciencia,

con la cual se garantiza la libre difusión de las ideas. El autor reconocía que tal libertad es esencial para promover cambios políticos en períodos de transición, pero abogaba por su restricción para evitar que el orden instituido pueda ser cuestionado e incluso puesto en peligro por individuos mediocres. Y no fue este el único principio caro a los liberales que Comte atacó. Con no menos fuerza arremetió también contra la idea de igualdad que había destruido la antigua jerarquía social y no reconocía que las diferencias intelectuales y morales conllevan la atribución de distintos derechos. Asimismo, se opuso a la soberanía popular, ya que condena a todo gobierno a someterse a la voluntad arbitraria de una mayoría. No obstante, Comte creía que, en vistas a establecer un régimen positivo, tanto la idea de igualdad como la de soberanía popular resultaban esenciales para que el poder y las clases sociales tomaran conciencia de que su deber principal es procurar el interés general. Por tanto, y a pesar de que consideraba que la república liberal no constituye en sí misma una opción de futuro, juzgaba que sus principios podían ser útiles para crear las condiciones necesarias de cara a promover el cambio social y político que conducirá al establecimiento de un régimen o sistema positivo. Algo que no sucede en cambio con los principios monárquicos, absolutamente rechazables para el pensador.

¿Qué se puede concluir de todo esto? Si los dos grandes sistemas entre los que se debatía Francia no resultaban adecuados para garantizar el orden y la armonía social, ello era porque ambos descansaban sobre unas concepciones erróneas de la realidad social, tal y como demuestra la ley de los tres estados. Así, la idea de que la sociedad debe articularse en torno a una monarquía encabezada por un rey cuyo poder y legitimidad provienen directamente de Dios, se basa en una concepción teológica de los fenómenos sociales. Esto



LA LIBERTAD DE PRENSA, UN DERECHO UNIVERSAL

Una de las cuestiones que generó un mayor enfrentamiento entre las dos facciones en que Comte veía que estaba dividida la sociedad francesa, la de los reaccionarios y la de los republicanos, fue la libertad de prensa. La Constitución de 1814 refrendada por el rey Luis XVIII garantizaba este derecho, pero eso no impidió que los sucesivos gobiernos de la Restauración, de sesgo conservador, trataran de imponer mecanismos de censura. De resultas de ello, hubo enfrentamientos entre el sector monárquico, que abogaba por un control de la información, y el liberal, para el cual esta era un derecho natural de la humanidad al que no cabía imponer limitaciones. Comte, que en el *Curso de filosofía política* defendía la necesidad de un Estado autoritario, consideraba que esta libertad debía escapar del control gubernamental para evitar que este actuara en contra del interés general. En la imagen, grabado de la segunda mitad del siglo XIX, alusivo al poder de la prensa en la generación de la opinión pública.

significa que todo aquello que da cuenta de la organización social no es sino la voluntad de un ser trascendente, invisible y cuya existencia es imposible de demostrar. ¿Y la república? En este caso la propuesta deriva de una concepción metafísica de los fenómenos sociales, una que apela a entidades abstractas como puede ser la del estado ideal de naturaleza, en el que todos los hombres eran iguales y contaban con los mismos derechos.

Con la ley de los tres estados Comte quiso demostrar que las explicaciones teológicas y metafísicas de los fenómenos naturales no proporcionan un conocimiento válido acerca de estos. Consecuentemente, y dado que se trata del mismo tipo de explicaciones, aquellas sobre las que descansan los ideales monárquicos y republicanos tampoco constituyen un verdadero conocimiento sobre la realidad social. La conclusión es clara: si los fundamentos de cierta propuesta política son inadecuados, esta no puede tener éxito a la hora de organizar la sociedad. Es necesaria, pues, una nueva ciencia que estudie la sociedad y que lo haga no desde presupuestos teológicos y metafísicos, sino desde los del estado científico y positivo. Solo así será posible establecer las bases de un sistema que proporcione el orden y la justicia social deseables para el correcto funcionamiento de la sociedad. Esa ciencia no es otra que la sociología, que Comte veía como la culminación de todas las disciplinas científicas: la más joven, pues es la última en aparecer en escena, y también la que aborda los fenómenos más complejos, aquellos que se refieren a la organización social.

LA FUNDACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA

El objeto de estudio de la sociología o física social son los fenómenos sociales y su fin debe ser, como el de las otras

ciencias, descubrir las leyes que los regulan. Así lo entiende Comte:

> Entiendo por física social la ciencia que tiene por objeto propio el estudio de los fenómenos sociales, considerados con el mismo espíritu que los fenómenos astronómicos, físicos, químicos y fisiológicos, es decir, como sujetos a leyes invariables, cuyo descubrimiento es el fin especial de sus investigaciones. Así, se propone explicar directamente con la precisión más grande posible el gran fenómeno de desarrollo de la especie humana considerado en todas sus partes esenciales, es decir, descubrir mediante qué encadenamiento necesario de transformaciones sucesivas el género humano ha sido conducido gradualmente hasta el punto en que hoy se encuentra en la Europa civilizada, partiendo de un estado apenas superior al de las sociedades de los grandes monos.

Para que la sociología alcance el estado positivo antes debe establecer el método científico a través del cual estudiará los fenómenos sociales. Y esa es la tarea que asumió Comte, determinar la metodología procedimental de la nueva ciencia.

El método sociológico

Dado que cada disciplina científica se ocupa de objetos distintos y presenta sus propias peculiaridades, es lógico pensar que lo mismo pasará con sus metodologías, que serán diferentes. Esto, sin embargo, no significa que para cada disciplina sea necesario idear procedimientos completamente distintos. Más bien, cada nueva ciencia toma los métodos que sirvieron a las ciencias precedentes y los adapta al objeto de su estudio. La sociología no es una excepción, por lo que

quien la aborde debe disponer de conocimientos acerca de los métodos, desarrollo e interrelaciones del resto de ciencias. Es por esta razón por la que Comte otorga tanta importancia a su clasificación y análisis de las disciplinas científicas: dentro de la jerarquía que el filósofo estableció para ellas, la sociología o física social representa su punto culminante. Antes de seguir adelante conviene recordar también que la ley de los tres estados caracteriza el estado científico o positivo como aquel en el que la inteligencia humana renuncia a ofrecer una explicación de las causas últimas de los fenómenos y simplemente trata de descubrir las leyes fundamentales que los regulan. Para ello, recurre a la observación, punto de partida esencial de toda aproximación positiva o científica a la realidad.

Comte considera que la observación directa de los fenómenos sociales entraña ciertas dificultades, puesto que cuando alguien forma parte de una sociedad no le resulta fácil distinguir aquello que constituye un hecho o fenómeno social. Una de las posibles consecuencias de esta situación es que se deje de atender a ciertos aspectos que claramente son relevantes para comprender y explicar la realidad social. Hay algunos que resultan obvios, como el tipo de organización política, la estructura del sistema educativo o las características de las instituciones religiosas. Pero hay otros que la sociología debe observar y que pueden pasar más desapercibidos, como puede ser la celebración de determinados eventos, algunas costumbres aparentemente insignificantes, las tipologías de monumentos, el lenguaje o la producción literaria. Todos ellos son hechos que no pueden ser dejados de lado.

Pero la observación por sí sola no es suficiente. A ella Comte sumó otros dos métodos de investigación: la experimentación y la comparación. El uso de la experimentación en la sociología puede resultar en primera instan-

cia tan problemático como lo es en biología. La sociedad como un todo es demasiado compleja para poder someterla a cualquier tipo de experimentación y la estrecha dependencia de los fenómenos que la conforman impide poderlos considerar de forma aislada para experimentar con ellos. Además, cualquier manipulación sobre los mismos puede interferir en su funcionamiento normal y dar unos resultados distorsionados. La solución que propuso el filósofo fue recurrir a un método de experimentación indirecta consistente en el estudio de casos «patológicos», lo que en el ámbito sociológico significa casos en los que el orden social resulta alterado. Esto es precisamente lo que sucede en los períodos revolucionarios. Observando estos acontecimientos se puede obtener información valiosa y fidedigna acerca de las leyes que promueven el buen funcionamiento de un organismo social, de la misma forma que, observando el caso de alguien que haya sufrido una lesión en cierta área del cerebro y exhiba ciertos problemas en el habla, se dispone de datos para pensar que esa es la función de dicha área.

La biología es de nuevo una referencia en el tercer método de investigación científica de la sociología, la comparación. Si en el caso de aquella la anatomía comparada proporciona información sobre los organismos vivos y la función de sus órganos, en el de la sociología el método comparativo debe arrojar luz sobre las características de las distintas organizaciones sociales y su evolución. En sociología es posible comparar las organizaciones sociales humanas y animales. Otro nivel de comparación es el que podría establecerse entre diferentes sociedades coexistentes en distintos estados de desarrollo, por ejemplo, entre las sociedades primitivas y las civilizadas. No obstante, el orden más importante de comparación sociológica es el que contrasta los diferentes

estados consecutivos de desarrollo social de la humanidad atendiendo a su advenimiento y su fin. Para Comte, la naturaleza humana es la misma en todos los lugares y, por ello, también lo es el desarrollo humano. Esto hace que tenga sentido el hecho de plantearse una comparación de los estadios de progreso humano sin atender a sociedades particulares.

Para este tercer nivel de comparación es esencial aplicar lo que Comte denominaba el «método histórico» y que consiste en el uso de la historia para obtener información sobre el pasado. En base a los datos arrojados por el análisis histórico se obtendrá la información necesaria para caracterizar y comparar los distintos estadios del progreso de la humanidad. El histórico es así el principal método de investigación de la sociología, puesto que es determinante para descubrir la ley que regula las sucesivas transformaciones de la humanidad a través de cierto número de estados, la ley del desarrollo humano. Gracias a esta ley será posible hacer predicciones sobre los efectos que la implantación, la modificación o la supresión de ciertas instituciones o sistemas de organización puede tener en el orden social. En el proyecto reformista de Comte, estas predicciones adquieren una importancia fundamental para impulsar un cambio social que proporcione estabilidad social y política a Francia. Por ejemplo, si el método histórico revela que a las disputas religiosas han seguido períodos de inestabilidad política que han acabado desencadenando conflictos bélicos, parece lógico concluir que esas controversias son causa de muchas guerras y, llegados a ese punto, predecir que evitando ese tipo de disputas se favorece la estabilidad social. Es presumible pensar que esta predicción está en la base del rechazo de Comte a las concepciones religiosas tradicionales y en el origen de su propuesta de una nueva religión cuyo objeto de adoración es la humanidad misma.

La sociología, sin embargo, va mucho más allá de la aplicación del método de investigación positivo. Para su creador, se trata de la más compleja de las ciencias y es por ello que su desarrollo depende del conocimiento arrojado por el resto de ciencias que la preceden. Así, el descubrimiento de las leyes que rigen los fenómenos astronómicos, físicos y químicos permitió al hombre alcanzar cierto control de la naturaleza, lo que tuvo como consecuencia que se incentivara el progreso de la técnica y mejoraran las condiciones materiales de vida. Por ello, el conocimiento de estas leyes resulta esencial para comprender la base material del desarrollo social. Asimismo, el conocimiento que arroja la biología no es menos esencial para la sociología, puesto que las características orgánicas determinan las condiciones de la sociabilidad humana. Esta dependencia de los conocimientos de las otras ciencias no impide que la sociología domine sobre el resto. Es más, gracias al método histórico, es ella la que puede dar cuenta de las relaciones entre las distintas ciencias y de la influencia de los descubrimientos de unas para el progreso de las otras.

> **Todo gobierno necesita una religión para consagrarse y asegurar la obediencia.**
>
> *Curso de filosofía positiva*

DINÁMICA Y ESTÁTICA SOCIALES

Pero el propósito de Comte a la hora de sentar las bases de la sociología no se agota en la descripción de su metodología, sino que también apunta a las partes en las que se debe dividir el estudio de la realidad social. Estas son dos y a ellas el filósofo se refiere como «estática social» y «dinámica social». La primera se encarga de estudiar las condiciones de exis-

CIENCIA COMPLEJA, MÉTODOS COMPLEJOS

Dado que la sociología es la ciencia que trata el más complejo de los objetos, la sociedad humana, los métodos procedimentales que usa deben ser también más complejos que los del resto de ciencias. Además de la observación, la experimentación y la comparación, debe recurrir al método histórico, que es el único que le permitirá descubrir las leyes que gobiernan las transformaciones de la humanidad a través de los distintos estados de desarrollo, leyes que, una vez conocidas, arrojarán luz sobre los cambios sociales necesarios para el progreso. A pesar de creer en la aplicabilidad a la sociología de los métodos ya presentes en las demás ciencias, Comte hacía una excepción en este caso con las matemáticas: si en física es posible expresar numéricamente la trayectoria de un cuerpo y en química se puede obtener información numérica respecto a la cantidad de sustancia necesaria para provocar determinada reacción, en sociología esto no se da, pues sus objetos de estudio escapan a toda medición o interpretación a lenguaje matemático. En otras palabras, el filósofo rechazaba que una de las grandes innovaciones del siglo XIX, la estadística social, fuera un método apropiado para la sociología.

Una ciencia ni matemática ni objetiva

El propósito de la estadística era cuantificar distintas manifestaciones sociales, como podían ser la formación intelectual de los individuos o su riqueza, mediante índices porcentuales ligados a la demografía. Para Comte, la información recabada de este modo no era útil, y ello porque el análisis estadístico se basa en abordar los fenómenos sociales de forma independiente, algo que choca con la concepción comtiana de la sociedad como un organismo cuyas partes se hallan dinámicamente relacionadas. Ante este hecho, la única forma posible de captar su esencia es acercarse a ella como un todo. Además, la posibilidad de matematización imprime a la ciencia cierto carácter objetivo que la sociología, a ojos de Comte, nunca podría exhibir. Como se recoge en el *Curso de filosofía positiva*, el ideal de objetividad científica es inalcanzable para la sociología por la idiosincrasia de su objeto de estudio, razón por la cual tampoco podría aspirar a que sus descubrimientos tuvieran la validez universal de las otras ciencias.


OBSERVACIÓN
EXPERIMENTACIÓN
La observación del comportamiento humano debe guiar la investigación sociológica
Dificultad a la hora de interferir en los fenómenos sociales e intentar controlarlos
• • •
Observación indirecta de casos de desorden social
MÉTODOS SOCIOLÓGICOS
COMPARACIÓN
MÉTODO HISTÓRICO
Sociedades humanas y animales inferiores
• • •
Diferentes sociedades que coexisten en diferentes estadios de progreso
Debe ser usado para comparar diferentes estados sociales temporalmente consecutivos
• • •
Método principal de la sociología para descubrir las leyes del desarrollo social

tencia de la sociedad o, dicho de otra forma, de examinar los fundamentos del orden social. Lo hace a través del análisis de los elementos básicos en torno a los cuales la sociedad se articula con el fin de hallar las leyes que rigen las relaciones entre ellos. En cambio, la dinámica social estudia, desde una perspectiva histórica, las condiciones que propician todo cambio o transformación social. En este caso, el fin es descubrir las leyes que gobiernan el progreso social. Dicho de otro modo, mientras que la estática social persigue ofrecer un análisis funcional de la sociedad, la dinámica se ocupa de uno de tipo evolutivo; la primera aborda el orden social, entendido como un estado de armonía permanente entre los distintos elementos que conforman la sociedad, y la segunda, el progreso de esa misma sociedad. No obstante, Comte reconocía que, a pesar de la utilidad de esta separación entre estática y dinámica para la investigación, de hecho ambos aspectos de la realidad social están completamente relacionados.

La estática social y sus partes

Los elementos de la sociedad que constituyen el objeto de reflexión de la estática social son los individuos, la familia, la división del trabajo, el poder político, el lenguaje y la religión. De acuerdo con Comte y en contra de lo que en un primer momento se pudiera pensar, «el espíritu científico nos prohíbe considerar que la sociedad está compuesta de individuos: la verdadera unidad social es la familia, reducida, si es necesario, a la pareja elemental que constituye su fundamento». A pesar de que los individuos constituyen innegablemente una pieza de la sociedad, el filósofo no los veía como su unidad básica. Asimismo, defendía que lo que había llevado a los individuos a organizarse en sociedad no tenía nada que

ver con el sentido práctico o la búsqueda de ventajas materiales. Es más, según Comte tampoco estaba claro que en los primeros estadios de la humanidad dicha organización procurara a los sujetos ventaja alguna. Los individuos, simple y llanamente, son seres sociables por naturaleza y es su inclinación natural lo que los condujo a asociarse. Esta idea se contrapone a las concepciones contractualistas de otros filósofos del pasado, especialmente de la Ilustración, como Jean-Jacques Rousseau, quienes negaban el carácter intrínsecamente social de los individuos. Para ellos, la sociedad es el resultado de una decisión racional que los seres humanos toman en base a la consideración de la utilidad y provecho que dicha organización puede reportarles, aunque ello sea a costa de la libertad propia del estado de naturaleza de la que hasta entonces habían disfrutado.

La familia, pues, es la unidad primaria y básica de la sociedad, la que la hace posible, y así lo manifestó Comte al afirmar que «el organismo colectivo está esencialmente compuesto de familias que son sus verdaderos elementos, de clases y castas que son sus tejidos y, finalmente, de ciudades y pueblos que son sus verdaderos órganos». La convivencia entre los miembros de la familia estimula el sentimiento de apego que prepara al individuo para la vida social. Y es en el seno de la familia que las disposiciones egoístas pueden ser moldeadas para hacer al individuo apto para la vida social. Hay que señalar aquí que Comte tenía una concepción muy tradicional de la familia, según la cual esta (como en realidad cualquier otro tipo de asociación) descansa en ciertas desigualdades y relaciones de subordinación de la mujer al hombre y de los hijos a los padres, que deben respetarse para mantener la armonía dentro del grupo. La educación recibida y el ejemplo de sus propios padres debió influir en esta concepción, tan alejada de su propia situación personal, con

una hija natural habida en 1818 fruto de una relación de juventud con una mujer casada y una vida conyugal con Caroline que a medida que pasaba el tiempo se volvía más y más difícil.

Aunque la esencia social del individuo y los afectos que emergen en el núcleo familiar son las condiciones básicas que hacen posible una sociedad, para que esta se constituya hace falta algo más: la división del trabajo. Para el padre del positivismo, se trata de un elemento decisivo, pues gracias a él se establecen entre los miembros del grupo unas sólidas relaciones de dependencia, cooperación y solidaridad que garantizan que la asociación será estable. Igualmente, esta división del trabajo es esencial para que esa sociedad progrese, aunque a la larga este mismo progreso traiga consigo una mayor especialización y, con esta, un incremento del egoísmo. En ese momento crítico, todo el interés de los individuos se centra en su limitada área profesional, a la par que disminuyen aquellos afectos tan necesarios para la cohesión del grupo. Comte expresó su preocupación por los efectos negativos de la división del trabajo en la moderna sociedad industrial en los siguientes términos:

La única vida real es la vida colectiva de la raza; la vida individual no tiene existencia excepto como una abstracción.

Sistema de política positiva

> Si, por un lado, la división de las funciones sociales da lugar a un espíritu de servicio que puede resultar útil, por el otro, esta tiende a restringir lo que podríamos llamar el espíritu colectivo o general. Sucede lo mismo en el ámbito de la moral, pues a la vez que cada individuo está estrechamente ligado a la masa, se aleja de ella como consecuencia de su actividad especializada que constantemente le recuerda su interés particular, que juzga como algo que está débilmente relacionado con el interés común.

Comte consideraba que para el mantenimiento de la tan necesaria cohesión social es necesaria la existencia de un gobierno que neutralice las consecuencias negativas de la división del trabajo y alimente la idea de que el individuo forma parte de una colectividad. No es suficiente, sin embargo. La sociedad no se puede mantener unida sin otros elementos, en concreto el lenguaje y —cosa extraña en un pensador que consideraba la idea de dios como ajena al pensamiento positivo y científico— la religión.

La importancia del lenguaje radica en que es el contenedor del conocimiento, las ideas y el pensamiento de las generaciones anteriores, el receptáculo en el que está almacenada la cultura de los ancestros. El hecho de compartir un lenguaje promueve el consenso y el sentimiento de solidaridad entre los hombres. En otras palabras, la cohesión social.

No obstante, el lenguaje no ofrece una guía para el comportamiento que promueva el orden y la armonía social, solo constituye un medio. Para disponer de esta guía es necesaria, pues, la religión, que Comte entiende como un sistema de creencias compartidas. La religión, además, al incentivar el amor entre los semejantes, logra que los hombres venzan su tendencia a actuar de manera egoísta y piensen en términos de comunidad. Por si todo esto fuera poco, el sentimiento religioso es socialmente útil porque es capaz de legitimar las leyes u órdenes que dicta un gobierno. Este, sea del signo que sea, necesita de la religión para consolidarse y mantenerse. Basta analizar la historia de la humanidad para ver que esto es así: los regímenes más sólidos, como las monarquías absolutistas, son aquellos que han conseguido aunar el poder temporal y el poder espiritual. Si el primero no es más que el poder político activo que tiene la potestad sobre las acciones de los individuos y cuyo objetivo es el de contrarrestar los efectos negativos de la división del trabajo, el

segundo hace referencia a esa autoridad moral o intelectual que regula los pensamientos y las inclinaciones de los individuos, a fin de que superen su naturaleza intrínsecamente egoísta. Ambos poderes son, por tanto, básicos para garantizar la cohesión social.

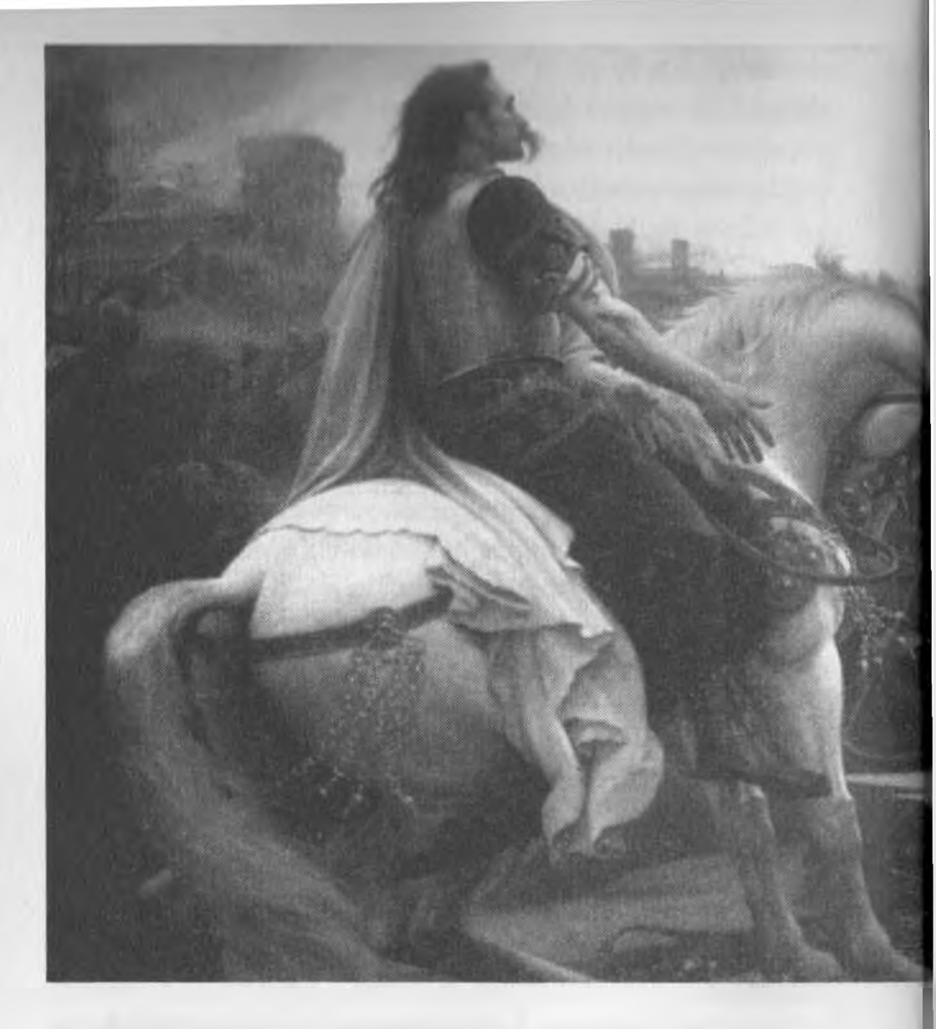
La historia del progreso social

Una vez establecidas las condiciones del orden social, tarea de la estática social, Comte se propuso trazar la historia del progreso de la humanidad, pues «en el profundo estudio del pasado reside la verdadera explicación del presente y la manifestación general del futuro». De ello se encarga la dinámica social. El punto de partida aquí es la convicción de que, análogamente a lo que sucede con la evolución del conocimiento o de las ciencias, el progreso social depende del desarrollo de la inteligencia humana, por lo que está regido por la ley de los tres estados. Dicho en otras palabras, la historia de la evolución social pasa por las ya conocidas etapas teológica, metafísica y positiva o científica. Y dado que el estudio de la estática social había definido la existencia de un orden temporal y uno espiritual como condición de todo orden social, Comte centró su atención en ellos para ver sus características y evolución en cada uno de los tres estados. Por poder espiritual, Comte se refería a aquella autoridad moral que regulaba las creencias y las disposiciones de los individuos, mientras que el poder temporal lo entendía como aquella autoridad política que tenía potestad en relación a sus acciones. En el estudio del pasado para trazar las etapas del desarrollo social, Comte se limitó a considerar la historia de la Europa occidental poniendo de manifiesto su perspectiva eurocéntrica y tratando de justificar su deci-

sión mediante la asunción de que el desarrollo de las demás sociedades seguirá la misma senda de progreso que la que constituye la más avanzada.

El primer estado, el teológico, abarca para Comte desde los inicios de la historia humana hasta aproximadamente el siglo XIV y se divide en tres fases: fetichista, politeísta y monoteísta. En la fase fetichista la religión jugaba un papel dominante, puesto que los hombres de entonces creían que todo fenómeno estaba imbuido de una voluntad propia. La forma de religión propia de ese momento, sin embargo, no constituía un instrumento efectivo para crear los vínculos necesarios para la cohesión social, ya que no puede hablarse de un cuerpo de creencias religiosas compartidas ni existía tampoco una clase sacerdotal capaz de dirigir la sociedad. A pesar de ello, en esta etapa se hicieron algunos progresos que contribuyeron a la sociabilidad humana. Por ejemplo, el culto a ciertos objetos propició el sedentarismo y, con él, la creación de comunidades, germen de la vida social. La autoridad detentada por guerreros y cazadores se convirtió en la base de la primera forma de poder temporal, mientras que los ancianos, gracias a los conocimientos acumulados a lo largo de su vida, se convirtieron en consejeros y su autoridad constituyó el fundamento de un primer poder espiritual.

En la fase politeísta, los fenómenos se explican por la intervención de una multitud de dioses, cada uno de ellos asociado a un fenómeno o a una serie de fenómenos de la naturaleza. Los progresos en la esfera de lo social están ligados a este nuevo tipo de explicaciones, pues es entonces cuando emerge una casta sacerdotal para facilitar la comunicación entre los individuos y esos dioses invisibles e inaccesibles. Los sacerdotes contribuyeron a crear un cuerpo de creencias religiosas definidas y su autoridad como intermediarios



LAS GRANDES CIVILIZACIONES POLITEÍSTAS

En su análisis de la historia, Comte prestó especial atención a lo que llamaba el «estado politeísta». En esta etapa distinguió un período de «politeísmo teocrático», que ejemplificaba en la organización social de la civilización egipcia. El privilegiado emplazamiento geográfico de Egipto, a orillas de un río Nilo que garantizaba con sus crecidas anuales unas fructíferas cosechas contrarrestaba toda ansia expansionista. De este modo, la casta sacerdotal que conformaba el poder espiritual fue la única autoridad. Por el contrario, el espíritu



de conquista de Grecia y Roma (en la imagen, rendición del caudillo galo Vercingétorix ante Julio César, por el pintor Lionel-Noël Royer) dio lugar a un «politeísmo militar» en el que la clase guerrera concentró todo el poder. A la larga, ambos sistemas fracasaron: el primero, porque el monopolio del conocimiento de la clase sacerdotal imposibilitó todo tipo de progreso; el segundo, porque, con el freno de su expansión en su decadencia, la sociedad perdió el único objetivo que la mantenía unida.

entre el mundo terrenal y el divino facilitó la consolidación de la sociedad. El poder temporal se ejercía a través de la actividad militar, cuya disciplina y objetivos expansionistas propiciaron una homogenización del comportamiento de los individuos. Otros progresos que contribuyeron en esa etapa a la cohesión social fueron el establecimiento de la monogamia, la aparición de un sentimiento patriótico y, sobre todo, el desarrollo de las artes. La importancia que Comte otorga en el *Curso de filosofía positiva* a las artes como elemento de progreso social contrasta vivamente con el menosprecio que se advierte hacia ellas como motor de la sociedad en sus primeros trabajos. La «revolución estética» que Comte experimentó en 1838 es la causa de este cambio de opinión. Se trata, eso sí, de una concepción del arte utilitaria, ya que considera que la creación artística meramente cumple una función social que es la de plasmar los sentimientos personales, domésticos y sociales para ayudar a mejorar la conducta de los individuos.

En la tercera fase del estado teológico, la monoteísta, la fe en un único dios todopoderoso sustituyó a la multitud de divinidades del período anterior. El sistema de organización política de este estado fue el feudalismo: los siervos, en su mayoría campesinos, debían obediencia a un señor que detentaba el poder temporal sobre una unidad territorial por lo general no demasiado extensa, en un momento en que no existía un poder central fuerte. El poder espiritual era monopolio de los clérigos cristianos. Para Comte, sus dogmas y cultos, por muy irracionales que pudieran parecer desde un punto de vista moderno, cumplían una importante función social. Gracias a la separación del poder espiritual y temporal, este estado monoteísta era más avanzado socialmente que los anteriores. Su decadencia vino porque la fe en un único dios trajo consigo una libertad nueva para abordar e

investigar fenómenos de la naturaleza que ya no se consideraban sagrados. El progreso intelectual se vio de este modo incentivado, con la consecuencia de que el espíritu religioso perdió protagonismo. A su vez, el sistema feudal se desmoronó una vez su función de defensa territorial se vio cumplida, el gobierno centralizado de los reyes ganó poder y los siervos se emanciparon.

El período histórico que engloba desde el siglo XIV hasta el XVIII se corresponde con el estado metafísico, que no es sino una mera etapa de transición en la historia de la evolución de la sociedad que debe conducir al estado positivo. Comte dividió esta etapa en dos períodos: el primero engloba los siglos XIV y XV, y el segundo, los siglos XVI, XVII y XVIII. El primero fue el más importante, ya que la separación de poderes condujo a la decadencia del régimen teológico anterior. En él, las autoridades militares y espirituales trataron de aglutinar para ellas todo el poder y lo ejercieron de forma despótica. En esta pugna se impuso el poder temporal, que desbancó el poder espiritual encarnado por la Iglesia católica. De esta forma, el viejo sistema feudal empezó a resquebrajarse. El movimiento revolucionario que debía acabar definitivamente con él lo abanderaron, por un lado, los metafísicos (académicos y literatos cuyas ideas, propagadas a través de las universidades, descansaban en una aproximación científica a la realidad) y los jueces, que ejercían su poder dictando leyes y ejecutándolas a través de los parlamentos. No obstante, fue durante el segundo período de la fase metafísica cuando se destruyeron todas las estructuras del sistema anterior y se allanó el terreno para la nueva sociedad positiva que Comte proyectaba y que se empezaba ya a vislumbrar a principios del siglo XIX.

A ojos del pensador, en el estado positivo se alcanzaría la cima del progreso y orden social. Sin embargo, esta etapa to-

davía estaba por llegar y, por ello, era necesario determinar, a partir de los conocimientos arrogados por la sociología, qué condiciones permitirían alcanzarla. De la misma forma que había mostrado cómo debía afrontarse el estudio de los fenómenos sociales para conducirlo al estado positivo, Comte se impuso la tarea de determinar cómo debían organizarse los poderes temporal y espiritual para garantizar la estabilidad social propia del estado positivo. La sociedad del futuro que él imaginaba era una en la que predominaría el espíritu científico o positivo. En ella, la realidad ya no sería vista como el fruto de la intervención de seres transcendentes o entidades abstractas, sino como algo regido por leyes con las que el ser humano será capaz de manipular la naturaleza y ponerla a su servicio, como apuntaba Comte en el *Discurso sobre el espíritu positivo*:

> En el aspecto más sistemático, la nueva filosofía asigna directamente, como destino necesario, a nuestra existencia entera, a la vez personal y social, el mejoramiento continuo, no solo de nuestra condición, sino también, y sobre todo, de nuestra naturaleza, tanto como lo permita, en todos los aspectos, la totalidad de las leyes reales exteriores e interiores.

En esa sociedad positiva, el poder espiritual estaría en manos de los sacerdotes de una nueva religión que él pretendía fundar, la religión positiva o religión de la Humanidad. Esta nueva clase sacerdotal estaría compuesta por sociólogos científicos que ejercerían de supervisores y guías morales gracias a la autoridad que les confieren sus conocimientos. En cuanto al poder temporal o político, residiría en los banqueros e industriales que, junto con los líderes del nuevo orden espiritual, son los más adecuados por su formación e

intereses para llevar a la sociedad hacia las cotas más elevadas de progreso. Cómo ha de conformarse esa nueva Iglesia positiva, su credo, su culto y su estructura, es a lo que Comte dedicó los últimos años de su vida.

Capítulo 4

UNA NUEVA RELIGIÓN PARA UNA NUEVA SOCIEDAD

En sus últimos años, Comte puso las bases de lo que debía ser una nueva religión que sustituyera a la cristiana y cuyo objeto de culto sería la Humanidad. El propósito que guio al filósofo fue el de fomentar una serie de afecciones que, compartidas por los miembros de la sociedad positiva, propiciaran su unidad.

Después de publicar el sexto y último volumen del *Curso de filosofía positiva* en 1842, Comte consideró que debía tomarse un respiro antes de abordar la redacción de su siguiente obra, *Sistema de política positiva*. Si en la primera había inaugurado la ciencia que serviría para descubrir los principios del orden social, la sociología, en la segunda se propuso determinar qué tipo de organización política y social podría promover entre los individuos los sentimientos necesarios para alcanzar la unidad y armonía social característica del futuro estado positivo. La experiencia, no obstante, le aconsejaba no precipitarse: las crisis nerviosas y las depresiones en las que se vio sumido anteriormente habían dejado huella en él y fue por ello por lo que decidió emprender su siguiente proyecto con más calma y completamente descansado de cuerpo y mente. Necesitaba, además, tiempo para organizar sus ideas y elaborar el esquema de los cuatro volúmenes que preveía que ocuparía su nuevo trabajo. Y a eso fue a lo que dedicó prácticamente todo el año de 1843, en el que no abordó ningún otro proyecto de envergadura.

Su situación familiar había cambiado considerablemente en ese tiempo: en agosto de 1842, después de diecisiete años de problemática convivencia, su esposa Caroline decidió abandonarlo. Aunque no rompieron del todo el contacto, esa separación fue para el filósofo una especie de liberación. Pronto, sin embargo, hubo de hacer frente a nuevas contrariedades, pues dos años después de la separación de Caroline, en 1844, Comte perdió su puesto de examinador en la Escuela Politécnica. El problema de la subsistencia diaria se hizo acuciante, y si logró salir adelante fue gracias a los subsidios que le enviaban algunos admiradores de su obra, especialmente ingleses. El considerado padre del liberalismo, John Stuart Mill (1806-1873), fue el principal promotor de esas ayudas económicas, gracias a las cuales el de Montpellier pudo salir adelante. Aunque estas contribuciones no le alcanzaban para vivir holgadamente, sí le permitieron disponer de dedicación exclusiva para concluir la redacción del *Sistema de política positiva*. De ese mismo año de 1844 data el *Discurso sobre el método positivo*, un compendio de filosofía positivista que todavía hoy es uno de los trabajos más leídos del filósofo.

LA MUSA DEL FILÓSOFO

A finales de 1844, Comte conoció a la hermana de uno de sus discípulos, la aspirante a escritora Clotilde de Vaux (1815-1846). El solitario filósofo se enamoró perdidamente de ella y aunque no fue correspondido, la convirtió en su musa, en una presencia que le acompañaba siempre en sus pensamientos. Le escribía casi a diario e intentaba verse con ella al menos un par de veces por semana para conversar sobre literatura y filosofía, y para pedirle su opinión sobre los proyectos que deseaba llevar a cabo, sobre sus ideas acerca



EL IDEAL FEMENINO DE COMTE

Clotilde de Vaux fue el gran amor de Comte. Hija de un capitán del Ejército napoleónico y de una aristócrata cuya familia huyó de Francia durante la Revolución, se había casado en 1825 con un hombre de carácter indolente llamado Amédeé de Vaux que, acosado por las deudas, acabó dejándola. Con su escaso patrimonio esquilmado por los acreedores, Clotilde decidió entonces probar suerte con la literatura con la esperanza de ganarse así su sustento. Surgieron un cuaderno de poemas y algunos relatos que apenas tuvieron repercusión. El filósofo la conoció en casa de su discípulo Maximilien Marie en 1844, y de inmediato se sintió atraído por ella, aunque hasta el 30 de abril de 1845 no se atrevió a enviarle la primera de una larga serie de cartas. Era su musa, el ideal de mujer de su sociedad positiva, como le hizo saber en una de ellas. En la imagen, busto en bronce de Clotilde de Vaux realizado por Décio Villarès, sito en la calle de París que lleva el nombre de la joven musa de Comte.

de ese estado positivo y la moral y la religión que debían regir en él. El mismo pensador reconoció que la relación con la joven fue clave para su crecimiento emocional y que muchas de sus ideas más importantes surgieron gracias a que ella se las inspiró.

Por entonces, Comte se hallaba ya embarcado en la redacción del *Sistema de política positiva*. La presión intelectual que tal obra representaba, unida en esta ocasión a los sentimientos por Clotilde, llevó al filósofo a temer un nuevo colapso mental y físico. De hecho, empezó a experimentar todos los síntomas: se sentía muy débil, sufría reumatismo, insomnio y problemas de estómago. No le quedó más remedio que posponer su trabajo varias veces. A lo que no renunció fue a su relación con Clotilde. Dado que su nueva obra versaba sobre aquellos elementos que podían unir a los hombres en la sociedad futura, el Comte enamorado, pero no por ello menos científico y positivo a la hora de observar lo que le rodeaba, consideraba necesario adquirir un mayor conocimiento del elemento afectivo de la vida humana, experimentar ciertos sentimientos de una forma más intensa. Y eso es lo que logró gracias a Clotilde.

Esta relación entre la joven y el filósofo tuvo un fin trágico. El 11 de octubre de 1845, Clotilde empezó a toser sangre y durante las siguientes semanas sufrió una congestión pulmonar y fiebre. Separada de su marido y sin apenas otros ingresos que lo poco que le reportaban sus poemas y relatos, hacía tiempo que vivía a expensas de Comte. Fue él quien se hizo cargo del dispendio que supuso su tratamiento médico, lo que no le impedía aprovecharse de esta situación de dependencia económica para ejercer un mayor control sobre ella e inclinarla a aceptar una relación más íntima. No hubo ocasión: a principios de febrero de 1846, la salud de Clotilde empeoró rápidamente, lo que abocó a Comte a una nueva

crisis nerviosa. El 5 de abril, la joven murió. Tenía treinta y un años. Para el filósofo fue un golpe muy duro: sintió que había perdido a la única persona que lo había entendido y a la que él había amado sinceramente. Más que nunca, se sintió solo. Y hasta tal punto que, cuatro años después de la muerte de la joven, empezó a soñar con lo que habría podido ser una vida doméstica con ella, viviendo incluso en la ficción de tener una familia. En este contexto, su sirvienta, Sophie Bliaux, con la que compartía todos sus secretos y a la que dedicó el primer volumen del *Sistema de política positiva*, se convirtió en su hija adoptiva. A pesar de las diferencias socioeconómicas e intelectuales que separaban a Comte y Sophie, él la tenía en muy alta estima y consideraba que, después de Clotilde, era la persona más admirable que había conocido nunca.

LA REVOLUCIÓN ESTALLA DE NUEVO

Dos semanas después de la muerte de Clotilde, Comte volvió a trabajar en el *Sistema de política positiva*, desechando todo lo que había escrito hasta el momento y concediendo un mayor relieve al aspecto afectivo en su proyecto de reorganización de la sociedad. Una nueva revolución, la de 1848, vino a distraer al filósofo de su labor.

Desde la revolución de 1830, Francia había estado gobernada por un sistema de monarquía parlamentaria encabezado por Luis Felipe de Orleans, quien en la práctica delegaba todo el poder en una reducida élite burguesa. La crisis económica que asoló el país en 1847 fue la causa de que las clases más desfavorecidas y la pequeña burguesía unieran sus fuerzas, tomaran las calles de París y lograran forzar la abdicación del rey. La monarquía dejaba paso así a la Segun-

da República. El gobierno provisional establecido entonces aprobó un amplio régimen de libertades que incluía libertad de prensa y de asociación, además del sufragio universal masculino, la abolición de la esclavitud y el reconocimiento del derecho al trabajo para todos los ciudadanos. A finales de año, las elecciones dieron la presidencia a un sobrino de Napoleón, Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873).

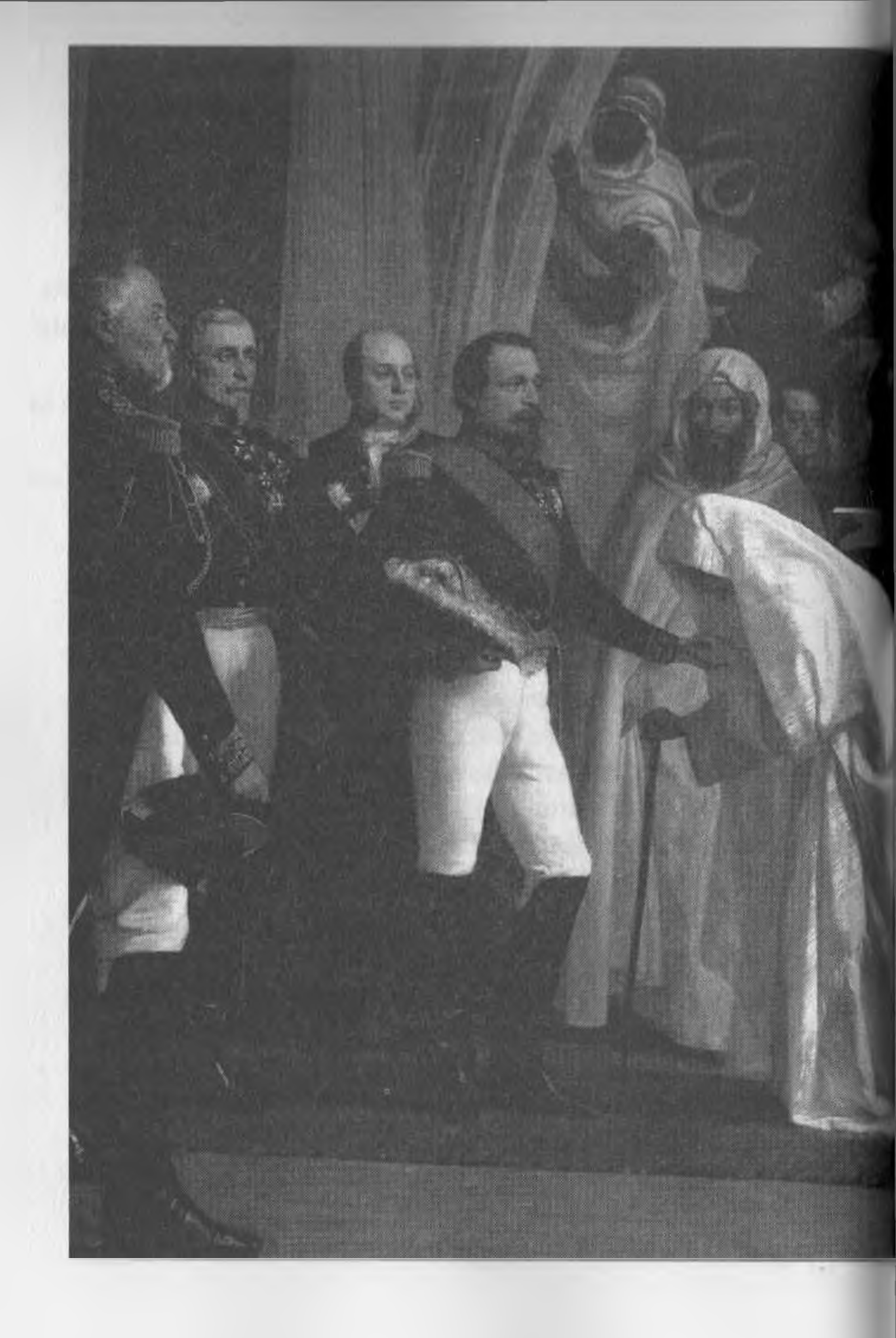
En un primer momento, Comte se alineó con los revolucionarios. Pero su entusiasmo por la caída de Luis Felipe y su régimen duró poco. Por ello, cuando en 1852 el presidente Bonaparte decidió emular a su famoso tío y, mediante un golpe de Estado, se proclamó emperador bajo el nombre de Napoleón III e inauguró el Segundo Imperio francés, el filósofo le mostró su apoyo. Quizá cegado por la estatura política del primer Napoleón, creyó ver en este otro Bonaparte el líder que pondría fin a la situación de caos en la que se hallaba inmerso el país desde 1848. Asimismo, consideraba que el régimen dictatorial bonapartista constituía una etapa de transición necesaria y provisional para conducir definitivamente a Francia al estado positivo, tanto más aceptable puesto que el carácter no ideológico de su política parecía tener como único objetivo el orden social. Comte incluso creía que, gracias a su amistad con Narcisse Vieillard (1791-1857), preceptor y consejero de Napoleón III, podría llegar a participar en el gobierno y ayudar a poner las bases de esa sociedad ideal que se había convertido en el gran propósito de su vida. Incluso llegó a escribir al emperador una carta en la que explicaba con todo detalle su programa de reforma social e intelectual con la esperanza de que Napoleón le llamara a su lado y pusiera a su alcance todos los medios necesarios para hacer realidad su sueño. No fue así, y Comte no tardó en sentirse también decepcionado con el nuevo imperio. Cada vez resultaba más patente que lo único que

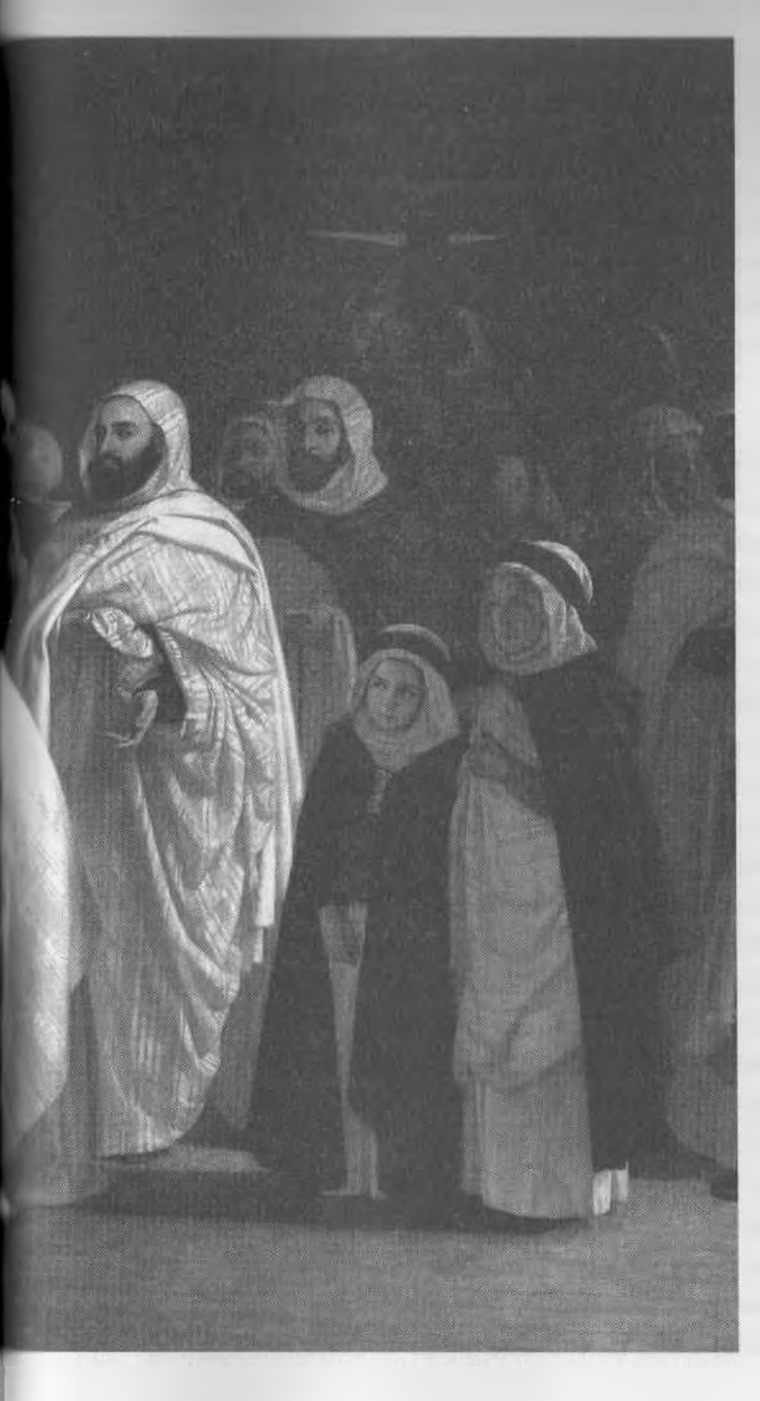
le interesaba a Napoleón III era el poder, no la mejora de las condiciones de vida de sus súbditos ni sus libertades. El filósofo, por tanto, dejó de apoyar su causa.

Durante este período revolucionario, Comte escribió una importante obra, *Discurso sobre el espíritu positivo*, que no se publicó hasta 1851 y que, con pequeñas modificaciones, conforma la primera parte del primer volumen del *Sistema*. En ella, el filósofo señalaba que la doctrina positivista no solo es una filosofía, sino también un programa político, e insistía en que desde el principio de su andadura intelectual su objetivo no había sido otro que el de definir las bases de una reforma política y social. Todo lo que había hecho hasta entonces, en especial sus estudios sobre las ciencias, no había sido sino una preparación para fundar una nueva disciplina encargada de analizar los fenómenos sociales. Hecho esto, podía ya volver a su interés inicial: la filosofía política. Y eso es lo que hizo.

> Para el espíritu positivo, el hombre propiamente dicho no existe, no puede existir más que la Humanidad.
>
> *Discurso sobre el espíritu positivo*

El período comprendido entre 1851 y 1854 estuvo marcado por la publicación de los cuatro volúmenes del *Sistema de filosofía política*. Y no fue esta la única obra que surgió de su pluma: en 1852 vio la luz el *Catecismo de la religión positiva*. Por definición, un catecismo es un sumario de doctrinas religiosas, por lo general escrito como una secuencia de preguntas y respuestas. El de Comte constituye claramente un escrito de carácter propagandístico en el que el filósofo daba a conocer los principios del nuevo credo que él pretendía fundar y sobre el cual debía articularse el poder espiritual de la venidera sociedad positiva, la religión de la Humanidad. Escrito en forma de diálogo entre una mujer y un sacerdote de la nueva religión que no es otro





Con el golpe de Estado que le llevó de la presidencia de la Segunda República al trono del Segundo Imperio, Napoleón III intentó restaurar la grandeza de la Francia de su tío Napoleón. No obstante, el sobrino carecía del genio militar y organizativo de este, por lo que su aventura acabó en fracaso el 1 de septiembre de 1870, cuando fue capturado por los prusianos en la batalla de Sedán. Dos días más tarde, se proclamaba la Tercera República. En la imagen, Napoleón III recibe al líder argelino Abd el-Kader en Amboise, según una pintura de Ange Tissier.

que el mismo Comte, este imita aquí uno de los escritos de su maestro Saint-Simon, *El nuevo cristianismo* (1825), en el que, con el propósito de revivificar la importancia que la moral había tenido entre los primeros cristianos, se reproduce una conversación entre un supuesto renovador de esa fe y un conservador. Las bases doctrinales de la nueva religión apuntadas en las páginas del *Catecismo* fueron luego ampliadas en el *Sistema*.

DE LA FILOSOFÍA A LA POLÍTICA POSITIVA

Comte consideraba que la sociología, una vez instituida como ciencia positiva, arrojaría conocimiento sobre las reglas y los principios de la convivencia humana. Dicho conocimiento permitiría dirimir qué tipo de organización política y social podría garantizar la unidad social necesaria para el orden y el progreso de la sociedad. La crisis pública y moral de su tiempo, fruto de la falta de unidad de doctrina y pensamiento, impedía lograr este objetivo. Por tanto, la reorganización de la sociedad con vistas a este fin requería que se promoviera una unidad de doctrina por la cual todos los individuos llegaran a compartir las mismas ideas e idéntica filosofía. Es más, la unidad social resulta imposible sin esa unidad de doctrina. Ahora bien, ¿cómo lograr esta? La respuesta de Comte es clara: es necesario que la filosofía positiva se imponga a las concepciones teológicas y metafísicas de la realidad. Como puede leerse en el *Curso*:

> Esta revolución general del espíritu humano está hoy casi enteramente cumplida: solo resta completar la filosofía positiva, abrazando también los fenómenos sociales y, a continuación, resumirlos en un solo cuerpo de doctrina homogénea.

> Cuando este doble trabajo esté suficientemente avanzado, el triunfo de la filosofía positiva se realizará espontáneamente y se restablecerá el orden en la sociedad. La preferencia tan pronunciada que casi todas las mentes, desde las más preparadas a las menos dotadas, conceden hoy a los conocimientos positivos, sobre las especulaciones vagas y rústicas, hace presagiar la enorme acogida que tendrá esta filosofía, cuando adquiera la única cualidad que todavía le falta: su carácter de generalidad conveniente.

Cuando Comte prescribe la filosofía positiva para conseguir la unidad de doctrina imprescindible para la unidad social no está sugiriendo que esta filosofía proporcione a todos los ciudadanos de esa sociedad una única explicación de los distintos fenómenos. Puesto que estos son diversos, no sería lógico suponer que responden a una misma razón. Al sugerir que la filosofía positiva puede ayudar a conseguir este fin, el filósofo lo que hace es apuntar al hecho de que esta determina un único método para afrontar la comprensión de la realidad, método que no es otro que el científico o positivo. Por lo tanto, la homogenización de la forma de aproximarse a los fenómenos, es decir, la unidad del método, es suficiente para alcanzar la unidad social que traerá consigo el orden y el progreso:

> No creo que sean necesarios más detalles para aclarar que el objetivo de este curso no consiste en absoluto en presentar todos los fenómenos naturales como idénticos en el fondo, salvo la variedad de sus circunstancias. La filosofía positiva sería perfecta si esto pudiera ser así. Pero esta condición no es necesaria, ni para su formación sistemática, ni tan siquiera para la realización de las grandes y ventajosas consecuencias a las que está destinada. No hay más unidad indispensable

que la unidad de métodos, la cual puede y debe existir y se encuentra en su mayor parte establecida.

El uso del método positivo o científico para explicar la realidad es, por tanto, la fuerza que permitirá alcanzar la unidad espiritual de los hombres y, a la vez, la unidad social.

Esta concepción política eminentemente intelectualista es la que domina en el *Curso*. Sin embargo, en los posteriores *Sistema* y *Catecismo*, ambos marcados por la relación con Clotilde de Vaux, el filósofo considera que, por encima del aspecto intelectual, los elementos que realmente pueden dar lugar a una unidad social suficientemente sólida como para promover el orden y el progreso son las emociones. El amor universal y el altruismo son los sentimientos en base a los cuales cree el autor que será posible articular la armonía social y contrarrestar la perniciosa tendencia de los individuos al egoísmo, el orgullo y la vanidad: «La unidad supone, ante todo, un sentimiento al cual se puedan subordinar nuestras tendencias. Visto que nuestras acciones y nuestros pensamientos están siempre dirigidos por nuestros afectos, la armonía humana sería imposible si estos no fueran coordinados bajo un instinto preponderante».

La importancia que en el *Sistema* otorga Comte a las emociones tuvo consecuencias respecto a su propuesta política de reorganización de la sociedad. La razón es sencilla: el mismo filósofo advirtió que los conocimientos que aportan la sociología y la unidad de método propia de la filosofía positiva son incapaces de hacer aflorar afectos como el amor universal y el altruismo. Pero hay algo que sí tiene esa capacidad: la religión. No la tradicional, sino una de nuevo cuño guiada por una no menos nueva ciencia de la moral. De este modo, en el *Sistema*, la filosofía positiva fue sustituida por la religión y la sociología, por una nueva ciencia de la moral.

LOS FUNDAMENTOS DE LA FE POSITIVA

En su *Catecismo de la religión positiva*, Comte definió la religión como «el estado de perfecta armonía distintivo de toda vida humana, a la vez personal y social, cuando todas las partes de la vida, tanto morales como físicas, convergen hacia un destino común». Y añadió:

> Religión consiste, pues, en regular cada naturaleza individual y en reunir todas las individualidades, lo que constituye solamente dos casos distintos de un problema único, puesto que todo hombre difiere sucesivamente de sí mismo tanto como difiere simultáneamente de los demás, de modo que la fijeza y la comunidad siguen leyes idénticas.

Dos son las funciones que Comte atribuye a la religión: una política y otra moral. En la primera, tiene como objetivo la unidad de los individuos; en la segunda, su fin es el de gobernar a esos mismos individuos, y es ahí donde interviene la nueva ciencia de la moral que Comte quiso convertir en la ciencia que debe presidir a todas las demás, por encima incluso de la sociología, que en el *Curso de filosofía positiva* ocupaba la cúspide de la jerarquía de disciplinas científicas. En el *Sistema* y en el *Catecismo* ya no, ha sido desbancada por la moral.

Si las doctrinas morales anteriores se caracterizaban por su espíritu individual, la moral comtiana destaca por su espíritu social, por «resaltar, tanto en la vida activa como en la vida especulativa, el vínculo de cada uno con todos, en una multitud de aspectos diversos, de manera que se haga involuntariamente familiar el sentimiento íntimo de la solidaridad social, extendida convenientemente a todos los tiempos y a todos los lugares». El conocimiento de la naturaleza humana que implica esta moral es lo que permitirá establecer

las directrices en las que se basara la religión para el buen gobierno de la sociedad.

Una nueva religión para una nueva era

Como se ha dicho antes, Comte estaba convencido de que ninguna de las religiones existentes se adecuaba a las necesidades de la sociedad positiva del futuro. Por su propia esencia, por remitir a la fe en un ser o unos seres sobrenaturales, omnipotentes y eternos, cuya existencia es imposible de demostrar y de los que tampoco pueden extraerse leyes que expliquen su comportamiento y permitan prever este, estas religiones se hallaban ancladas en los estados teológico y, como mucho, metafísico. Por ello, su inclusión en la sociedad positiva resultaba imposible, pues constituiría una anomalía, un anacronismo en una organización que si a algo aspira es a la perfección. Además, la historia de las diferentes civilizaciones demuestra que la religión, aunque ha servido para unir a los individuos dentro de un grupo, ha sido fuente también de conflictos que han degenerado en atrocidades, persecuciones y guerras. Comte lo tenía claro: la religión debía alcanzar el tercer estado, el positivo, para constituirse a partir de ahí en el principio de la unidad de la sociedad. Pero eso solo sería posible fundando una nueva religión que sirviera a los propósitos de la nueva era, una «religión de la Humanidad». Como escribió en el *Sistema de política positiva*: «La verdadera unidad está, pues, constituida al fin por la religión de la Humanidad».

El nombre ya lo dice todo: la religión comtiana se caracteriza principalmente porque su objeto de adoración no es un Dios ni ninguna entidad sobrenatural, ni siquiera un concepto abstracto como pueda serlo la naturaleza o una fuente de ener-

gía primigenia, sino la Humanidad misma, a la que se debe amar, conocer y servir. Por Humanidad, Comte entendía el conjunto de los seres humanos, o mejor dicho, «a aquellos que son realmente asimilables por una verdadera cooperación a la existencia común». Porque, como hace decir a su sacerdote en el *Catecismo*, «aunque todos nacen necesariamente hijos de la Humanidad, no todos llegan a ser sus servidores, pues muchos quedan en el estado parásito que solo durante su educación pudo ser excusable. Los tiempos anárquicos hacen, sobre todo, pulular y con frecuencia florecer, esos tristes fardos del verdadero Gran Ser». En cambio, entre quienes sí pueden englobarse en esa categoría, Comte integraba a aquellos que están muertos, a los que están vivos y a los que nacerán en un futuro, todos los cuales han contribuido, contribuyen o contribuirán al progreso y la felicidad del género humano. Por ello, el dogma fundamental de la nueva religión es «el amor como principio, el orden como base y el progreso como fin»: el amor debe ser el principio que guíe todas las acciones individuales y colectivas; el orden consiste en la conservación de todo lo bueno, bello y positivo, y el progreso individual, moral y social no es sino la consecuencia del desarrollo y perfeccionamiento del orden. A esta entidad que constituye la Humanidad, Comte la denomina también Gran Ser, pues se trata de una unidad existencial superior a la existencia real del individuo, la cual se inscribe en la continuidad biológica de la especie.

No se debe conocer al Gran Ser sino para amarle más y servirle mejor.

Catecismo de la religión positiva

Tres valores: culto, dogma y régimen

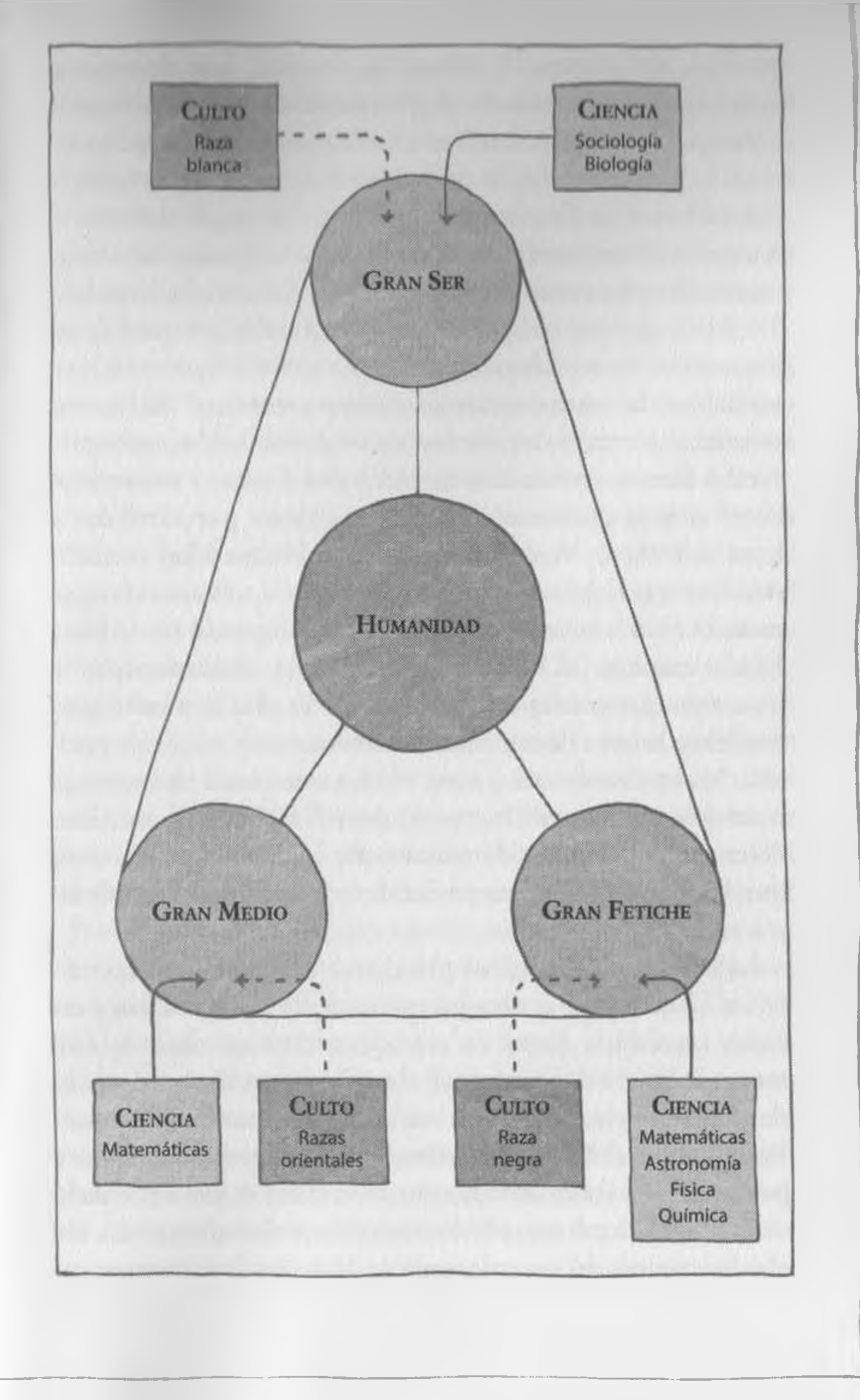
La religión de la Humanidad se fundamenta en tres elementos cuya correcta coordinación corre a cargo de la Iglesia

LA TRINIDAD POSITIVA

El catolicismo ejerció una profunda influencia en Comte a la hora de poner las bases de su religión de la Humanidad. Ello se aprecia, por ejemplo, en el dogma de la Trinidad, por el cual Dios es trino y uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo. A partir de él, el nuevo objeto de culto, la Humanidad, también se constituyó de forma trinitaria: el Gran Ser, o Humanidad propiamente dicha; el Gran Fetiche, que es la Tierra cuya voluntad benefactora procura el necesario sustento a los seres humanos, y el Gran Medio, que no es otra cosa que el espacio en el que está contenido todo fenómeno de la naturaleza. Convertidas en objeto de culto para los adeptos de la nueva fe, estas tres «personas» presentan la particularidad de que cada una de ellas cuenta con unas disciplinas científicas que les son propias. Así, las matemáticas predisponen a la veneración del Gran Medio por su capacidad para la abstracción. Las mismas matemáticas, con la física, la astronomía y la química, alientan también al conocimiento del Gran Fetiche, pues permiten conocer mejor los secretos de la Tierra e invitan a someterse voluntariamente a sus leyes. Por su parte, la biología y la sociología, como ciencias relacionadas con los seres vivos y, la segunda, en particular con los hombres, permiten entender mejor ese ente abstracto que es la Humanidad, propiciando así el culto al Gran Ser.

A cada raza, una persona

Pero Comte no se quedó aquí. En su afán por clasificar y ordenar, estableció que a cada una de esas partes no le corresponden solo unas ciencias concretas, sino también unas razas. Para él, la religión de la Humanidad debía aspirar a ser un culto universal que uniera a todos los pueblos del globo, pero sin por ello olvidar las especificidades culturales e históricas de estos. Por ello, a la raza negra le correspondía rendir culto al Gran Fetiche, puesto que muchas religiones ancestrales africanas se deben a la Tierra, a la que identifican con la madre que da la vida. En cambio, los pueblos orientales han venerado durante siglos a los cielos, de ahí que lo más apropiado para ellos sea el Gran Medio. En cuanto a la raza blanca, la «inventora» de la idea de un Dios único y todopoderoso, omnipotente y omnisciente, debe inclinarse ante el Gran Ser.


Culto
Raza blanca
Ciencia
Sociología
Biología
Gran Ser
Humanidad
Gran Medio
Gran Fetiche
Ciencia
Matemáticas
Culto
Razas orientales
Culto
Raza negra
Ciencia
Matemáticas
Astronomía
Física
Química

positiva: un sistema de adoración o culto, una doctrina o dogma, y un conjunto de reglas morales o régimen. Comte creía que la religión católica que él pretendía reemplazar y en la que había crecido no había conseguido garantizar la cohesión social. Ese fracaso se debía a la propia doctrina o conjunto de creencias que la sustentaban, en especial a dogmas y misterios como la resurrección de Cristo o la Santísima Trinidad, que por obligación había que creer, aunque fueran imposibles de asumir para la razón y el sentido común, por no hablar del pensamiento positivo y científico. Todas esas creencias acerca de entidades, principios o hechos sobrenaturales fueron rechazados de pleno por Comte y sustituidos en el corpus doctrinal de la nueva Iglesia por verdades y leyes científicas. Pero la religión de la Humanidad también se diferencia del catolicismo en el culto y el sistema de reglas morales. No obstante, hubo algo que sí quedó de la vieja Iglesia católica: el filósofo valoraba muy positivamente la forma en que estaba organizada, por lo que la tomó como modelo a la hora de concebir la estructura de su Iglesia positiva. No es extraño así que en 1868, y con ironía típicamente británica, el biólogo Thomas Huxley (1825-1895), acérrimo defensor de la teoría darwiniana de la evolución, afirmara que la religión comtiana podía describirse como «catolicismo menos cristianismo».

La jerarquía de la Iglesia positiva se componía básicamente, de abajo a arriba, de aspirantes, vicarios, sacerdotes y un sumo sacerdote. Antes de ser ordenado sacerdote de este nuevo culto era necesario que el aspirante pasase un período de siete años de formación, tras el cual se convertía en vicario que ayudaba a los sacerdotes en las tareas educativas y pastorales, ya fuera atendiendo a los fieles o incluso dando sermones. Solo al cumplir los cuarenta y dos años podía ser alguien ordenado sacerdote de la Humanidad, esto es, un

guía espiritual dedicado al estudio y la educación. El Sumo Sacerdote de la Humanidad, el más alto cargo de la Iglesia positiva, que se correspondería con la figura del Papa de la Iglesia católica, sería el encargado de juzgar la calidad moral e intelectual de todos los candidatos a servir a la Humanidad. En esta figura estaría concentrado todo el poder, y su liderazgo como único líder occidental sería reconocido por todos los ciudadanos.

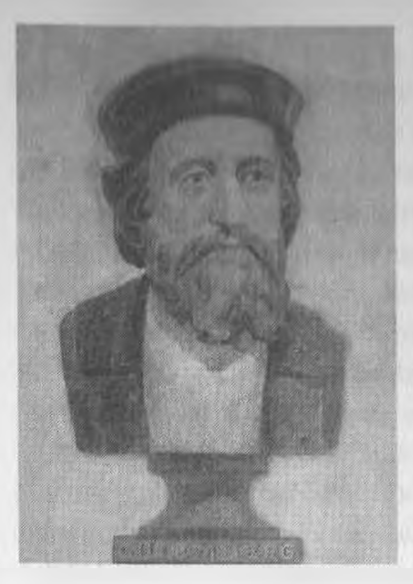
Otro rasgo distintivo de la nueva religión es la existencia de ciertas figuras, categorizadas como ángeles, dioses, santos y héroes, todas ellas históricas, cuya adoración serviría para promover el culto a la Humanidad. La madre de Comte, Rosalie Boyer, Clotilde de Vaux y su hija adoptiva Sophie Bliaux, las tres como representantes de la mujer ideal en su papel de madre, esposa e hija, serían los ángeles protectores de la nueva religión. A ellas se unirían trece dioses, destacados personajes cuyas contribuciones a la historia de la humanidad han sido de tal envergadura que merecen que se les venere y que den nombre a los meses del nuevo calendario positivista. Este constaba de trece meses de veintiocho días, más un día adicional en el que se conmemoraba a los muertos. Así, enero pasó a ser Moisés; febrero, Homero; marzo, Aristóteles; abril, Arquímedes; mayo, Julio César; junio, san Pablo; julio, Carlomagno; agosto, Dante Alighieri; septiembre, Johannes Gutenberg; octubre, William Shakespeare; noviembre, René Descartes; diciembre, Federico II de Prusia, y el decimotercero Bichat, en honor al biólogo y fisiólogo Marie François Xavier Bichat (1771-1802). Con este calendario Comte no hizo sino repetir lo que ya había hecho el gobierno surgido de la revolución de 1789. El filósofo, sin embargo, no se propuso tanto ejemplificar una «ruptura de la continuidad» con el pensamiento y la organización social precedentes como plasmar una sensación de continuidad

histórica y un sentimiento de gratitud por las contribuciones de los grandes hombres del pasado.

Así como cada mes estaría dedicado a un dios, seis de los siete días de la semana se consagrarían a un santo, por ejemplo, a los políticos americanos Benjamin Franklin, George Washington y Thomas Jefferson, o a los libertadores de América Latina, como Simón Bolívar. En cuanto a los héroes, a ellos se les reservaba el domingo: los científicos Galileo Galilei e Isaac Newton, o el artista Rafael Sanzio son algunos de ellos. En este grupo se integraban también algunas mujeres, como la patrona de Francia, Juana de Arco, y la novelista irlandesa Maria Edgeworth. El criterio seguido por Comte para distinguir entre dioses, santos y héroes no está muy claro, pero es de suponer que se basaba en el valor de las contribuciones de cada figura para el progreso humano.

El rechazo de lo trascendente

Según la ley de los tres estados, la etapa teológica se caracteriza por una concepción teísta de la religión, en la que el objeto de culto es una entidad divina o trascendente, mientras que en la metafísica toma un cariz panteísta, identificándose a dios con la totalidad del mundo o la naturaleza, elementos que pasan así a ser adorados. Todo esto fue suprimido por Comte al alentar el culto a la humanidad entera. Este culto se divide en dos esferas: la privada, que adora a la Mujer, y la pública, que remite a la Humanidad en su conjunto. ¿Por qué esta distinción? Para el filósofo, las mujeres son unos seres que, por su naturaleza sensible y afectiva, no experimentan, o al menos no en el mismo grado, las tendencias egoístas de los hombres. La razón de esta dicotomía psicológica, que constituye un elemento original de Comte, estriba en que,





UNA CAPILLA DE LA HUMANIDAD EN PARÍS

El proyecto religioso de Comte no solo no fue comprendido en su tiempo, sino que le valió también innumerables y ácidas críticas. A pesar de ello, poco después de la muerte del maestro empezó a hacerse realidad con la apertura de algunos centros de culto en países como el Reino Unido, Rumanía y, sobre todo, Brasil. Fundada en 1881, la Iglesia de la Humanidad brasileña se mantiene todavía hoy activa, con templos en Río de Janeiro, Porto Alegre y Paraná desde los que se difunde el ideario comtiano. Uno de sus principales artífices, el físico y matemático Raimundo Teixeira Mendes (1855-1927), a quien se debe por ejemplo la actual bandera de Brasil, fue el impulsor del único templo de la Iglesia de la Humanidad que queda en Europa. Se inauguró en 1905 en la casa de París en la que supuestamente había vivido Clotilde de Vaux. Si en su fachada se encuentra un busto de Comte y el *leitmotiv* positivista, «amor como principio, orden como base y progreso como fin», su interior tiene una sala dedicada a los trece dioses que dan nombre a los meses del calendario positivista. Sus retratos, entre ellos los de Gutenberg y Descartes (en la imagen), fueron realizados por el brasileño Manuel Madruga.

mientras que en los hombres domina el instinto sexual, en las mujeres este está supeditado al instinto maternal. Y dado que esta maternidad requiere sacrificios y capacidad de subordinar los propios deseos a las necesidades de otros, las mujeres poseen una virtud moral superior que las hace dignas de adoración. El propósito del filósofo es que, a través del contacto con las emociones propias del carácter femenino, los varones puedan elevarse hacia esos sentimientos de amor, altruismo y solidaridad que son el fundamento del orden y la cohesión social, por encima de la unidad de pensamiento o doctrina.

Este culto a lo femenino se divide a su vez en dos partes, una personal y otra doméstica. En la primera, las mujeres son adoradas como hijas, esposas y madres. Comte insistió aquí en la importancia de la plegaria, y él mismo, al final de su vida, daba ejemplo de ello al dedicar dos horas diarias a orar en recuerdo de Clotilde de Vaux. En cuanto a la segunda, la doméstica, los adorados son los ancestros propios. Esta parte del culto consiste principalmente en nueve sacramentos claramente inspirados en el catolicismo. Un sacramento, por definición, es un acto que conecta las diferentes etapas de la vida privada con la pública, el yo individual con la comunidad de fe. Si la Iglesia católica establece siete (bautismo, comunión, confirmación, confesión o penitencia, matrimonio, unción de los enfermos y orden sacerdotal), la Iglesia positiva eleva la cifra a nueve: presentación, iniciación, admisión, destinación, matrimonio, madurez, retiro, separación e incorporación. La presentación se corresponde con el sacramento católico del bautismo y consiste en que los padres comparezcan con el recién nacido ante un sacerdote positivo y hagan juramento de educar a su hijo para servir a la Humanidad. El de la iniciación, que tiene lugar tras cumplir el niño catorce años, señala que su formación pasa

de la madre al sacerdote. En la admisión se reconoce que los individuos son efectivamente aptos para el fin que sus padres se comprometieron a prepararlo. La destinación se refiere al momento de escoger una carrera, mientras que la incorporación remite a la integración del individuo a la Humanidad. En cuanto al matrimonio, Comte consideraba necesario incentivar la castidad dentro de la institución. Asimismo, defendía que la procreación siguiera criterios eugenésicos, esto es, métodos selectivos que contribuyeran a la mejora de los rasgos hereditarios de la especie. En cuanto a la madurez, como su mismo nombre indica, constituye la cumbre de la carrera profesional de los individuos y el fin de la preparación social de los mismos. El séptimo sacramento del retiro marca el final de la vida activa y el octavo, la separación, es aquel que tiene lugar justo después de la muerte. Finalmente, la incorporación tiene lugar siete años después de la muerte y sirve para evaluar si un individuo se ha hecho merecedor de ser incluido en la Humanidad representada por el Gran Ser. Solo aquellos que por su inteligencia, actividad o pasión hayan contribuido de alguna forma al progreso humano serán dignos de recibir este último sacramento. Cabe apuntar que el filósofo excluía a las mujeres de recibir los sacramentos de destinación, madurez y retiro, pues tienen que ver con el ejercicio de una carrera profesional y no con el ámbito doméstico reservado a ellas.

La gran concepción de la Humanidad elimina irrevocablemente la de Dios.

Sistema de política positiva

Todo esto en cuanto a la esfera privada. En cuanto a la pública, Comte pensó que el mejor modo de favorecer la devoción por algo aparentemente tan abstracto como la Humanidad era instituir ochenta y una festividades dedicadas a diversos aspectos de la existencia humana, como el matri-

monio, la paternidad, la fraternidad, el proletariado... Para acogerlas, soñó con grandes templos capaces de albergar a miles de personas, todas unidas en el culto a la Humanidad. Una de esas iglesias, si bien de reducidas proporciones, llegó a construirse en París. Es la Capilla de la Humanidad, único templo de la Iglesia comtiana que existe hoy en Europa. Comte incluso llegó a dibujar algunos esbozos de la arquitectura de esos santuarios y planeaba construir dos mil de ellos solo en el este de Francia, siempre en una zona colindante a los bosques en los que se abriría un cementerio para aquellos que, por su contribución a la humanidad, merecieran ser considerados hombres honorables. Adjunto a cada templo proyectaba la construcción de una escuela y una rectoría. Incluso estableció cuáles serían sus medidas: ochenta metros de largo, cuarenta de ancho y cincuenta de alto. El interior de los templos se dividiría en capillas dedicadas a los santos, mientras que en el coro, tras una silla reservada al sacerdote, se situaría la imagen de una mujer de unos treinta años sosteniendo su hijo entre los brazos, símbolo de la Humanidad como el Gran Ser.

Dogma y régimen

Como puede verse, Comte no dejó nada de la organización de su iglesia al azar. Además del culto, ahondó en otros elementos de gran importancia para la vida de sus fieles, como el dogma y el régimen, entendido este como la disciplina o conjunto de reglas cuyo cumplimiento se exige a todo miembro de la comunidad. Por supuesto, los dogmas de la nueva religión se distinguen de los dogmas de fe del catolicismo en que pueden ser demostrados, pues no son otra cosa que leyes científicas de carácter universal. Dos pilares fundamen-

tales del pensamiento comtiano, como son la ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias, forman parte de este corpus dogmático. A ellas se suman otras leyes que Comte divide en tres grandes grupos. El primero está constituido por leyes relacionadas con el mundo externo, como la que enuncia que toda hipótesis debe estar fundada racionalmente. Un segundo conjunto incorpora leyes que tienen como objetivo mostrar que la realidad subjetiva está determinada por el mundo externo, o lo que es lo mismo, que todas las ideas o contenidos mentales provienen de la experiencia. El tercer y último grupo corresponde a las leyes que regulan el mundo externo o la realidad objetiva, como la ley física del movimiento.

En cuanto al régimen, la educación adquiere aquí un papel clave. Comte estaba convencido de que es el mejor medio posible para moldear las opiniones y los hábitos de los individuos, y crear el consenso ideológico necesario para la estabilidad política y social de la sociedad positiva. Esta educación debe ser primero afectiva y después estética, para pasar luego a teorética y, finalmente, práctica. De las dos primeras etapas se encargan las madres, quienes son las más indicadas para enseñar a sus hijos la importancia de las emociones y la moralidad (en especial, la relevancia de la sumisión), y de instruirles en poesía, canto y dibujo. De este modo Comte quería que los niños de la sociedad positiva crecieran emocionalmente, algo que, pensaba, a él le había sido arrebatado por la falta de afectividad y sensibilidad estética que había caracterizado su educación. La educación intelectual correría a cargo de los sacerdotes de la Iglesia positiva, responsables de garantizar el culto pero también de desempeñar cargos tan importantes como los de jueces, consejeros y maestros. Por último, la educación práctica que capacitaría para la vida profesional sería responsabilidad de

los mentores, expertos que se dedicarían a preparar y guiar a los jóvenes en el ejercicio de cierta profesión. Promover el conocimiento y el amor a la humanidad son las finalidades de estas dos últimas etapas educativas.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL MAESTRO

El programa político basado en el culto de una nueva religión que Comte expuso en el *Sistema* no tuvo una buena acogida. Incluso entre sus discípulos y seguidores cristalizó la idea de que había un «buen Comte», el autor del *Curso de filosofía positiva*, y un «mal Comte», el que había urdido el *Sistema de política positiva*. Las que se consideraban las aportaciones más originales del filósofo, esto es, su defensa de las ciencias, el pensamiento racional y las bases de la sociología, quedaban para desconcierto de sus lectores en un segundo plano en esa última obra, ahogadas por unas disquisiciones religiosas o pseudorreligiosas que a más de uno le hicieron sospechar del equilibrio mental del autor.

No eran sospechas infundadas. Sobre todo a raíz de la muerte de su amada Clotilde, Comte empezó a comportarse de manera ciertamente extravagante. Muchos aspectos de su vida se ritualizaron en ese período, como los retiros diarios que empezó a hacer para «orar» a Clotilde, a la que convirtió en una de las «santas» de su iglesia, quedando él como Sumo Sacerdote del Gran Ser. De hecho, las pocas obras de ella y buena parte de las de él, además de las biografías de ambos y la nutrida correspondencia que mantuvieron, fueron elevadas a la categoría de textos sagrados de la nueva religión. Y todo ello, sin que Comte dejara de escribir. En 1856, apareció un nuevo trabajo, titulado *Síntesis subjetiva* o *Sistema universal de las concepciones propias del estado normal de la*



En 1902, en la plaza de la Sorbona de París, se erigió este monumento en memoria de Auguste Comte, obra del escultor Jean-Antoine Injalbert. A la derecha del filósofo se sitúa una escultura que representa a su musa y gran amor, Clotilde de Vaux, de un modo que evoca las vírgenes con niño de la tradición católica. Dentro de la doctrina de la religión positivista instaurada por el filósofo, es el símbolo de la maternidad, de la Humanidad que nace, crece y se cultiva un poco más con cada generación.

Humanidad, en el que los números adquieren propiedades taumatúrgicas. Comte llegó al extremo de trazar todo un plan de publicaciones que alcanzaba hasta 1867 y en el que anotó la fecha y el título de los libros que pensaba escribir para completar la totalidad de su pensamiento positivo. No pudo cumplirlo: el 5 de septiembre de 1857, murió en París a causa de un cáncer de estómago.

La instauración de una sociedad positiva fue el objetivo vital de Comte. Filosofía, ciencia, política, historia, religión... Se puede decir que no hubo ámbito del conocimiento que no fuera objeto de sus reflexiones y en el que no dejara aportaciones que marcaron a toda una generación de intelectuales. Sin embargo, la mayor contribución de Comte es sin duda haber mostrado que el estudio de los fenómenos sociales puede ser abordado desde una perspectiva sistemática y rigurosa a través de la observación, la experimentación y la comparación basada en el método histórico. Es por ello que merece más que nadie el título de padre de la sociología.

Glosario

Ciencia (*science*): conjunto de conocimientos relativos a ciertas categorías de hechos, objetos o fenómenos que obedecen a leyes. Estos conocimientos están organizados sistemáticamente y son obtenidos a través de métodos tales como la observación, la experimentación o la deducción. El uso de dicha metodología garantiza que las explicaciones o hipótesis planteadas sean objetivas y verificables. Para Comte, en virtud de si los objetos de estudio son hechos del mundo físico o de carácter social, es posible diferenciar entre ciencias naturales (física, química y biología) y ciencias sociales (sociología, economía, política).

Clasificación de las ciencias (*classification des sciences*): tentativa comtiana de sistematizar los distintos saberes con el fin de justificar su proyecto fundacional de la sociología como ciencia. De la más simple a la más compleja y de la más general a la más concreta, Comte clasifica las ciencias del siguiente modo: matemáticas, astronomía, física, química, biología y sociología.

Dinámica social (*dynamique sociale*): parte de la sociología que estudia las leyes del desarrollo social según los principios establecidos por la ley comtiana de los tres estados. Aplicada a la historia de la evolución social, distingue un primer estado teológico

definido por las creencias en lo sobrenatural y una organización principalmente militar; un segundo estado metafísico dominado por las creencias en esencias fundamentales y unos sistemas políticos fundamentados en leyes, y un tercer y último estado positivo regido por el pensamiento científico y con la estructura social propia de una sociedad industrial. Estos tres estados se deducen de la historia occidental.

Dios: entidad sobrenatural y trascendente a cuya voluntad inescrutable apela la inteligencia humana en el estado teológico para dar cuenta de la causa última de los fenómenos. Objeto de adoración y culto de religiones clásicas como el cristianismo.

Estado metafísico (*l'état métaphysique*): etapa intermedia o de transición entre el estado teológico y el positivo o científico. En este estado la inteligencia humana atribuye a entidades abstractas como la Naturaleza la causa última de los fenómenos.

Estado positivo o científico (*l'état positif*): última etapa del desarrollo de la inteligencia humana, en la que esta alcanza su madurez. En este estado se renuncia a conocer la causa última de los fenómenos naturales para tratar de descubrir las leyes que los regulan a través de la observación, la experimentación y el razonamiento matemático. El conocimiento de estas leyes proporciona un mayor dominio de la naturaleza, ya que gracias a ellas es posible prever la ocurrencia de los distintos fenómenos.

Estado teológico (*l'état théologique*): estado en el que la inteligencia humana trata de buscar las causas últimas de los fenómenos naturales apelando a voluntades divinas inescrutables. Se divide en tres subestados: fetichista, politeísta y monoteísta.

Estática social (*statique sociale*): parte de la sociología que estudia los elementos o instituciones que propician la estabilidad social. Estos son la familia, el poder espiritual y temporal, el lenguaje y la división del trabajo. La familia constituye la institución fundamental puesto que es esencial para la sociabilidad de los individuos. A su vez, para garantizar dicha estabilidad, es necesario un poder espiritual que contrarreste las tendencias egoístas de los individuos y un poder temporal que ejerza cierta fuerza coercitiva. El lenguaje también es clave, puesto que

constituye la principal herramienta de comunicación. Asimismo, la cohesión social también deriva de la existencia de un sistema de división de trabajo que, debido a la interdependencia que crea, propicia la solidaridad entre los individuos.

Fetichismo (*fétichisme*): primer subestado en el que se divide el estado teológico. Los objetos se conciben como entidades animadas con voluntad propia a través de la que se explica la existencia de los distintos fenómenos naturales. Así, por ejemplo, una erupción volcánica se explica apelando a la decisión de la misma montaña de explosionar.

Filosofía positiva (*philosophie positive*): forma de aproximación a la realidad propia del estado científico, que centra su investigación sobre aquello que es real y deja de lado todo lo que está más allá de las capacidades humanas de comprender. Esta clase de especulación persigue cierta utilidad, pues ha de servir para la mejora de la condición moral e intelectual de los hombres.

Física social (*physique sociale*): véase *sociología*.

Gran Ser (*Grand Être*): símbolo a través del cual se representa el conjunto de seres que conforman la Humanidad, convertida en objeto de culto en la nueva religión del estado positivo.

Historia: estudio de la evolución de las sociedades humanas en torno a distintos aspectos, como su cuerpo de conocimientos o sus diferentes formas de organización. Dicha evolución va ligada al progreso de la inteligencia humana, progreso que pasa por tres estados: teológico, metafísico y positivo. Estos mismos estados pueden ser distinguidos como períodos históricos para dar cuenta del desarrollo de las sociedades humanas.

Humanidad (*Humanité*): objeto de adoración y culto de la religión positiva o religión de la Humanidad. Está constituida por el conjunto de los seres pasados, presentes y futuros que contribuyeron, contribuyen y contribuirán de alguna forma al progreso social y al orden universal.

Ley (*loi*): enunciado que expone las regularidades observadas en el mundo o los principios por los que se rigen los diferentes fenómenos.

Ley de los tres estados (*loi des trois états*): regla o norma invariable enunciada por Comte de acuerdo con la cual el desarrollo de la inteligencia humana pasa por tres estados a la hora de ofrecer una explicación de los fenómenos: teológico, metafísico y positivo o científico. Dado que el desarrollo de las distintas ramas del saber y el de las formas de organización social a lo largo de la historia está ligado al de la inteligencia humana, su progreso también se rige por esta ley y pasa por los mismos tres estados.

Método histórico-comparativo: principal método de investigación del que se sirve la sociología para el estudio de los fenómenos sociales. Consiste en comparar diferentes sistemas de organización social a lo largo de la historia o temporalmente contiguos con el fin de obtener información sobre cómo las colectividades humanas satisfacen sus necesidades. Este método permite determinar qué eventos contribuyeron al progreso y puede ser útil para plantear teorías acerca de qué tipos de organización son más aptos para garantizar la unidad social.

Monoteísmo (*monothéisme*): tercer subestado en el que se divide el estado teológico. Durante esta etapa hay una única entidad divina que guía y controla todos los fenómenos naturales. La explicación última de estos reside así en la voluntad inescrutable de un solo dios todopoderoso.

Moral: valores o normas de comportamiento implícitos o explícitos que determinan cómo cabe comportarse y que están ligados a cierta doctrina o conjunto de creencias.

Orden (*ordre*): contexto socio-político estable en el que no existen conflictos bélicos o ideológicos y en el que hay una unidad de doctrina, la filosofía positiva, que permite la existencia de una armonía esencial para el progreso material e intelectual de la sociedad.

Politeísmo (*polythéisme*): segundo subestado en el que se divide el estado teológico. La causa última de los eventos se atribuye a los poderes de una multitud de seres divinos cuya voluntad gobierna la naturaleza. Así, una erupción volcánica responde a la providencia de cierto dios, mientras que la subida del nivel del mar encuentra su causa en otro.

Positivismo (*positivisme*): movimiento filosófico iniciado por Comte en el siglo XIX que, de forma general, considera que la única forma de obtener verdadero conocimiento sobre el mundo es a través de los métodos de la ciencia empírica, esto es, la observación y la experimentación. Su fin es descubrir las leyes que regulan el funcionamiento de los distintos fenómenos. De forma más específica, Comte acuñó el término «positivismo» para referirse al estudio de la sociedad mediante esos mismos métodos científicos.

Progreso (*progrès*): mejora paulatina de la sociedad que se da a partir de la sustitución de las explicaciones teológicas y metafísicas por otras de carácter científico. Gracias a estas se gana un mayor control de la naturaleza y, con ello, un avance tecnológico y económico que se traduce en un aumento de la calidad de vida. El progreso no es posible sin orden o un contexto sociopolítico estable.

Reforma social: objetivo último del proyecto positivista comtiano que, a través del estudio científico de la realidad social, pretende determinar qué estructuras o instituciones sociales propician el orden necesario para el progreso. Uno de los elementos básicos para dicha reforma pasa por garantizar la unidad de pensamiento y la consolidación de ciertas afecciones, como el amor universal y el altruismo.

Religión: conjunto de creencias articuladas en torno a cierto elemento o figura sobre el que descansan todas las explicaciones acerca del cosmos o la naturaleza humana. La religión resulta un elemento esencial para la cohesión social, pues garantiza la existencia de un consenso intelectual y espiritual indispensable para una convivencia armónica.

Religión de la Humanidad (*religion de l'Humanité*): religión secular, no teológica, en la que el objeto de adoración y culto no es ya un dios ni ningún tipo de entidad sobrenatural, sino la Humanidad misma, a la que se debe estimar, conocer y servir. Se trata de la religión propia del estado positivo o científico que, análogamente a religiones clásicas como el cristianismo, tiene una función unificadora de la sociedad.

Religión positiva (*religion positive*): véase *religión de la Humanidad.*

Sociología (*sociologie*): disciplina que adapta a su objeto de estudio, los fenómenos sociales, los métodos de las demás ciencias empíricas. A través de la observación trata de establecer las leyes que regulan la interacción humana con el fin de determinar los elementos que contribuyen al orden y progreso de la sociedad.

LECTURAS RECOMENDADAS

ARNAUD, P., *Sociología de Comte*, Barcelona, Península, 1971. Trabajo de investigación en el que, por un lado, se pretende analizar qué es lo que condujo a Comte hasta su objetivo de querer dar a luz a la sociología y, por otro, de qué forma el autor convirtió el estudio de la sociedad en una nueva ciencia.

ECHANO BASALDUA, J., *Comte (1798-1857)*, Madrid, Ediciones del Orto, 1997. Brevísima, pero clara y muy didáctica introducción a la vida y el pensamiento de Comte, que se acompaña de una selección de textos de sus trabajos más representativos. Muy recomendable para un primer acercamiento a la obra de este filósofo.

MARVIN, F. S., *Comte*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978. Tras una breve exposición de la biografía de Comte, esta obra aborda un análisis crítico de los principios fundamentales de su pensamiento con el fin de demostrar su influencia y actualidad.

MILL, J. S., *Auguste Comte y el positivismo*, Buenos Aires, Aguilar, 1972. Ensayo que es todo un clásico de la literatura sobre el filósofo francés. En él, el autor, que conoció a Comte y asistió a sus lecciones, analiza el *Curso de filosofía positiva*, monumental obra que recoge los principios del positivismo, que Mill com-

parte. En cambio, se muestra crítico con los de su última época, que quieren hacer de la doctrina positivista una religión.

PETIT SULLÁ, J. M., *Filosofía, política y religión en Augusto Comte*, Barcelona, Acervo, 1978. A través de un minucioso análisis de los escritos comtianos de juventud, esta obra trata de demostrar hasta qué punto el objetivo político de reforma social constituye el fin último del proyecto de Comte de instituir la sociología como ciencia positiva.

PRIETO, J., *La vida indómita de Augusto Comte: el apóstol de una religión sin Dios*, Buenos Aires, Ayacucho, 1944. Una de las pocas biografías de Comte escritas en lengua castellana, obra de un catedrático en sociología paraguayo.

THOMPSON, K., *Augusto Comte: los fundamentos de la sociología*, México, Fondo de Cultura Popular, 1988. Introducción pormenorizada al pensamiento y vida de Comte a partir de una completa selección de textos del *Curso de filosofía positiva*. El principal foco de interés de Thompson es mostrar cómo, de ser una mera reflexión especulativa y teórica, la sociología se convirtió, por obra de Comte, en una disciplina empíricamente contrastable similar a las demás ciencias naturales.

Índice